


50 CUENTOS PROHIJADOS
Antología del escritor dominicano
José Gabriel Morales
Diagramación
Lissette García
Diseño de portada
Fenelon Michel

ÍNDICE

PRÓLOGO LIGIA MINAYA (7)
PRÓLOGO PEDRO POMPEYO ROSARIO (9)
PRÓLOGO BRUNO ROSARIO CANDELIÉ (13)
YO VUELVE TONI (20)
RETOÑO MARCADO (25)
YO NO LO VENDÍ (30)
A UNA DAMA DE MI PUEBLO (34)
DECISIÓN (38)
LÚCIDA (44)
ALBADELI (49)
LA LECCIÓN (57)
REGALO SAGRADO (63)
EN UNA TAZA DE CAFÉ (69)
CONFESIÓN (72)
EL HOMBRE (80)
MEDIO PECADO (88)
DESALMADO (93)
¡ANASTASIO NO DEBE MORIR! (99)
DESCONFIANZA (105)
LA NIÑA Y LA LLUVIA (109)
NOCHE BUENA ANTICIPADA (114)
PUNTO DE REGRESO (123)
MIL PALOMAS DORMIDAS (131)
PAPÁ LO OCULTÓ POR MUCHO TIEMPO (136)
UNA PROMESA (139)
OTRA DESGRACIA (142)
OBSTINACIÓN (147)
REENCUENTRO (150)
CONSECUENCIA (157)
PUREZA (165)
EL ÚLTIMO CERILLO (168)
POR UNOS TRAGOS DE MÁS (172)
INDIFERENCIA (178)
BARRIO ALTO (179)
MINGO (186)
CONVERSIONES (190)

IMPULSO (194)
HERRADURA DE PLATA (200)
HERENCIA (206)
JUSTICIA (210)
CUANDO VUELVA PAPÁ (215)
DERROTERO (217)
SEPULCRO (221)
EN EL ESPEJO (224)
LEGADO (227)
REMORDIMIENTO (233)
CAMINOS NEGROS (238)
PRESUNCIÓN (242)
IRREVOCABLE (247)
AMARGA REDENCIÓN (251)
CREPÚSCULO SALVAJE (255)
HAY AMIGOS (265)
HASTA EN LA DESOBEDIENCIA HAY VIRTUD (268)

PRÓLOGO

Me alegra mucho haber leído estos cuentos. Como aficionada a este género de escritura puedo asegurar que están unidos a un concepto fecundo y han sido manejados con tecnicismo, por lo cual, cualquier lector podrá encontrar en ellos un caudal amplio que los hará asimilarlos con alegría. Hay en ellos buen criterio y mucha claridad.

En las páginas de este libro se ofrece un tiempo y un espacio que proporcionan adecuadas imágenes y organizan su contenido, su diseño y su ritmo. Su actor actúa con riqueza en la materia que no siempre resulta fácil. El estilo de estos cuentos es meritorio y con una descripción balanceada que nos lleva a establecer su punto de partida. Hay fluidez, hay legitimidad, hay

adecuación, de tal manera que se disfruta de la movilidad y la sustancia que recorre el espacio de cada uno de ellos.

José Gabriel Morales se envuelve con un “RETOÑO MARCADO”, por el cual va camino hacia el aplauso. La realidad de cada relato tiene su razón de ser y a estas alturas hay que contar con la buena narrativa y el excelente diseño, forma y ordenación especial con que el escritor hace el ritmo de su tan buena escritura.

La trama de cada uno de estos cuentos es un viaje por historias de personas, lugares y deseos, bien puestos en el mundo de las letras. La elegancia y la discreción de cada personaje, como también sus sentimientos y sus motivos para actuar de tal o cual forma, son una razón concreta que hace decorar la personalidad. “DESCONFIANZA, ANASTASIO NO DEBE MORIR, LA NIÑA Y LA LLUVIA, CAMINOS NEGROS, RETOÑO MARCADO, IRREVOCABLE, AMARGA REDENCIÓN, CREPÚSCULO SALVAJE, hacen un libro de cuentos original y básico y un reencuentro con el aprendizaje de aventuras, de fantasía y una relevante versión moderna.

Ligia Minaya

Mayo, 2014

Denver, Colorado.

PRÓLOGO

El cuento como narración de un hecho o acontecimiento importante, es un género que demanda precisión absoluta en la ambientación, en los detalles en los cuales se desarrolla la acción que le da razón y sentido.

Hay personas con condiciones extraordinarias en su capacidad de contar cuadros y situaciones de variados indoles sobre todo acontecimientos conmovedores, de los cuales no dejan escapar el más mínimo detalle necesario, para mantener la tensión y el vigor de lo que relata. Porque siempre la certeza y el carácter de verosimilitud serán elementos consustanciales al relato.

José Gabriel Morales es un caso que corresponde a la tipificación enmarcada en el contenido del párrafo anterior. Quien ha leído *Herradura de plata*, puede dar testimonio de la infrecuente condición de este joven autor

de relatar situaciones y hechos con una fluidez que, a veces hace pensar que no es propia de un escritor bisoño. Su talento narrativo no da cabida a sospechas y vacilaciones. Tiene las garras y las energías propias de un narrador de excepción, por lo que su consagración es cuestión de constancia, cultivo, criticidad y tiempo.

El presente volumen, *Secretos de una gaviota*, es un conjunto de historias articuladas tomado como pretexto de manera expresa, textos escritos por el maestro de la cuentística dominicana, profesor Juan Bosch, asumiendo así una estrategia audaz y ambiciosa, toda vez que se juega una carta frontal al realizar la construcción de un mundo distinto, a partir del universo fundador, fraguado por la pericia del maestro.

Es una apuesta interesante, propia de un autor joven que se siente con las energías necesarias como para, dentro de la aventura y el orden que establece la lengua, elaborar textos con fisonomías propias, con perspectivas y facturas que le otorgan una expresión particular, no obstante, su punto de partida y las resonancias del entorno originarios.

En el centenario del nacimiento del profesor Juan Bosch, esta obra se nos ofrece como uno de los más singulares y elocuentes reconocimientos al legado cultural del maestro, tanto a las presentes generaciones como a las por venir, pues ella traduce la vigencia de la savia portentosa que alimenta los textos fundamentales del autor de “*La Mujer*”.

Morales toma los personajes, temas y ambientes de los cuentos de Bosch, para su aventura narrativa y los coloca en un contexto en el cual el dolor y la tragedia son factores inmanentes al relato, pero desarrollándose en periodos del día distintos, como en la noche en vez del día, el 24 de junio, día de san Juan, en lugar del 24 de diciembre, día de nochebuena; en la especie de *Encarnación Mendoza*; a don Pío en un desenlace novedoso, compensatorio de las tribulaciones y vejaciones sufridas por Cristino; y así, un mosaico de situaciones en la cuales las aventuras, denuncias y críticas contra la explotación de que son víctimas determinados sujetos de los textos que le sirven de base al narrador, de pretexto para construir sus ficciones.

Resulta sorprendente a grado extremo, en nuestro medio, esta modalidad de construir ficciones. Regocija que se haya escogido la obra del maestro para la práctica hecha por un joven talento, que, asumiendo esta posición, se compromete cada vez más con el oficio, el rigor y un sentido de libertad artística indeclinable e inajenable. Este volumen constituye un desafío a las posturas adocenadas que con frecuencia nos encontramos en muchas de las obras de jóvenes narradores en República Dominicana.

Esta obra es un testimonio de que el mundo rural en el que se desenvuelve la existencia de los personajes boschianos, no se erige necesariamente en manifestación de estancamiento expresivo como se ha querido insinuar en ocasiones: el rol del campo igual que el de la ciudad es el de servir de marco y escenario en los cuales los seres humanos se desviven en su propia tragedia o se levantan

desde su propia esperanza. La condición humana es indiferente a los escenarios en que se desarrolla el hombre y sus circunstancias, pues este deja su trazo existencial más allá del entorno físico que le toque ocupar sobre la tierra.

Este volumen es una genuina expresión de lo que es capaz de realizar un narrador nato, de expresión clara y con la sensibilidad indiscutible para auscultar en los sentimientos, anhelos y ambiciones del hombre, las raíces de su propio destino.

Pedro Pompeyo Rosario
Moca, junio 2009.

PRÓLOGO

LA NARRATIVA DE JOSÉ GABRIEL MORALES

Por Bruno Rosario Candelier

La narrativa literaria, que se distingue de la narrativa histórica por su carácter ficticio, se formaliza en cuentos, estampas, relatos y novelas. El cuento es la narración de un solo hecho, fictivo y simbólico, que encauza el arte de la fabulación.

Generalmente el cuento enfoca un hecho que impacta la conciencia del narrador, al tiempo que recrea, en el plano de la ficción, lo que atiza la sensibilidad cuyo objetivo, al narrar hechos y peripecias, es llamar la atención del lector. Para conseguirlo, el narrador se vale de un suceso dramático y elocuente, que narra en forma atractiva.

Eso lo sabe José Gabriel Morales como lo revela la escritura de los hechos que han concitado la atención, como lo evidencia los cuentos de esta Antología narrativa, una selección de textos en los que este escritor mocano revela lo que mueve su sensibilidad, despierta su imaginación y conmueve su conciencia a la luz de lo que percibe, con el concurso de sus intuiciones y vivencias,

del caudal de sucesos y circunstancias de la realidad sociocultural dominicana.

José Gabriel Morales nació en Moca el 26 de septiembre de 1970. Publicista, radiodifusor y artista, se ha consagrado al arte del canto, actividad que concentra su tarea laboral. Entre sus publicaciones sobresale el libro de cuentos *El último cerillo* (Moca, 2007) en cuya narrativa aprovecha el caudal de temas y motivos campesinos, fruto de vividuras y experiencias de vida, que nutren la imaginación de un autor cuyo talento narrativo asume y recrea como sustancia de sus cuentos de hondas y fecundas vivencias entrañables.

Para escribir cuentos, relatos o novelas hay que hacer uso del poder de la imaginación. La imaginación no es solo un medio de invención de mundos imaginarios con sus mitos y figuraciones, sino una fuente de percepción, recreación y valoración de experiencias vividas y de fenómenos sutiles con sentido trascendente.

La creación de estos cuentos de José Gabriel refleja la sensibilidad social de este valioso mocano y se puede apreciar, en la manera como aborda la caracterización de personajes y la perspectiva de sus temas, la actitud abierta y empática de su talante literario.

En la narrativa de José Gabriel sobresale una forma de escribir que enfatiza el impacto de hechos y actitudes en la actuación de los protagonistas de sus cuentos, que los datos idiomáticos del habla popular y la pertinencia de la técnica narrativa y los recursos compositivos subrayan la humanidad de los personajes y la visión estética del

paisaje. Los cuentos de José Gabriel Morales revelan que su autor es un esmerado cultor de la palabra y un autor que sabe apreciar el tesoro escondido en la cultura viva del pueblo y la mentalidad de la idiosincrasia dominicana.

El siguiente fragmento, del cuento “Yo no lo vendí”, el narrador despliega sus dotes descriptivas para concitar la fascinación estética:

“Mas fiel que el sol de la mañana, muy temprano aun lloviera, el pregonar de una mujer morena le ponía música al amanecer. Con su sombrero aluminado y adornos frutales, aparecía dispuesta anunciando su oferta. Nunca supe su nombre real pero la verdad, me encantaba como todos le llamaban: *La marchanta*”.

En “Lúcida”, el narrador ausculta la onda misteriosa de la sombra, que narra en imágenes apropiadas con el trasfondo de fenómenos y cosas y el impacto emocional de hechos y peripecias cuyas vivencias concitan un caudal de actuaciones: “Horas más tarde, la lona de sacos remendados provocaba una triste sombra, bañando a los concurrentes del atiborrado patio. Desde todos los parajes llegaban al hogar de duelo en amorosa solidaridad, evidenciando el espíritu espléndido, característico en quienes habitan cualquier profundo pueblo; ese día el pedregoso camino vio desfilar más gente que en fiestas patronales”.

En “Regalo sagrado” el lector podrá disfrutar el trazado descriptivo que inspira la fascinación de la escena con su belleza sensorial:

“La oscuridad complotaba con los sucesos recientes, pero el niño se sentía seguro y canturreaba las coplas de una mangulina que su progenitor silbaba todo el camino: lo admiraba con marcada devoción”.

En el texto titulado “En una taza de café” se aprecia la agilidad narrativa, la presta determinación del personaje y la circunstancia que rodean los hechos de la vida cotidiana en los parajes campestres:

“Bastó con que ella pusiera el café sobre la mesa para disfrutar contemplando a quien sería mi hermosa y agradable compañera de viaje. Apenas el aroma indiscreto de la insondable bebida, ya íbamos flotando en ella, únicamente guiados por nuestros deseos cohibidos. Llegamos a, no sé qué lugar. Caminamos entrelazados por unas calles y, decididamente arrebaté la guitarra de un trovador ambulante, para cantarle ilusionado a esa mujer transparente que fluía con mi imaginación”.

En el cuento titulado “El hombre”, el narrador aprovecha las creencias y valoraciones de la gente imbuida de una mentalidad tradicional para adobar una temática que despierta la curiosidad del lector. El cuadro narrativo, entrelazado a una pertinente descripción, confirma el talento literario de José Gabriel Morales:

“Los extraños pasos que habían escuchado acercándose, misteriosamente se detuvieron justo en frente de la puerta. Dentro del rancho, con cautela extrema, Chepe ordenó a su mujer que mantuviera callado al muchacho. El hombre estaba envuelto en pánico porque, no era común que alguien tomara el deshecho camino cuando oscurecía, y su esposa, luego de un suceso trágico suscitado anteriormente, había quedado tan nerviosa, que la lámpara se mantenía encendida en las noches, hasta el relevo del sol”.

Los narradores de cuentos asumen los temas y motivos de la realidad sociocultural, como engaño, celos, traición, que narran con dramática entonación al enfocar cuanto desordena la vida de los hombres en su trayecto existencial, como se puede apreciar en el cuento “Desconfianza”, que le sirve de pretexto al narrador para delinear una ocurrencia consuetudinaria, que las canciones populares transmiten en sus boleros, merengues y bachatas: “En la radio alguien cantaba sobre engaño, un argumento que el autor solo tomaba por asuntos comerciales, pero, dentro del cuarto, Aurelio se sabía protagonista de tan humillante historia cantada; sentía la habían calcado encima de sus agobiantes realidades y, estaba dispuesto a cobrar con sangre esta traición, ya dándola por hecho. Los celos se acentuaban en la larga espera, imaginando a su amante, enamorada y rendida en los brazos del más desconocido ser. En una feroz desesperación se sumergió ciego en las confusas

callejas por donde solo caminan quienes están bajo la férula de un cruel rechazo. Ahí pudo ver rostros lánguidos consumidos por su rabia y, los que menos tormento exhibían, ya habían renunciado a la cordura”.

Los valores narrativos de José Gabriel Morales se pueden sintetizar en los siguientes rasgos literarios:

1. La elección de temas y motivos, concurrentes en los hechos narrados, da cuenta de los hechos conflictivos que el narrador maneja apropiadamente.
 2. Mediante recursos establecidos por el arte de la narración, la temática de sus cuentos procede del ámbito campesino de la realidad sociocultural dominicana.
 3. La formalización de los hechos de estos cuentos, canalizados con el lenguaje común, confirma la destreza narrativa del autor.
 4. El caudal de sus apelaciones y vivencias, inspiradas en la realidad sociocultural nativa, lo cuenta un narrador omnisciente que asume los hechos y los retrata con verismo y fidelidad.
 5. El narrador cuenta hechos, describe paisajes y retrata ambientes con la dimensión estética del lenguaje y un genuino sentido de humanización y ponderación de la realidad sociocultural criolla.
-

La narrativa de José Gabriel Morales recrea y expresa la voz de los hechos que la mente perfila y encauza en figuraciones y escenas mediante el arte del cuento literario, fuente y cauce de una visión del mundo expresada con acierto conceptual y belleza formal.

José Gabriel Morales no narra hechos fantásticos y especulativos, sino sucesos verídicos y constatables, tomados de la realidad que nutre el hondón de la sensibilidad y el trasfondo que alecciona el fuero de la conciencia para testimoniar lo que sucede en la vida. Sus cuentos constituyen una recreación de vivencias y actitudes con el sentido que delatan las elocuentes ocurrencias de la tozuda realidad.

Bruno Rosario Candelier
Ateneo Insular Internacional
Moca, 14 de diciembre de 2019.

YO VUELVE TONI

El jeep que nos transportaba se detuvo abruptamente. Al principio pensamos que había sido algún problema mecánico, pero al mirar hacia delante y ver otros vehículos parados, tuvimos otra sensación: «ocurrió un accidente». El chofer se desmontó buscando divisar la escena y, después de observar metió la cabeza al vehículo.

— ¡No es ningún accidente: es que están recogiendo a los haitianos! — informó como en secreto, con evidente nerviosismo.

Mamá se inquietó marcadamente y, la verdad, era para preocuparse. Exactamente íbamos rumbo al médico con Nelia, una agradable haitiana que vivía en nuestra casa; estaba recién parida y ameritaba ser evaluada junto a su niño.

—Víctor, ¿no hay forma de retroceder? — mamá estaba exaltada.

El chofer se alejó del vehículo buscando alternativa, dejándonos en expectativa por un momento. La pobre mujer, aferrada al pequeño lactante, miraba a mamá como entregándole su última esperanza.

—Doña María, no podemos dar reversa porque hay vehículos detrás y, si desmontamos a la mujer para que se

meta al monte, hasta pueden tirarle: hay muchos guardias— aseguró el hombre.

Con esta información Nelia comenzó a desesperarse. Conocía lo cruel de cualquier deportación y, por su delicada salud tras una reciente cesárea, el destierro casi la condenaba a morir.

Por eso lloraban abrazadas ella y mamá, cuando ya solo quedaban dos vehículos delante para la inspección; yo también tenía deseos de gritar.

—Doña Mari, por amor a Dios, tenga, tenga ese pedazo de mí— Nelia sollozaba mirando hacia el sitio de chequeo.

—Cuídamelo— ahora lloró más fuerte. — Yo “vuelve” Toni...yo “vuelve” por usted mi hijo —le hablaba al niño en un incierto español, como queriendo ungirlo de libertad mediante este idioma.

La haitiana guardó sus abundantes pechos y los acomodó con premura, evitando mostrar que lactaba. Luego le extendió el pequeño a mamá, mientras un guardia caminaba hacia nuestro vehículo, poniéndonos más expectantes.

El niño comenzó a llorar exigiendo su regazo materno: es que la criatura no entendía de razones raciales ni cuestiones territoriales. Solo reclamaba amor.

Mamá estaba bien apurada. El oficial se acercaba más. El pequeño, bajo una sabanita azul, había sacado su pie derecho: Nelia lo arrojó como si escondiera un gran pecado en la negrura. Este seguía llorando. Mamá quería asegurarse de protegerlo. No pensé que estaba tan decidida, pero, sorpresivamente descubrió uno de sus pechos y lo metió en la boca del niño.

El oficial introdujo su cabeza dentro del vehículo, mirando con sarcasmo a la pobre madre que aún albergaba esperanza. Un silencio tenebroso exponía al recién nacido buscando alimento en los clausurados pechos de mamá.

— ¿Qué tú quieres negra maldita? ¿Que yo suba y te tire por la greña, o apearte tú misma? — el desagradable hombre fue tajante.

Hasta ese momento yo había soñado con ser militar, pero mi opinión cambió repentinamente: si esto ameritaba volverse descarnado, prefería servir de otra forma.

—Señor oficial, esta mujer trabaja con una honorable familia del pueblo; dele un chance que ella está enferma— trató de ayudar el chofer.

—Pues mire usted, buena cosa que me ha dicho, si está enferma, que se vaya a morir lejos— dijo el inoportuno.

Acto seguido puso un pie sobre el *jeep*; recuerdo su calzado. Parecía la pezuña de una salvaje especie. Haló por los cabellos a la indefensa mujer, con tanta ira, que

mamá articuló las únicas palabras obscenas escuchadas en su boca. El llanto de Nelia consternó a todos, menos al desalmado con el arma.

Otros oficiales llegaron para ayudar. ¿Ayudar con qué? Esta pobre mujer no podía ni sostenerse de pies; al parecer, cuando alguien comete una crueldad, los demonios acuden tras la sangre filtrada del ánfora quebrado. Es algo común ese enardecimiento inhumano.

Toni intuyó la pena y volvió a llorar: ahora gemía como si le estuvieran clavando algo. Quizás así era: lo estaban hechizando para siempre.

El guardia lo escuchó y caminó de nuevo hacia nosotros, «algo sospechaba», me pareció. Por suerte el niño no lloraba en creole. Lo hacía en el idioma universal de quienes reclaman amor: alimento, justicia, igualdad.

Yo continuaba asustado; mamá temblaba. El hombre estaba muy cerca. Si veía al niño intuiría que no le pertenecía: ella era de tez muy clara y cabellera de trigo. Por eso, en una acción desesperada, jamás prevista, exhibió sus pechos con marcada furia, y lo enfrentó decididamente.

— ¿Su uniforme le da potestad para violar la integridad moral de una mujer? Pues mire; mire parte de mi vergüenza. No le voy a reclamar respeto por ser dominicana. No. No y no: yo lo merezco como mujer... igual lo merece esa que usted acaba de arrastrar, incluso, la mamá suya...si acaso usted tuvo madre.

Después del desahogo mamá lloró de vergüenza, el niño lloraba con hambre, yo de impotencia y, Víctor no lloró por ser hombre.

El guardia retrocedió; colocó su pie torpe en la carretera y, nosotros apesadumbrados volvimos a avanzar.

¡Qué triste ver a Nelia sollozando, tirada en la cama de una camioneta! Mamá no quiso mirar cuando pasamos junto al féretro ambulante, donde yacían agrupados los indocumentados.

El camino entero fue pura nostalgia, cual si viniéramos de un entierro. El médico indicó los medicamentos para Toni, pero la sociedad injusta y cruel lo había contagiado para siempre de una incurable afección.

RETOÑO MARCADO

El pueblo había envejecido tanto, que los innumerables viajes al camposanto se convirtieron en rutina de cada día.

Era todo extraño; su castillo pardo lo habitaba un anciano rey, a quien no le placía gobernar, ya que, plagados por el tiempo, los habitantes se habían resignado al hastío y, sin haber privilegios qué suprimir, perdía sentido la mayordomía.

Ante el implícito contubernio con los súbditos, aquel monarca afirmaba inhumanamente que, su sentido auditivo podía distinguir entre mil mozas, la cruda eufonía emanada al clausurar cada inocencia.

Cuentan que varias décadas atrás, ese mismo rey había violado a la más candorosa y exuberante virgen; esta, sintiéndose mancillada, renegó de su linaje, rechazando cualquier privilegio concedido como aliciente por dicho estupro.

Avergonzada al extremo, huyó fuera del pueblo y, en una llanura bajo la luna, cavó un hoyo donde se tendió con su cara al cielo.

Desde allí, entre lágrimas quedó observando cómo las manchas lunares se hacían tan visibles, que podía descubrir extensos rosales en el pleno momento de ser cortados por numerosos mozalbetes.

Tras horas de desesperante búsqueda fue encontrada sin vida y, justo cuando procedían a mover el cuerpo, su padre leyó una nota donde la desdichada exigía no ser tocada por nadie: «solicitaba se le cubriera con tierra, exactamente donde fuera hallada».

El obstinado rey se sintió distinguido por esta petición pues, a juicio suyo, lo hacía más exclusivo en la corta vida de tan bella criatura.

Así comenzó un nuevo capítulo en este lugar, donde pasaban décadas sin que ninguna niña pudiera ser alumbrada. Los hombres se aborrecían entre ellos mismos, y las retretas del parque parecían un punto de partida hacia la guerra.

Los baños para damas, por la extinción femenina ya no tenían sentido; era tan mayúscula dicha inercia, que el modisto, quien anteriormente se sustentaba haciendo los trajes para las desaparecidas galas quinceañeras, optó por ingeniarse algo absurdo que tímidamente fue ganando espacio: salió a la calle vestido de mujer, con uno de sus diseños más atractivos.

La acción al principio fue censurada por los tímidos habitantes, pero, el endeble reinante respondió con gran beneplácito.

Los jóvenes que accedían a tan atrevida y vanguardista moda eran invitados a banquetes y paseos por el castillo, tras la mirada lasciva del envejecido rey, quien añoraba aquellos tiempos de desmedida glotonería carnal.

Un inolvidable día llegó despavorido el áulico, con tan increíble informe que todos se ruborizaron: allá en las afueras del pueblo, algo sumamente fantástico acontecía; «un árbol de gran tamaño estaba parido, y sus frutos eran hermosas doncellas».

El rey se incorporó abruptamente quitándose de encima a un muchacho vestido cual quinceañera, y enérgicamente interpeló al improvisado heraldo, quien reafirmó la noticia, sirviendo de adalid al pueblo que también enloqueció tras aquella información.

Bajo la luna llena alcanzaron a ver los reflejos fulgurantes de suntuosos vestidos, y el aire fragante era incuestionablemente erótico: al parecer, tanta conmoción les hizo olvidar que, décadas atrás en este mismo lugar, se le dio sepultura a una inocente, encontrada sin vida.

El pueblo quedó extasiado contemplando las angelicales quinceañeras paridas por dicho árbol; cuando alimentaron

su avidez visual, fueron tras lo carnal, haciendo una escalera humana como el rey había ordenado.

No tenían que elegir entre ellas pues, era una cosecha uniforme; las traían consigo invadidos de un deseo tan lascivo, solo experimentado al descubrir la mocedad.

Rechazaron llevarlas al pueblo, optando por disfrutarlas ahí mismo bajo la premisa de que: «Un fruto sabe más dulce, degustado en el mismo bosque».

Pero la inminente orgía encontró un grave obstáculo cuando el rey, quien debía ser catador plenipotenciario de todo néctar virginal, rechazó con ira a una belleza recién cortada.

— ¡Nooooo! ¡Esta porquería no me sirve!

Se escuchó totalmente frustrado al encontrar bajo la falda de esta, solo un copioso plumaje.

— ¡A ver, pásenme más! — Ordenó ya con sus pantalones a media pierna y las manos llenas de plumas.

Le entregaron otra igualmente hermosa, pero el descubrimiento fue similar.

En pleno desespero, este caminaba desechando una y otra al azar y, cuando elegía alguna, debajo de la falda solo encontraba plumas cual si fueran aves; asimismo, sus pechos eran un proyecto reservado a los caprichos del tiempo.

Las demás criaturas en el árbol, miles de hermosuras, al ver el abominable trato dispensado a todas, blandieron sus blancas alas con tanta fuerza, que provocaron un gigantesco y poderoso remolino. Volaron rumbo a otro destino; a un lugar donde la inocencia no fuera obstáculo para el disfrute de lo imperecedero y valioso.

La multitud regresó frustrada y desnuda al pueblo, cubriendo sus cuerpos con ramas, ya que el torbellino engulló toda prenda de vestir.

Aquel fuerte viento también removió la tierra debajo del gigante árbol, dejando al descubierto el inocente rostro de una doncella que murió mirando hacia la luna; en ella vio por última vez cómo miríadas de caballeros cortaban rosas y nardos, esperando a las lindas quinceañeras.

YO NO LO VENDÍ

Mas fiel que el sol de la mañana, muy temprano aun lloviera, el pregonar de una mujer morena le ponía música al amanecer. Con su sombrero aluminado y adornos frutales, aparecía dispuesta anunciando su oferta. Nunca supe su nombre real pero la verdad, me encantaba como todos le llamaban: “*La marchanta*”.

Era tanta su destreza al moverse bajo el peso de las provisiones que, a veces parecía tener la ponchera tejida al babunuco, y este una extensión de su cabellera.

Agustín mi vecino y yo la esperábamos con anhelo porque, en cada ocasión, después que ella hablaba con mi mamá de cuantas cosas podía, venía hacia nosotros: nos acariciaba la cabeza con ternura y terminaba su ritual regalándonos una fruta.

Las señoras del camino, a veces hasta por solidaridad les compraban algo, pero, nuestra vecina Antonia era la excepción; incluso, cuando el pregón resonaba distante, ella buscaba alguna excusa para marcharse.

Me molestaba esa actitud porque, desde niño he sentido respeto por las personas mayores y humildes; aunque debo admitir que los obsequios abonaban mi sentir.

Recuerdo tristemente aquella mañana que doña Antonia, evidentemente fuera de sí, cruzó corriendo a nuestro patio; arrastró consigo a su hijo Agustín y lanzó al camino un mango que la marchanta le había regalado.

La pobre vendedera no pudo contener las lágrimas; sus ojos enrojecieron con rapidez, y mientras ella se secaba el rostro con un pañuelo amarillento, yo le aseguraba a mamá que nunca pedíamos nada, siendo el obsequio algo totalmente voluntario.

—Así es la vida doña Tina, así se le paga al bueno. — se quejó la triste mujer antes de irse.

Desde aquel día fueron menos frecuentes las visitas de Agustín y, solo podíamos conversar a hurtadillas, apostados en el patio, divididos por la alambrada.

Un amanecer lluvioso, de forma inesperada vimos partir en una carreta a Chepe, doña Antonia y Agustín, quienes, con todos sus trastos se perdían para siempre en la fangosa carretera.

Ese día, sin importar el clima la marchanta llegó puntual, siendo recibida por mamá y un acostumbrado café que degustaban bajo platicas extensas. Yo estaba distante y me sorprendí al verla caer abruptamente con los productos desparramados; lloraba desconsolada mientras le ayudábamos a levantarse.

Siendo niño nunca conocí los pormenores que causaron tanta tristeza, pero, luego de muchos años, mamá me confió toda la verdad.

Teniendo aquella mujer cinco meses de embarazo, su esposo murió. Así llegó al vecindario: viuda, con una criatura en el vientre y una ponchera parida en la cabeza.

Mamá también estaba embarazada y eso la llevó a identificarse rotundamente con ella, quien le había confiado su preocupación por haber quedado desamparada.

Chepe y Antonia se mostraron solidarios y prometieron ayudar con la crianza hasta que esta tuviera posibilidad de encargarse del niño.

Era una decisión mayúscula para la humilde madre, pero su paupérrima situación no le dejó otra opción que asentir; solo tuvo el detalle de aclarar algo con mucha firmeza; única y exclusivamente estaba aceptando ayuda. Nada más.

Pero, a medida que el niño fue creciendo, la pareja se aferraba al extremo de impedir cualquier encuentro donde ella pudiera verlo. Por eso, en una de esas largas conversaciones con mamá, la marchanta le pidió comunicarles que quería su hijo de vuelta.

Esto sucedió exactamente un día antes de que nuestros vecinos partieran sin previo aviso, ni rumbo establecido.

Cuando la marchanta se enteró, no pudo soportar tanta tristeza y cayó de rodillas, desconsolada. Fue en esa ocasión que me acerqué inocentemente para ayudarle a recoger las provisiones del suelo.

—«No se preocupe marchanta que usted no va a perder su venta» — Le aseguré como forma de consuelo.

Jamás olvidaré sus ojos enrojecidos y alborotados cuando en extrema congoja me respondió:

— ¡No, yo no lo vendí!

A UNA DAMA DE MI PUEBLO

Saludos hermosa mujer, ¿cómo te encuentras hoy?
Espero estés muy bien; es todo lo que mereces.

Ha sido difícil nuestra distancia; hemos tenido que inventarla porque, la separación no existe en nuestra vida real.

Tuvimos que amputarnos y ahora, cual siameses separados, andamos por uno y otro lugar, con aparente completud, pero diezmados esencialmente.

Jamás imaginé que un recipiente podía proyectarse con tal infinidad, pues, sigo las lindes de tu filosofía escrita en latín. Soy la extensión de todos los ancestros traídos por ti.

¿Qué te han contado? Estoy preocupado dama querida. Sospecho que te han dicho cosas muy buenas de mí: eso me inquieta y quiero advertirte esto... ¡Son puras mentiras! No les creas jamás. Comprende adorable mujer que, la gente no dice lo positivo del prójimo, por ende,

ocultan aquello verdaderamente trascendente. Conoces cuánta masedumbre me depositaste; algo demasiado profundo. Sumamente etéreo. Sutil: muy tuyo y mío.

No es incongruencia, pero, por favor, tampoco creas las cosas malas sugeridas: si las buenas no son buenas, las malas tampoco pueden ser verdad; muchas veces el observador malintencionado, elige una perspectiva que desdice cualquier contexto; Amplificando la excrecencia y plegando la piel.

Quizás estés confundida con mis observaciones, por ello, quiero indicarte un lugar donde hallarás la realidad: trozos de mi verdad. Una verdad sustentada eternamente en tus propios criterios.

Solo baja el volumen de lo cotidiano y escucha ese sonido persistente que deja un eco inocuo. Es una pelota golpeando intermitente en la pared. ¿Ya escuchas? Suena en el cuarto de atrás. Esa habitación, más que dormitorio, era laboratorio cuyo habitante circunstancial adquiriría conciencia sobre sus actos. ¡Oh! ¡Qué castigo cuando me encerrabas ahí! Debo decirte algo: fruto de esos confinamientos disciplinarios, todavía soy diestro atrapando la esfera con una sola mano, y cada día evado las tentaciones.

Nadie puede describirme ante ti; nada debe importar cuando se conoce el raigal. Lo observado en la espesura

del follaje, aun no se vea con claridad, es el fruto dulce de tu siembra.

¿Dejaste de escuchar la pelota? Quizás me dormí, pues, ahí permanecía horas y horas en cautiverio; no es queja mi adorada, solo me excuso por el silencio.

¡Oye, hermosa! ¿Cómo supiste que comprendería tu oposición a mi bicicleta? Mejor dicho, te arriesgaste a ser tomada de implacable, pero, hace años lo entendí claramente; junto con mi perspicacia, una vieja herida en la rodilla testimonia el peligro al cual estuve expuesto.

¡Jamás pierdas orgullo por tu obra! Plácete en tanta eficiencia. Te has multiplicado en tus conceptos y ese don de dulce alma; no quiero actuar como apologista interesado, pero me regocijaré en decirte: ¡Cuánto me parezco a ti, mujer!

Tu marcado y fiero disciplinar me ha tejido alas, no solo para volar, sino, para comprender que estoy donde quiero estar; para vivir sin ataduras; recordar lo purificante de la hostilidad y saber que, si no he volado de alguna vicisitud, es porque todavía hay más savia pues, la penitencia es sabia.

Por eso quiero escucharte cantar; mirarte sonreír mientras te alborozas con tu uniforme colgado, repleto de estrellas...

¡Pues ya ha pasado la guerra y no hay nada qué temer!

Ahora cultivo libertades y sabidurías para prevalecer en paz ante cualquier oprobio, porque he sido fiel a los tesoros descubiertos dentro de tu mágico pañuelo.

¡Gracias hermosa dama de mi pueblo! ¡Gracias por tanto amor y gran ejemplo! Eternamente... ¡Gracias sinceras, mamá!

DECISIÓN

— ¿Es que, acaso no te dan ganas de comerme?

Era un canario quien hablaba con su amigo el gato, cuya arqueada cola, desnudaba indiscretamente gran incomodidad. Los animales convivían en el mismo hogar por varios años, pero, dado la naturaleza de cada uno, nunca habían podido congeniar.

—Te escucho maldecir la jaula a cada instante y puedo jurarte que, gracias a ella no estás enterrado en el patio convertido en mi estiércol — el felino le habló amenazante y notablemente disgustado.

—Si supieras que así me siento; una porquería útil aleteando para el capricho de la desagradable ama; prefiero terminar en tus garras —aseguró el ave desde su travesaño.

—Lo dices solo para impresionarme con tus conceptos libertarios; hablas con celos, con saña; ¡lo haces para opacar mi libertad! – rabió tajante el animal.

—No, no te hablo con ningún celo porque, tú no disfrutas ninguna libertad —el ave estaba muy segura de su parecer, pero, aquel cuadrúpedo no permitiría le zahirieran su privilegio.

— ¿Acaso no es libertad subirme a los muebles; correr todo el pasillo y dar vueltas por los cuartos? – se placía orgulloso mientras describía.

—Tú acabas de decirlo *Minino*. Lo has dicho amigo, eso no es libertad; tus pelos le molestan a la matrona. Comes cuando ella decide; comes únicamente lo que te permite y, ni siquiera te acaricia – aclaró el enjaulado, contradiciendo al compañero.

— ¡No quieras destruir mi alegría con mentiras, solo por tu impotencia! — el felino reaccionó incómodo pues, tenía razón su antagonista: la quejumbrosa albergadora descargaba toda frustración ante cualquier movimiento del animal.

— ¿Es libre un gato que mañana tiene cita con el veterinario, para su castración? — el ave soltó esa maliciosa información a sabiendas de su inexorable crudeza: tras algunos indiscretos encuentros amorosos, la ama había amenazado con inutilizarlo a sangre fría, pero este nunca lo tomó en serio, ni imaginó que aquella sentencia estaba ya agendada.

—“Hummm”, bueno; dejemos la charla vacía porque estamos discutiendo como si nuestra condición fuera igual. ¡Soy libre y punto! —el felino terminó de hablar fingiendo no dar importancia al reciente reporte, aunque, su cola erizada cual brocha, delataba una profunda agonía.

—A sinceridad, escucha “*mizo*”, te contaré un secreto; esta jaula no tiene piso... Es hueca por debajo —el ave le habló en baja voz mientras su compañero gato, con los

ojos agrandados, se acercaba para constatar la información.

— ¡Mírala! ¿Ahora me crees? —reveló el pájaro y continuó — ¡Solo tienes que venir corriendo y golpearla; se volteará y me tendrás como alimento de una vez por todas! —la mascota lo persuadía deseando escapar: sabía que con su destreza emprendería vuelo en este calculado acto.

El cuadrúpedo, aun mortificado por la inminente capadura no pudo evitar emocionarse; maulló victorioso y dio vueltas en sí al discernir que dicha hazaña era posible, pero...abruptamente, su instinto de cazador audaz, le indicó algo extraño.

— ¿Crees que, por volar me aventajas en inteligencia? —ahora daba muestra de sentirse burlado —Si echo a rodar la jaula, inmediatamente blandirás alas y quedaré con mis garras vacías; seré acusado de haberte engullido y me castigaran hasta arrancarme varias vidas ¡Ay ama distinguida que hasta por maullar me castiga! —habló convencido dejándose caer en un mueble.

— ¿Después de tres años enjaulado piensas que mis alas servirán? Tú no pareces tan listo como te describen — el ave no se rendía en su plan y continuó cual si cantara — “Mi carne es una mezcla de pescado, res, pavo y queso”.

— ¡Ya cállate la boca engreído y mentiroso reo, prisionero, recluso! ¡Presidiario infeliz! —el felino llegó al culmen de su impotencia. Se sentía tentado y temía claudicar ante la meliflua descripción.

— ¡Tu único propósito es escapar aun me azoten implacablemente! ¿Quieres escapar? ¡Ándale, vete, pero déjame en paz! «Cantante hermosa de estiércol inodoro, cosa buena de su madre» – ahora desahogaba los celos imitando a la ama: le molestaba porque, ella lo hacía exponiendo diferencia en el olor de cada deyección.

El pájaro disfrutaba verlo inquieto y, fue tan pícaro que siguió el juego, engolando la voz como un actor.

—Ok, perdóneme, señor gato, es que...es que me olvidaba de algo; usted solo come... ratas asquerosas.

El felino perdió control de sus ímpetus y, con ira extrema impactó la jaula, haciéndola tambalear: para su desdicha no fue el mejor momento porque, exactamente hacía entrada la temida matrona.

Aquella robusta mujer de tez blanca corrió pesarosa hasta el metálico albergue evitando que callera al piso. Acto seguido, sofocada y con el rostro rojizo, agarró violentamente al animal zarandeándolo sin piedad; inminentemente lo iba a estrellar.

— ¡Ama linda no! ¡Por favor no! ¡Él no lo ha causado!
— gritó el emplumado con un agudo y dulce timbre.

La maciza mujer gruñía empuñando al travieso. Respiraba con dificultad dispuesta a ejecutar el castigo.

— ¿Entonces, me vas a decir que cerré muy fuerte la puerta y por eso se tambaleó tu casa? —la iracunda, aunque deseaba desahogar su ira, comenzó a comprender que, el ave no mentiría de haberse atentado contra su vida.

—Así es hermosa dueña, la puerta ha sido el problema —persuadió el ave.

De forma aparatosa la matrona soltó al asustado gato, quien se había librado de una zurra, gracias al oportuno encubrimiento.

Pasaron varias horas y, ya en plena madrugada, solo se escuchaba a la mujer roncando estruendosamente. El ave dormía plácida, pero, nocturno, el felino se aprestaba a terminar su pretensión.

Sigiloso, pero con determinación, se dirigió hasta un extremo del viejo pasillo y volvió veloz impactando fuertemente la jaula. El canario somnoliento no pudo reaccionar y despertó sobresaltado entre las garras afiladas del animal.

Al amanecer, un radiante sol bebía el rocío de las hojas en los árboles y, en medio del bullicio mañanero, una queja se dejaba escuchar.

—Me mordiste el cuello con bastante fuerza— la voz sonaba entre las ramas.

—Lo siento, pero, así me cargaba mi mamá, además, dijiste que después de tres años no te servirían las alas — aclaró el interlocutor.

LÚCIDA

Los hijos no encontraban qué hacer con su vieja tras conocer el infausto informe; sumado al rotundo dolor familiar, les preocupaba la precaria salud de ella y, por esta razón acordaron no comunicarle el fallecimiento de María, su hija mayor quien residía en la capital.

—Quitemos a mamá de ahí para que no vea la gente cuando vayan llegando al patio. —Fando hablaba con su hermano Siso.

La mujer estaba sentada justo al frente del rancho, lugar preferido donde cada día saludaba a los transeúntes.

Con el pretexto de reponerle un balaustre al decrepito asiento, la anciana fue trasladada hasta su cuarto, evitando que algún curioso le supliera información.

—Digámosle que madrina Persia la mandó a buscar; allá no se enterará de nada —Siso habló aguantando el llanto.

—Tú sabes que no es un engaño, Siso; no te sientas mal, lo hacemos por su bien — Fando comprendió el sentir del hermano menor y quiso calmarlo —Por poco se nos va cuando papá murió —le recordó.

Debian decidir con prontitud, y Fando salió con ella entre los brazos; Siso dio la espalda entristecido porque, aun mintieran por protegerla, tal disyuntiva eran caminos indeseados.

Al llegar a donde Persia, la anciana sugirió ser colocada debajo del flamboyán; Fando comprobó que desde ahí no se divisaba su casa, y terminó acomodándola.

Horas más tarde, la lona de sacos remendados provocaba una triste sombra, bañando a los concurrentes del atiborrado patio. Desde remotos lugares llegaban al hogar de duelo en amorosa solidaridad, evidenciando el espíritu espléndido, característico en quienes habitan cualquier profundo pueblo; ese día el pedregoso camino vio desfilar más gente que en fiestas patronales.

Cuando el almuerzo estuvo listo en casa de Persia, la vieja comió sin problemas, mientras su entristecida anfitriona solo pudo tomar café, agobiada por los opacos gritos que traía el viento; esto le afligía mucho más. Temiendo que también su comadre pudiera escucharlos, sacó un pequeño radio y lo colocó cerca.

—Usted me invita y la encuentro como de mal humor —reclamó la visitante — ¡Anímese! ¡Mire el camino cómo está de alegre! ¡Hasta máquinas han pasado hoy!

¿Se imagina que en una de esas viniera María? — sugirió inocente.

Persia se incorporó repentinamente y caminó hacia la distante mata de coco. Ahí lloró desconsoladamente. Era cierto; en una de ellas venía María, pero no en las condiciones que su comadre querría verla.

Ya cayendo el día salieron con la muerta. Siso y Fando caminaban delante, evidentemente afligidos, mientras los más débiles sucumbían al insostenible dolor. Persia sabía que los gritos volverían a asomarse; le dio fuertes palmadas al radio pues, este por momentos se negaba a sonar.

Al regreso del camposanto todo fue ordenado. Cada silla prestada se devolvió. Ya el radio había agotado sus baterías. Las horas habían rendido al sol y, sin que la vieja supiera, parte esencial de su alma había sido enterrada.

Fando volvió con ella cuando estuvo seguro de que el rancho lucía normal. Siso entró al cuarto, saludándola con ternura compasiva.

— ¿Ustedes dejaron la casa sola hoy? —preguntó ella con intriga.

—No mamá, ¿por qué? —Siso evadía la mirada. Ella tomó su mano lentamente.

—Algo me dice que María estaba aquí — habló golpeando su dedo índice sobre la mano del muchacho.

Siso se incorporó y le deseó buenas noches, claramente eludiéndola.

Al día siguiente, los hermanos se levantaron muy temprano y, cuando cruzaron por la habitación de su madre se miraron perplejos: ella no estaba en la cama.

Salieron como impulsados por un resorte, y sin explicación alguna, la encontraron sentada en su mecedora: estaba muy bien peinada, vistiendo un hermoso vestido blanco.

— ¡Mamá!, ¿quién la levantó? — Siso preguntó mirando que el pestillo y demás cerraduras estaban intactas.

La discapacitada tardó un poco en responder. Fando también se notaba sorprendido sabiendo que por sí sola le era imposible llegar allí.

—Yo se lo dije que María estaba aquí... — aseguró la mujer y volvió a hablar —esta madrugada ella me bañó bien, me peinó y me dejó aquí sentada.

Siso y Fando palidecieron al ver que aquellas palabras se sustentaban con el extraño episodio.

—María me aseguró que viene muy pronto a buscarme —concluyó la anciana.

ALBADELI

La lluvia esa tarde apenas se presentó. No podría decirse que era abundante, pero extrañamente un chorro descendía de una vivienda ubicada en el centro del pueblo; ahí se ungía inocente una hermosa niña con apenas siete años: su nombre, Albadeli.

Esta frágil criatura se bañaba por última vez pues, solo unas horas más tarde, ella pasaría a ser la desaparecida más misteriosa que conocería el país en toda su historia: un suceso tan inexplicable que sugeriría aspectos mágicos, espirituales e inclusive, la más sucia hechicería.

Lagunas, cañadas, terrenos baldíos y, hasta la orilla del distante río fue peinada por grupos de bien intencionados mientras otros, ya entrada la noche requisaban hasta el vertedero municipal, con antorchas en manos.

Guaguas anunciadoras recorrían los barrios diseminando la noticia en busca de alguna pista: era una búsqueda desesperada, sin perspectiva ni argumentos, hasta que finalmente, «la autoridad del rumor» señaló como indiscutible culpable al individuo nombrado «Mano Blanca».

A este personaje de color le atribuían haber sustraído varias niñas en diferentes pueblos, y más de uno aseguró verlo merodear la casa de Albadeli, justo cuando desapareció; «por su mano emblanquecida del vitíligo atestiguaron que era él».

Luego de dicha afirmación hubo una esperanza que jamás se consumó, incluso, para desdicha, esta acusación blindaría al verdadero culpable, pues por ella, nadie le dio importancia al grupo de hombres que se apostaba cada tarde a jugar cartas en la casa contigua: ahí se bañó Albadeli por última vez; irónicamente, con el agua que destilaba del techo donde se guarecían los taberneros.

Fue una obcecación absurda ignorar los detalles de aquel baño *pre mortem*; con su ropita húmeda ceñida al cuerpo, frente a todos. Exactamente ahí: muy cercana a los ludópatas.

¿Qué tan lejos podía ir una flor inocente, más allá de donde un vecino amoroso y complaciente?

Es que, no fue “Mano Blanca” quien perdió interés por el juego para postrarse en la puerta a alimentar su suciedad. Incluso, Mano Blanca no existía todavía cuando aquel sujeto rechazó su turno y eligió sentarse con el diablo, en una partida cuyo galardón era: el destino de tan inocente criatura.

La lluvia intuyó el malicioso plan del desgraciado y se detuvo. Albadeli disfrutó al máximo mientras esta se diluía, para luego volver por última vez con su madre.

El sujeto, con la avidez alborotada, maldijo lo mezquino del aguacero, aunque saboreó impúdicamente cada gota deslizada sobre la pequeña.

Algo maligno lo mantuvo al acecho porque, lamentablemente, la niña volvió a aparecer. Venía cubierta por un colorido vestidito y, en su pelo, dos colitas bailaban una insondable y secreta melodía infantil.

Albadeli estaba hermosa: a decir verdad, su esplendor anunciaba alegrías moceriles, ilusiones enmarcadas en el tiempo y quimeras difusas de brillantes colores. ¡Qué desdicha, hermosa pequeña! A tu corta edad habías sido nefastamente sentenciada.

Una discusión en la sala de juego fue aprovechada por el odioso espectador para abordar a Albadeli, sin hacerse notar.

—Papá te tiene dulces— le habló seguro de la inexorable invitación. Ella tenía una amistad muy bonita y sana con Mario el padre del maleante, y como niña, se placía en recibir los comestibles que le regalaba este.

— ¡Pero ve ahora mismo que él va a salir! — quiso asegurarse aquel malnacido.

Ya tenía todo arreglado: la puerta estaba entreabierta y no había nadie en casa, además, la calle lucía desértica fruto del leve aguacero.

Albadeli emprendió resuelta el fatal recorrido. Para ella era normal ir sin permiso porque, la extensa calzada, convertía todos los hogares del bloque, en un lugar confiable y seguro. Penetró como otras veces y llamó con insistencia hasta que, el desgraciado mentiroso, quien le había seguido los pasos, la tomó bruscamente conduciéndola al cuarto trasero.

Ella no lloró porque su inocencia ignoraba el episodio: sonrió con duda y nervios de sorpresa. No tenía miedo: solo apuros por comportarse a la altura de una desconocida acción puesta en escena. Deseaba colaborar con lo que fuera a venir porque, todo cuanto conocía su mente eran historias de juguetes: aventuras hermosas creadas por ella misma. Capítulos inventados por su ingenuidad, donde se veía como una muñeca: sin órganos ni vísceras. Sin nada...hasta sin corazón; todavía no conocía de esas cosas. Todavía su vida era un juego adorable.

El maleante perdió control y, envuelto en la negrura del pecado, aplicó todo el furor posible en la frágil complexión de aquella triste invitada. Ella solo pudo advertir tan sentencioso acto, cuando su alma, primero que la carne, hubo de comprenderse marchitada.

Albadeli no tuvo plena certeza de lo ocurrido: quiso incorporarse para huir; las piernas se les doblaron sobre la cama. Sus fuerzas solo eran una ilusión: ya era demasiado tarde. Es que, aquel cobarde monstruo había alcanzado el trance donde la lujuria reclama su propio alimento, sin importar qué cordero deba ser sacrificado.

Cuando Mario llegó con sus dos pequeños hijos, ya muchas cosas se habían marchado: se había ido el deseo más asqueroso. La obscenidad. El placer desbordado. La impudicia. La salacidad, pero mucho peor; también la inocencia, niñez y castidad de una doncella, cuyo único pecado había sido: bañarse bajo la lluvia.

El malhechor ni siquiera tuvo valor para huir. Volvió en sí cuando su padre penetró al dormitorio donde permanecía ensangrentado.

— ¡Jesús! ¡Ave María Purísima! —exclamó Mario al ver el horrible cuadro.

Es que, aunque la precaria luz no le permitía ver con claridad, dicha escena sugería un episodio macabro. El cuerpecito inerte sobre la cama parecía un ave envuelta en su propio plumaje teñido de sangre.

— ¿Cómo es que tú me haces esto mi hijo? – Mario reclamaba lloroso dando vueltas con sus manos en la cabeza. Ni siquiera había tenido valor para encender el bombillo y ver de quien se trataba, cuando tres toques se escucharon, añadiendo más agitación.

Dudó en salir, pero, recordó haber dejado la puerta abierta: además, tenía que asegurarse de que los niños estuvieran en su respectiva habitación, lejos del cruento suceso. Caminó jadeante fuera de sí por el pasillo, y se encontró inesperadamente con Daniel, quien ya había introducido medio cuerpo.

— ¡Dígame don Daniel! ¿Qué se le ofrece? — recibió al vecino, escondiendo toda angustia.

— ¿Por casualidad Albadeli está por ahí? — preguntó este con habitual alegría y decencia.

Mario sintió encenderse al escuchar el nombre de su adorada amiga; esta era considerada como la niña que no pudo engendrar.

Su impacto fue tan extenso y profundo que no pudo prestar atención cuando el querido vecino le explicaba sobre la premura de encontrarla, para dirigirse al culto religioso.

—Déjeme seguir hasta la esquina a ver si está ahí— Daniel intuyó su ausencia y se despidió presuroso.

Mario se tambaleó e instintivamente abrió la puerta del cuarto frontal donde estaban sus pequeños. Caminó apesadumbrado hacia el indeseable cuadro sangriento que ahora se tornaba más triste y preocupante: era su adorable amiguita quien yacía inmóvil, cruelmente estuprada.

Ahora Sabía quiénes eran los padres que llorarían desconsolados; sentía compasión por sus hermanitos y por los compañeros de culto que conocía. Sufría el luto de la barriada y, sumado a ello: lo mordía el escarnio inevitable, cruel, amenazante y mordaz que le sobrevendría a su propia familia.

Por eso, pensó en la seguridad de los dos hijos pequeños y, como un padre débil, también le preocupaba la integridad de su primogénito, aún fuera ya un asesino.

Vacilaba frente a la exigente prueba que le indicaba decidirse por el deber, pero, solo imaginarse deshonrado lo lanzaba hacia otra dirección porque, su vergüenza rechazaba cargar con esa mácula ante un amigo como Daniel.

Debía actuar rápido, por eso, antes de penetrar al brumoso cuarto, ya penosamente había decidido la complicidad.

Junto a una pesada piedra que adornaba la sala, amarraron con marcada destreza el cuerpo de Albadeli. ¡Qué ironía! Esa casita pintada en dicha piedra era donde ella aseguraba quería vivir.

La trasladaron al retrete en el patio; luego de introducirla por el círculo, encima del excremento, la presionaron hasta el fondo con un largo “palo de bambú”, que utilizaron como palanca sujetando su extremo debajo del cajón.

Mario no paraba de recriminar a su hijo. Sentía muy profundo que, en plena senectud, la vida lo colocara en una de las más crueles disyuntivas. Se supo cobarde, irresponsable, egoísta y sucio, pero, muy en su interior, veía esta acción como la salida menos traumática para los suyos.

Transcurrieron días semanas y meses sin ninguna novedad, salvo falsos rumores sobre alguna aparición. A lo largo del tiempo, el único señalado por este deplorable crimen ha sido el personaje Mano Blanca, aún nunca comprobaran su existencia.

Más de cuarenta años han pasado y todavía Albadeli sigue sumergida en el fondo del retrete, esperando que su familia sepa la verdad; que aquel desgraciado día, ella no anduvo lejos y, aún moribunda, le pareció agradable y esperanzadora la voz de su padre cuando la nombró buscándola.

Hermosa en el recuerdo de todo un pueblo, esa adorable pequeña anhela una digna sepultura, donde también queden enterrados los rumores, las mentiras y la desfachatez de un detestable asesino que, quizás en este momento, está haciendo turno en algún sitio de juego: *es muy posible que el diablo lo haya invitado a jugar otra vez.*

LA LECCIÓN

Para el tiempo que los padres de Fabio murieron, todos en el entorno lo consideraban incapaz de sostener las granjas heredadas.

Fabio se crio correteando con los vecinos y, su casa, aun siendo mejor estructurada, siempre fue un lugar abierto, dado el altruismo de sus progenitores.

Casi todos los habitantes del lugar trabajaban en las estancias avícolas establecidas por don Milo, su padre, quien nunca se comportó como patrón, respetando siempre una amistad bien forjada, sin importarle el rotundo éxito alcanzado como empresario.

Inesperadamente, cuando Fabio tomó las riendas del negocio decidió instaurar nuevas reglas y el trato con los trabajadores pasó a ser exclusivamente gerencial; sumado a esto, les prohibió entrar a la casa, como en tiempos anteriores.

El nuevo jefe comenzó a exhibir un revólver en la cintura y hasta su caminar experimentó jadeos inusitados. Al regreso de hacer compras, se engrandecía por haber conocido personas muy ricas en el pueblo, ostentando

grandeza ante los empleados, quienes desde niños eran sus amigos.

Los plátanos sembrados para darle sombra a las granjas eran repartidos por su padre entre los vecinos más humildes, pero, ahora el pedante beneficiario prefería darlos a gente que no necesitaba: gente como Chemo, un acaudalado almacenista, don Andrés el ferretero, o Quico el de la farmacia.

A pesar de haber heredado esas propiedades, Fabio era un hombre rústico a quien no le importaba más que el dinero. En cambio, su esposa doña Clara, y Flora su hija, disfrutaban con las cosas sencillas junto a la gente bonita del campo, a quienes orientaban en asuntos diversos, cuando fuera necesario.

Desde los trece años, Flora soñaba una fiesta donde pudiera disfrutar junto a quienes la habían visto crecer. Hablaba incansablemente sobre lo significativo de llegar a sus quince años, y sonreía emocionada vislumbrando la fecha.

—Yo no quiero mucha cosa, —le expresaba a su madre. —Ese día solo quiero compartir con mi comunidad —hablaba muy sincera.

El tiempo avanzó y Fabio comenzó a planificar la celebración, pero, sus planes no eran tan sencillos como los de Flora.

— ¿Tú te imaginas Clara a todos esos ‘*tutumpotes*’ aquí ese día? — se emocionaba en su ilusión — ¡Y mira Flora lo que es tener suerte: el cumpleaños cae domingo! — informó.

Faltando una semana para el día anhelado, ya Fabio había comprado mucho más de lo necesario porque, su misión era deslumbrar a los invitados, sin escatimar esfuerzo.

Bajo una orden suya, los trabajadores se dedicaron a templar las alambradas y acondicionar el patio que albergaría tan laureada concurrencia.

La fecha no se hizo esperar y, el domingo, apenas amaneció, ya la carretera desnivelada había sido acondicionada, cubriendo el amarillento barro de esta con arena que cargaron en burros: los árboles lucían podados, las gallinas y patos silvestres fueron metidos en granjas, mientras sillas y mesas eran organizadas con marcado detalle.

Inexplicablemente ningún vecino había sido invitado al cumpleaños, situación que cernía un velo de tristeza y desacuerdo en la familia. Fabio se excusó diciendo que, dicha fiesta, era su oportunidad para introducirse en la clase alta del pueblo, y por ello, debía mostrar nivel.

Entrando la tarde comenzaron a llegar aquellos valorados invitados, mientras los lugareños contemporáneos del patrón, y las amigas de Flora, se resignaban al desplante.

Otros residentes, reunidos en colmados, se maravillaban al ver algún rostro elitista, y de manera igual rechazaban tan innmercido desdén. Con decepción aseguraban que el difunto se revolcaría en la tumba tras esta conducta.

La celebración comenzó con música de un “*perico ripiao*” y el encendido de fuegos artificiales, junto a sus respectivas detonaciones. El sol, que ese amanecer había tomado café en la comarca, al parecer tampoco formaba parte de los invitados; se ausentó muy temprano y, a eso de las tres, un encapotado cielo se divisaba por los cuatro extremos.

Flora se veía frustrada debido al desprecio dispensado por las hijas de aquellos forzados nuevos amigos, mientras, a Fabio le ocurría igual; este no pudo empatizar con sus invitados, quedando rotundamente excluido de toda conversación.

De pronto comenzaron a caer goterones, siendo precedidos rápidamente por una copiosa lluvia. La gente acudió a guarecerse bajo lonas que en principio fueron dispuestas para el sol: otros huyeron hacia la galería.

Repentinamente Llovía a borbotones; el viento desató un extremo del toldo, provocando fuertes zigzagueos y golpeando a las personas, mientras se anegaba todo.

Era tan abundante torrencial, que la corriente creada debido al camino inclinado arrastró cual río desbordado con toda la arena vertida sobre este, convirtiéndolo en un pastoso lodazal.

Cuando amainó la tempestad, Fabio no podía ocultar su frustración al comprobar que, sus vanidosos esfuerzos por simular una falsa realidad habían sido insuficientes.

Los vecinos llegaron solidarios para ayudar a la concurrencia quienes, de forma quejumbrosa alcanzaban sus carretas y caballos para marcharse sin siquiera despedirse.

El desilusionado anfitrión se comprimía en un lacerante dolor: la gente que él aupaba le había mostrado apatía, llevándolo a comprender su verdadera esencia pues, todo buen círculo social debe forjarse con altruismo, sinceridad y humildad.

En medio de su resignación se quitó las botas para ayudar a don Quico el boticario, quien todavía resbalaba lleno de fango, regurgitando improperios.

Al marcharse todos, los vecinos quedaron ayudando con amor y hermandad. Flora estaba parada en la puerta con una mirada triste. Pensaba en lo agradable que hubiese sido pasarla con su verdadera gente, libre de poses y complejos; Clara sufría de forma igual, pero echaba a un lado cualquier frustración, para darle apoyo a la adolescente.

Fabio, sentado en la galería se mantenía en un triste silencio mientras un muchacho le lavaba los pies enlodados con agua de un galón.

Cuando procedía a ponerse las botas, el joven echó manos a otra porción, y lo detuvo con una frase inocente que, sin querer, lo puso a meditar.

—“Don Fabio yo no he terminado; váyase al paso que todavía usted tiene el lodo amarillo entre los pies”.

REGALO SAGRADO

Maruja miraba por la ventana del rancho mientras, Máximo su esposo, ensillaba el caballo para partir hacia la pequeña finca ubicada a unos cinco minutos, en busca de los víveres que se habían agotado.

El hombre montó a Chicho su unigénito en las ancas del animal, y antes de salir hizo la advertencia acostumbrada.

—No le abras a nadie, mujer— ordenó —Tú sabes todo lo que ha estado pasando.

Luego llamó con un silbido hacia la casa del frente para encargarle a Marcio que estuviera alerta en los minutos de su ausencia, porque Maruja quedaría sola. Llamó varias veces y al no recibir respuesta echó el caballo a andar.

Desde que el sol cedía, todas las casas se veían cerradas por culpa de dos maleantes quienes habían golpeado y violado a algunas jovencitas, provocando gran preocupación.

Máximo tomó su ruta con determinación, mirando constantemente hacia cada ángulo, y empuñando el filoso

cuchillo en su cintura. Tras minutos galopando llegaron a la finca, y esta vez avanzó unos metros más de lo habitual para saltar del caballo.

—No te sorprendas Chicho – el hombre se adelantó a cualquier pregunta del muchacho —Fue que le vendí ese pedazo de tierra a un amigo del compadre ayer; es demasiado terreno para un solo hombre, mi hijo— explicó firme.

Había oscurecido pero el viejo conocía la parcela. Diestramente cortó un enorme racimo de plátanos, cubriéndole Chicho el manchoso tallo con tierra, mientras otro ramillete caía al suelo, esta vez de guineo, elegido para los vecinos.

Máximo hizo una soga con hojas secas y acomodó los víveres sobre el animal, habiendo decidido solo montar al niño hasta alcanzar la leve pendiente, considerando que ya era mucho peso; clavó su cuchillo en un racimo porque le molestaba para caminar.

La oscuridad complotaba con los sucesos recientes, pero el muchacho se sentía seguro y canturreaba las coplas de una mangulina que su progenitor silbaba todo el camino: lo admiraba con marcada devoción.

De repente, unos sujetos surgieron de la maleza y se abalanzaron sobre Máximo. Este quiso halar su cuchillo, pero no lo tenía encima. Todo fue muy rápido. Lo menos que sintió fue miedo, pero, le preocupó la integridad del menor y les ofreció el caballo con los víveres.

— ¡Mal nacido! — le dijo un encapuchado — ¡Lo que queremos es la cartera! - terminó poniéndole un cuchillo en la garganta.

Máximo no obedecería tan fácil esta proposición porque, llevaba en ella el dinero del terreno vendido, además, dicho objeto significaba demasiado para él: esa cartera era un sagrado recuerdo de su finado padre.

Uno de los indeseables, al verlo vacilar se acercó al niño, con malas intenciones. Máximo entendió la acción y finalmente le entregó la billetera. El maleante la abrió inmediatamente, confirmando su contenido antes de marcharse.

Chicho lloraba nervioso y su padre lo abrazó con ternura, mientras los delincuentes se perdían en la oscuridad. Como había sido educado con severidad, el pequeño sabía que no debía comentar lo sucedido; si Maruja se enteraba no volvería a tener sosiego.

Llegaron a la casa y cuando ella les abrió, desmontaron los víveres.

—Maruja, cruza donde el compadre Marcio y llévale ese racimo de guineo. —le pidió —Yo voy a darle agua al caballo.

— ¿A esta hora vas tú para allá? — interrogó ella.

Máximo no respondió y cabalgó raudo con destino al río.

Al transcurrir una hora, cuando ya la mujer comenzaba a preocuparse, el galope de un caballo le trajo quietud; aún sin haber visto al jinete, por ese insondable intuir femenino, discernió que era su esposo.

Máximo entró y, como siempre, antes de cenar, se puso unos viejos pantalones cortados por las rodillas.

Estando justamente en la mesa escucharon el murmullo de gente que se acercaba. Maruja lo miró angustiada.

— ¡Máximo! —llamó alguien.

— ¿Quién lo busca? —quiso saber el hombre.

—¡Somos nosotros! —Máximo ahora reconoció la voz.

Abrió y los hizo entrar mientras Maruja se dirigía al cuarto, tras una toalla para cubrir la inocua transparencia de su bata.

—Máximo, gracias a Dios ya salimos de un problema— dijo uno de los recién llegados.

— ¿Cómo así? ¿Qué pasó? —reaccionó sorprendido el anfitrión.

—Bueno, los encapuchados fueron encontrados muertos cerca de la quebrada. —apuntó con seguridad el informante.

La noticia causó conmoción en el niño. Máximo lo miró intimidante cuando Maruja se acercaba ávida por más detalles.

—¡Oigan lo más grande! — continuó detallando quien tomó la iniciativa — Cuando les quitaron las capuchas, se descubrió que era Marcio su compadre, y Euclides el hijo.

Máximo se incorporó atolondrado. Maruja cerró los ojos llevándose las manos a la cabeza, y el pequeño Chicho apenas absorbía esta adulta información.

— ¿Cómo va a ser? ¿Mis vecinos? ¡Caramba, mi compadre y mi ahijado! — Máximo se veía triste, sudoroso y turbado.

—Como ustedes eran tan unidos, queremos que se encargue de organizar el velatorio— sugirió el más joven.

—Pero claro, vamos; pásame el pantalón Maruja. — solicitó Máximo.

Quiso vestirse rápido y optó por ponérselo encima del corto, en la misma sala, cuando una vieja cartera cayó al suelo.

El niño paró la respiración; con los ojos alborotados miraba el objeto y buscaba la mirada de su padre.

— ¡Papá, pero esa es la... — el muchacho fue interrumpido bruscamente por Máximo, quien le confirmó airado delante de todos:

— ¡Sí mi hijo! ¡Yo soy celoso con esa cartera! ¡Esa me la regaló mi papá!

EN UNA TAZA DE CAFÉ

Bastó con que ella pusiera el café sobre la mesa para disfrutar contemplando a quien sería mi hermosa y agradable compañera de viaje. Apenas el aroma indiscreto de la insondable bebida, ya íbamos flotando en ella, únicamente guiados por nuestros deseos cohibidos.

Llegamos a, no sé qué lugar. Caminamos entrelazados por unas calles y, decididamente arrebaté la guitarra de un trovador ambulante, para cantarle ilusionado a esa mujer transparente que fluía con mi imaginación.

Sin haber reservado, fuimos recibidos en el lujoso hotel que, de la nada apareció imponente. Allí obviamos cualquier protocolo y surgimos solos, ocupando nuestro cuarto, con el tiempo aliado al placer; ahí estábamos los dos: yo recostado en la cama, mientras ella se probaba innumerables prendas ¡Qué lindo el vestido azul!

Nunca me había detenido a ver su rostro como lo hice aquel día. Así la recuerdo: con esos ojos brillantes adornados de sombra azul, y esa misteriosa lascivia sugerida por sus malares.

Apenas vuelvo a probar el café... ¡Claro que está caliente!

Luego del sorbo giré hacia ella y ya tenía otro vestido; esta vez era rojo. Rojo piel, rojo desnudo porque, el tono exponía una lujuria irreverente que describía lo censurado.

Salimos a caminar y, un letrero que no leímos indicaba el restaurant, donde nos alimentamos de miradas, de satisfacción; todo era una caricia. Cualquier roce nos encendía; es que nuestros poros se entrelazaban a la perfección, transpirando el mismo sudor.

Aproveché que el café seguía ahí: tomé un poco y, todavía estaba caliente.

Luego regresamos al hotel y nos quedamos en el bar, donde la acurruqué dejando resbalar mi mano hasta su cintura, mientras le susurraba todo lo que sentía.

Era como hablar con una rosa. Temía tocarla, la veía frágil. Tan frágil cual una «Lucía» de trigueño velo.

¡Ah! ¡Qué suerte! ¡Tengo en mis manos a la más bella y tierna mujer de mis andanzas! Una mujer de alma virgen. Una belleza de fértil corazón para sembrarlo con nardos y hortensias: cultivarlo con poesías, versos y melodías.

Ya entrada la madrugada volvimos al cuarto. Ahí estábamos de nuevo: yo deleitado en mirarla, esperándola con deseos; con premura de descubrir otras tierras y

penetrar hasta donde yacen sus intimas riquezas, sin profanar su alma taína. Mostrarle el valor de aquel oro y verla sonreír ante un espejo. Eternizar su prole y exponer ante el mundo cuanta mansedumbre existe en gente como ella porque, sus curvas son solo el anuncio del cielo.

Me incorporé tras otro sorbo de café mientras ella, con un movimiento suspicaz, dejaba caer su toalla para tenderse sin reparo sobre la cama. Allí posada parecía un monumento horizontal dedicado a *Atabey*.

Tomé la taza y, aunque extrañamente el café todavía estaba caliente, por desgracia... *ya era el último sorbo*.

CONFESIÓN

—Juanito, coge el huevo del seibó y vámonos que se hace tarde. — ordenó Felipe al muchacho mientras Valeria su esposa lo despedía.

A causa del precario salario, el unigénito recibía un huevo crudo cada mañana, para que lo usara como trueque en la escuela al momento del recreo.

Varias veces se le había roto en el bolsillo y, cada ocasión, la dura disciplina por su descuido no se había hecho esperar.

Siempre salían juntos y se dividían en la bifurcación del camino que: por un lado, terminaba en el pequeño plantel escolar, y del otro conectaba con la hacienda de don Toribio, lugar donde Felipe trabajaba.

Juanito tomó el trillo más contento que otras veces porque, aparte de ser viernes, al día siguiente comenzarían las patronales del pueblo.

Quiso cortar camino cruzando una alambrada donde se le enganchó la camisa. Fue con el aguijón de acero

Incrustado en su uniforme, que recordó las advertencias hechas por Máximo, sobre respetar toda propiedad ajena.

Permaneció agachado, meciéndose sobre sí en una leve oscilación, hasta que logró soltar la camisa. Se incorporó, pero no tuvo tiempo de sobreponerse porque, sus problemas apenas comenzaban; la humedad sobre el muslo superior derecho le dejó ver lo peor: el huevo se había roto dentro del bolsillo.

Rápidamente entró en confusión. Siguió rumbo a la escuela. Detuvo su marcha. Trató de continuar. Miró el cerco irrespetado. Quiso devolverse, pero, pensó en los duros castigos. Por eso decidió que la mejor salida era: ir al río, lavar su pantalón, ponerlo al sol y regresar a casa justo en el horario de siempre.

En un lugar solitario del afluente llevaba a cabo su plan cuando, rivera abajo, algo lo inquietó poderosamente: una pareja compartía abrazada en el agua.

Al principio se preocupó, pero, en pocos segundos comprendió que tenía en frente la posibilidad de disfrutar una experiencia adulta y prohibida para él, por ser menor.

Sus sentidos se agudizaron cuando el hombre, muy presuroso desnudaba a la mujer. «Hasta este punto los inconvenientes han valido la pena», pensaba.

Los amantes chapaleaban en el agua. Extrañamente la figura femenina luchaba por salir, pero era sujeta. Con mucho esfuerzo logró llegar a la orilla: el niño seguía sin

pestañear. El acompañante se le echó encima bruscamente, inmovilizándola sobre las piedras. Acto seguido este alzó su vista río arriba: Juanito entró en pánico. Aquel sujeto, claramente incompasivo terminó de desnudar a su presa, pero el muchacho, nervioso, había perdido cualquier interés.

Transpirando copiosamente se puso el pantalón y, cuando volvió a mirar río abajo, ya el hombre se alejaba dejando a la mujer inmóvil en plena rivera.

Optó por echarse las medias en un bolsillo; quería desaparecer del lugar. Esta vez sí le haría caso a su papá desechando la alambrada.

Iba contrariado como nunca imaginó. Algo lo invitaba a contarlo todo, pero, conocía de sus pecados y su execrable penitencia.

Cuando llegó a la casa aprovechó que Valeria estaba en su habitación y rápidamente se quitó los zapatos para que ella no lo viera sin medias.

Se sentó en una silla. Salió meditabundo hacia la cocina. Caminó en el patio sin dirección y luego se dirigió pesaroso al cuarto.

Valeria lo buscó para el almuerzo y se extrañó al encontrarlo arropado; le tocó el cuello y lo sintió caliente. Juanito se negó a comer. Prefirió quedarse acostado mirando las canas del techo: es que el episodio de aquella mañana le tenía secuestrada la mente.

Felipe llegaba siempre al caer la tarde, pero ese día, muy temprano ya estaba de vuelta.

— ¿Y esa rareza, cristiano? —se sorprendió Valeria al verlo.

—Si te cuento mujer; allá se paró el trabajo. Nuna la ahijada de Toribio apareció muerta río abajo.

— ¡Jesús, Avemaría Purísima! ¿Y cómo fue eso Felipe? —exclamó Valeria con sus manos en la cabeza.

—Dicen que le volvió a dar el ataque y se golpeó con una piedra — era conocida su condición de epiléptica.

—Cambia el muchacho y prepárate que Toribio va a pasar por nosotros —ordenó Felipe con prisa.

—Juanito está acostado con fiebre— le dejó saber la mujer, notablemente impactada por el trágico informe.

Transcurrieron pocos minutos cuando el patrón de su marido apareció en la puerta, notablemente compungido.

— ¡Ay don Toribio, lo acompaño en su sentimiento! — le dijo apenada —Entre y siéntese que el hombre se está bañando — invitó.

Toribio expresó sus penas con el sentir profundo del hombre noble valorado por todos, y compartió varias anécdotas, destacando el alma inocente de Nuna.

Felipe se apresuró a marcharse, pero antes quiso saber la condición del enfermo; entró al cuarto y cuando tocó su frente, este se puso a llorar.

— ¡Los hombres no lloran por una calenturita carajo!
— Felipe trataba de animarlo — ¡Párese de ahí a comer para que se sane! Nos vemos en la noche.

Acto seguido partieron solícitos hacia la casa mortuoria, dejando atrás una tarde que sería eterna para el atolondrado convaleciente.

Cuando la noche decidió llegar, aún Juanito no había podido comer; Valeria lo obligó a tomarse un té de ajo antes de irse a dormir, pero, al regresar Felipe, todavía daba vueltas en la cama.

Apenas su papá cerró la puerta, Juanito lo llamó con sentido de urgencia. Felipe entró al cuarto y se sentó junto a él.

— Yo me porté mal hoy papá; no fui a la escuela — comenzó a sincerarse.

— ¿Cómo que usted no fue a la escuela? — recriminó firme Felipe.

— Se me rompió el huevo otra vez y bajé al río a lavar mi pantalón — continuó su confesión.

— ¿Y qué hemos hablado nosotros Juanito? — la voz del hombre se escuchó más enérgica; es que, por

experiencias pasadas, no debía guardarlo en su bolsillo, además, el río estaba tajantemente prohibido.

— ¿Qué pasa viejo? —Valeria se interesó desde la otra habitación.

—Hablamos ahora —prometió Felipe. Juanito continuó.

—Cuando yo estaba esperando que se secara el pantalón, vi un hombre con una mujer...con Nuna papá.

Apenas mencionó el nombre, Felipe lo interrumpió interesado.

— ¿Con la difunta Nuna mi hijo? ¿Un hombre?

Felipe se extrañó porque, la joven era retardada mental, considerada como una muchacha grande, quien jamás tuvo interés ni capacidad de relacionarse con nadie.

—Sí papá, a ella la mataron, y yo sé quién fue.

Ahora Felipe puso más atención. Comprendió que la afección superaba a una simple calentura: hablar de homicidio era un tema difícil para cualquier mozuelo.

El niño tomó la mano de su padre con inusual fuerza mientras recargaba valor para continuar.

—Cuando fui a buscar mis zapatos debajo de la mesa, supe que fue don Toribio, papá.

—¡Muchacho de Dios! ¿Qué es lo que tú me acabas de decir? -Felipe soltó con fuerza la mano sujeta por su hijo. Era como si atribuyera aquella fatal información a alguna flojedad por ser condescendiente, pero, no era así; Juanito regurgitaba una verdad.

—El hombre del río se parecía mucho a Toribio, solo que era cojo; cuando fui a buscar mis zapatos debajo de la mesa, ahí me di cuenta; él usa un pie mucho más alto ¡Él la mató papá!

Un silencio agudo colmó el dormitorio. Máximo se llevó las manos a la cabeza, asaltado por una mezcla de emociones avasallantes. Recordó que, de manera inusual, su patrón se había ausentado aquella mañana, apareciendo horas después, vestido con otra ropa.

El muchacho tenía mucho miedo y el hombre estaba preso de una gran confusión.

—Oye mi hijo — ahora le hablaba como en secreto — Tú sabes que esta casa, con todo y tierra es de Toribio, además, yo trabajo en su hacienda; Juanito, esto debe quedar entre tú y yo.

El niño se tornó totalmente perdido. Felipe se incorporó y salió del cuarto. Juanito hundió su carita en la almohada. El hombre atolondrado se dejó caer con todo y ropa al lado de Valeria. Ella lo sintió más pesado que nunca.

—Viejo, ¿qué te decía Juanito? — preguntó esta, volteándose hacia su esposo.

Felipe se giró dando la espalda al momento que le respondió vacilante;

—Cosas de muchachos Valeria... Cosas de muchachos.

EL HOMBRE

Los extraños pasos que habían escuchado acercándose, misteriosamente se detuvieron justo en frente de la puerta. Dentro del rancho, con cautela extrema, Chepe ordenó a su mujer que mantuviera callado al muchacho.

El hombre estaba envuelto en pánico porque, no era común que alguien tomara el deshecho camino cuando oscurecía, y su esposa, luego del suceso trágico suscitado anteriormente, había quedado tan nerviosa, que la lámpara se mantenía encendida en las noches, hasta el relevo del sol.

Chepe se veía muy turbado. Buscó en el seto la brecha que le servía para estas ocasiones pues, quien fuera dueño de los pasos ya estaba ahí, y era un riesgo abrir la puerta sin conocer sus intenciones.

Amparado por el claror lunar alcanzó a discernir un sombrero, luego un rostro barbudo y, ya con su vista adaptada, pudo contemplar dos cabras que el sujeto había amarrado en la cruz sembrada por años a orillas del camino.

—Parece que no hay problemas, es un arreador perdido —le dijo a su esposa, un tanto calmado.

Abrió la puerta dejándola impactar sin ninguna delicadeza; quizás como un mensaje de hombría para el extraño.

— ¿Qué se le ofrece por aquí a estas horas? —habló con el instinto del animal reclamando su territorio.

—Mucho gusto, mi nombre es Quico y, por andar cortando camino hacia el establo de don Lucas, me perdí tanto que ya es imposible seguir en la oscuridad.

El transeúnte, de aspecto desaliñado y montaraz, puso en evidencia que necesitaba albergue esa noche.

Chepe, con la experiencia adquirida de su propia rutina, lo interpretó inmediatamente; por eso, fue certero al expresar la negativa.

—Cuando uno sale a camino largo debe tomar en cuenta las horas previendo cualquier atraso, y más si se anda con animales.

Hizo el reproche desde la puerta y continuó:

—Baje por la pendiente de Agustina y cuando llegue al río, crúcelo por la mata de coco que hay atravesada. Eso le acorta el viaje.

Chepe sabía que con los animales era imposible esa travesía, pero quería reiterar su posición.

La mujer se asomó al frente con su mirada enajenada, el pelo como una palma arrasada y un desnutrido muchacho entre su falda.

De repente, el esquelético niño corrió en plena oscuridad: se lanzó de rodillas frente a una cabra, puso sus manitas temblorosas bajo las ubres, pero su padre lo arrastró tan violentamente, que la mujer, aunque tímida, se interpuso para protegerlo.

El caminante no pareció darle importancia al incidente y sacó una botella del bolso que llevaba: sorbió un largo trago, limpió su desgarrada barba y extendió el aguardiente hacia Chepe. Este no quería intimar y vaciló; al final, la tentación se interpuso.

— ¡Diablos! —exclamó con el ardor en su garganta — tenía días que no probaba uno —terminó cual leyendo la marca del licor.

—Si acepta se puede quedar con esa botella; yo traigo dos más aquí —le dijo el hombre haciéndolas impactar en su bolso.

Esa evidencia presentada, sumada a los tantos días de forzada abstemia, provocó que Chepe asumiera una posición más receptiva.

—Entre, pero mañana temprano siga su camino y, ¡usted! —ahora le habló a su esposa —¡agarre las cabras y llévelas al patio debajo del cedro!

La mujer arreó los animales en total oscuridad, junto al pequeño asido de ella. Estaba totalmente apesadumbrada y entre otros achaques, sufría profundamente el famélico estado del muchacho; por eso, sintiéndose distante refregó las ubres y lo alimentó. Este libó sus manos cual felino abandonado.

Ya los hombres habían entrado en conversación cuando madre e hijo regresaron. El visitante se guareció bajo su sombrero, observando detalladamente la ergástula donde vivía esta disfuncional familia, y el rostro de aquella mujer que, alumbrado por la lámpara, presentaba los maltratos que su alma escondía.

— ¿Y esa cruz? —preguntó mirando al camino.

—Esa cruz está ahí porque...—la mujer quiso responder, pero Chepe interrumpió alzando su voz.

—Esa cruz es de un hombre que iba a caballo y se cayó, golpeándose en la cabeza — quiso resumir los detalles —No dio tiempo para salvarlo porque las maquinas vinieron a pasar muchas horas después.

Acto seguido tomó un trago mirando fijamente a su mujer. Ella no pudo sostener la mirada; es que, el suceso guardaba otro trasfondo. Ese hombre iba a matar a Chepe

al sorprenderlo golpeándola brutalmente. Ella irracionalmente salvó a su marido impactando la cabeza del extraño con una piedra.

Después de este hecho, agobiada entre otras golpizas, ella le ha confesado pesar por haber manchado sus manos para salvarlo; en silencio maldice los sentimientos que la arrastraron.

— ¿Qué pretende hacer con esas cabras? ¿Las va a vender? —se interesó Chepe para cambiar el tema.

— ¿Yo vender? No; yo tengo un hijo y no quisiera que me le faltara un poquito de leche. —el hombre respondió cual si recriminara al anfitrión.

La mujer respiró profundo, empatizando con dicha posición, y Chepe, sintiéndose aludido dirigió su vista hacia el protuberante vientre del pequeño, considerando como imprudente dicha insinuación. Totalmente evidenciado se excusó para dirigirse a la cocina, desde donde requirió a su compañera, quien pareció caminar hacia el patíbulo.

Los fragores de una despótica disciplina restallaban en la sala donde el niño, temeroso, se guarecía abrazándose al extraño.

— ¡Respete la visita y váyase para donde su mamá ¡Mocoso! — Chepe regresó rebelde.

El hombre intentó retener al niño entre sus piernas, pero, sintió la fuerza brutal que aplicaba su padre, y terminó por soltarlo.

Con una improvisada indulgencia, y para disimular la repulsa hacia Chepe, el visitante le extendió su propia botella, al momento de sugerirle algo.

—Si el río no queda muy lejos, me gustaría darme un chapuzón antes de que se haga más tarde —dijo.

—No es mala idea. Yo también me tengo que bañar; deje su bolsa ahí encima de la mesa y vámonos. —indicó Chepe alcanzando unas viejas chancletas.

Cuando los hombres partieron, la mujer regresó temerosa con el muchacho a cuestras. Caminó sigilosa hasta inclinarse en la hendidura del seto, y comprobó que se habían alejado.

En el camino solo alcanzó a ver parte de la cruz bajo los destellos lunares. Por ser débil no pertenecían esos maderos a Chepe. En cambio, implícitamente llevaban su propio nombre ya que les recordaban constantemente aquel punzante delito; Chepe también los usaba como chantaje cuando ella intentaba huir.

Minutos después, extrañamente, el desconocido llegó solo al rancho y se sentó en la misma silla, sin decir una palabra; observaba a su anfitriona detenidamente.

— ¿Y Chepe? ¿Dónde está Chepe? —le preguntó la angustiada entrando en pánico.

Este se incorporó sin responder. Tomó su bolso y caminó hacia la cruz; repentinamente se aferró a ella con fuerza y determinación.

Cuando logró desenterrarla, en una acción inexplicable se la echó encima y volvió hacia el bohío. La mujer tenía miedo hasta de respirar; es que, el jadeo del sujeto sosteniendo la carga era una misteriosa escena. El niño intentaba acurrucarse, aplicando la poca fuerza que le permitía su famélico cuerpo.

El hombre se paró justo donde la lámpara le desfiguraba el rostro con su inestable lumbré; tras afianzarse, acomodó la carga y nuevamente habló.

—Quédese con esas cabras y alimento al muchacho, que su marido no vuelve —aseguró con incompasiva autoridad.

La mujer comenzó a llorar y el niño necesitaba años para entender por qué también gemía. El hombre se quitó su sombrero, dejando ver una enorme cicatriz, que iba desde la frente, y se perdía en un pronunciado hundimiento craneal.

—Si aquel día usted no se hubiese entrometido, hoy viviera tranquila y en otra condición junto a su hijo —la mujer lo escuchaba palidecida, boquiabierta, y con los ojos fuera de dimensión.

—Como usted puede ver... yo no me morí. Vine hoy a hacer justicia, por mí, por usted y por ese pobre muchacho ya que, cuando el hombre maltrata a una mujer, no se detiene hasta matarla.

Se puso el sombrero y caminó hacia atrás, balanceándose torpe por el peso del aspa.

La mujer salió dando gritos al medio del camino con el muchacho abrazado. Humanamente le dolía perder a su marido; sin embargo, divisando aquel extraño Cristo perdiéndose en la noche, con todo y dolor ella muy profundo comprendía que, aún solo llevara una, este le había quitado dos cruces de encima.

MEDIO PECADO

Los sentimientos de la mujer se encontraban en una lucha campal aquella mañana. Todo júbilo por recibir a su esposo se ennegrecía porque, estando él en prisión, otro hombre había entrado al rancho, y ella temía pudiera enterarse.

Angustiada, decidió borrar esto de su memoria y pagarlo con penitencias cada día, pero, le atormentaba que la niña pudiera mantenerlo presente. Desde ese episodio su hija había asumido cierta tristeza, añadiendo aún más duda sobre aquella desafortunada visita.

¿Qué hacer entonces? ¿Pedirle discreción sin saber si era necesario, o tomarse el riesgo de perderlo todo, incluso la vida?

Mordida por el remordimiento, meditaba en que, aunque se mantuvo casta al no compartir carnalmente con otro hombre, llevaba encima medio pecado pues, su pensamiento y yo interior, sí habían aprobado el adulterio esa vez.

En dicha ocasión necesitaba dinero para sus tres vástagos, y el sujeto que apareció a caballo le daría

medio peso por un ratito. Ya lo tenía decidido pero el acto no se materializó debido a la llegada inesperada de su hija.

Podía jurar que no entregó su cuerpo, pero, la pequeña quizás tuvo otra percepción al encontrarlos solos, y a los hermanitos distantes en un cuarto; era mortificante el dilema.

¿Por qué lloró ella empuñando el arroz? ¿Lloraba por solo haber alcanzado un puñito del cereal tras la bolsa mojarse cruzando el río? ¿O sufría porque su encarcelado papá había sido traicionado?

Esta confusión punzante se acrecentaba cada vez más, al aproximarse la hora anunciada.

Los dos hijos varones se apostaron bajo un frondoso roble donde comenzaba la cuesta, para disfrutar ese exclusivo momento en que Teo apareciera libre en el distante camino. La hembra con su avidez alborotada soplaba el fogón para mantenerlo encendido, y así agilizar cualquier comida o antojo del progenitor.

El anuncio se escuchó en la voz estentórea de los ansiosos niños que parecían pájaros hambrientos sentados sobre las ramas.

Un grupo corrió hasta el roble, divisando en lontananza la figura chapurreada de Teo, quien caminaba presuroso hacia sus dos varoncitos que corrían ligeros al anhelado encuentro.

Si aquella mal recordada mañana no hubiese arribado un desgraciado jinete con medio peso, es muy probable que la esposa también estuviera corriendo en dirección a su amado, pero, atolondrada, solo tuvo fuerzas para posarse bajo el árbol.

Después del recibimiento digno a un hombre que probó su enunciada inocencia, llegó el momento familiar.

Los muchachos no perdieron tiempo en contarle sus avances escolares, y se enorgullecían mostrándole que superaban la línea marcada por este, años atrás, para medirles el tamaño: Teo se maravillaba de cuánto habían crecido.

Les regaló algunas monedas con las que salieron veloces a comprar dulces, y puso otras encima del fogón, para la hembra, quien terminaba de limpiar el arroz.

Luego quedó en silencio mirando el dinero que le quedaba en las manos, y respiró profundo para dejar escuchar esa voz cargada de hombría, cuya mejor acústica era su sagrado hogar.

— ¡Hay mujeres que no sirven carajo! —habló con evidente contrariedad.

La mujer se estremeció y un sudor copioso se alojó en su frente. Teo la miró y ella sintió derretir sus vísceras.

—Yo te mandé medio peso con un compañero de cárcel que salió libre —continuó duramente.

Ella se derrumbaba nerviosa, mirando hacia el piso. La niña detuvo su quehacer.

—Cuando un hombre fracasa por cualquier mujer, hay que averiguar bien la cosa.

Ahora, exageradamente asustada comenzó a temblar. Las palabras de su esposo le infringían un temor que le dolía en el vientre. Por eso pensó en la gravedad del último parto: «Debí morir aquel día; así no estuviera yo sufriendo esto», reflexionó sabiéndose perdida.

—Ese amigo me contó algo muy penoso —Teo hablaba meditabundo y la mujer estaba a punto de llorar.

El hombre se puso de pies y caminó hacia ella. Asustada intentó huir, pero los pies se les negaron, quedando contraída en su silla. Inesperadamente, Teo le extendió cincuenta centavos. Ella agarró la moneda y dejó caer su mano temblorosa sobre el muslo derecho.

—Tómala. Esa es la misma moneda. Me aseguró que con ese dinero no compró una mujer porque él no quiso.

Pareció cual si un velo polvoriento cambiara el color de la angustiada señora. Tenía los dedos encrespados y sus labios sin color. Ya rendida comenzó a hablar para pedirle perdón; Teo la interrumpió.

—Él no encontró la dirección de aquí, pero ya eso no importa — Teo se dirigió al cuarto.

La niña vertía el arroz y miraba fijamente a su madre que apenas se reponía. Casualmente, igual al mal recordado episodio, solo le quedaba un puñito del cereal húmedo.

La mujer, en evidente contricción, maldijo esa cruel coincidencia y, tristemente avergonzada, evadió aquella insondable mirada.

DESALMADO

— ¡Este hombre se está muriendo don Pío, mande gente rápido!

El peón vociferó desde lejos cuando encontró al viejo Cristino en la sabana, desmayado y enredado con el lazo de una vaca.

Como llevaba varios días enfermo, era muy probable que su vértigo fuera fruto del excesivo trabajo exigido por el odioso patrón.

Don Pío y su esposa quedaron en la galería sin darle mayor importancia al suceso, mirando a los empleados que corrían presurosos hacia el llamado del compañero.

—Oye Herminia, solo me preocupa que vaya a morirse aquí en la hacienda —Pío habló dando pasos en el corredor —Quizás debí despacharlo cuando me habló de la calentura; así se moría lejos —reflexionó incompasivo.

Ya el grupo venía con el enfermo y, presuroso, muy preocupado, un jornalero se adelantó a abordar al jefe, para externar su diagnóstico.

—Patrón, Cristino está muy mal; si usted permite, déjenos atenderlo aquí en la casa porque, el rancho de los empleados no tiene ni luz.

El rostro de don Pío experimentó una coloración uniforme, y respondió como si esa observación hubiese sido el peor insulto.

— ¡Mire infeliz, mi casa es sagrada! ¡A ese peón yo no le debo nada! Vaya y busque en su bolsillo. Le acabé de pagar medio peso para que se marchara. Hagan lo que se les antoje con él, pero fuera de mi hogar —terminó dando la espalda.

El trabajador bajó hondamente humillado y, junto con los compañeros que traían al enfermo, se dirigieron hacia el inhóspito almacén, asignado como habitación común.

En la angosta puerta se las ingeniaron cruzando con el cuerpo inerte de Cristino, mientras otros corrían sabana adentro buscando romero y manzanilla, para preparar una infusión.

—Si él no estaba en condiciones, ¿para qué hizo ese esfuerzo? —reclamó indignado un compañero.

—Fue el patrón que lo forzó —dijo otro —Yo escuché cuando lo mandó detrás del animal.

Aunque otras veces habían tratado con enfermos, esta vez el cuadro se veía complicado: la edad de Cristino,

sumado a que arrastraba su padecimiento desde días atrás, lo ponía en un riesgo mayúsculo.

—Busquemos al doctor, o se nos va a morir. ¡Mírenlo! ¡Ya volteó los ojos! —observó el peón que había tomado la delantera.

Se pusieron de acuerdo e inmediatamente un enviado salió sin permiso del patrón; iba a galope tendido, con el apuro ameritado; Cristino quedó en una crisis tan profunda, que trepidaba llamando sus pequeñas hijas y a su mujer.

Los fieles compañeros se dedicaban al moribundo como si fuera el más cercano familiar, pero, de manera diferente, Pío y su esposa ya comían con normalidad, haciendo chistes y escuchando las noticias, sin darle importancia a la salud del viejo.

Cuando los empleados no encontraban qué otra sustancia darle a oler para mantenerlo consciente, escucharon galopar un caballo, donde venía su compañero y el doctor en las ancas. Este penetró presuroso hasta donde Cristino y procedió a examinarlo con sumo cuidado.

Su pericia médica y lo solícito del grupo contribuyó a que el convaleciente recobrara algunas fuerzas, al menos para tomar conciencia de la situación.

—Doctor, no me deje morir doctor; tome ese medio peso; es lo único que tengo. Tómelo y haga algo por este pobre padre de familia —dijo con voz trémula.

Las recriminaciones hacia don Pío cobraron más energía tras escucharse la súplica infantil y noble del viejo: Cristino parecía un esqueleto de madera arropado con su arrugada piel.

—Es todo lo que tengo, medio peso amigo mío. Ayúdeme: por mis hijas y mi mujer —insistía con voz frágil.

El doctor comprendió que su paciente no estaba bien y tomó el dinero para no disentir con este.

Después de un rato las inyecciones comenzaron a parir resultados, y el color del moribundo se fue posando nuevamente en su rostro. El termómetro indicó que la fiebre había descendido y, ya con su querido viejo sentado, decidieron calentarle el estómago con otro poco de té.

Pero, el destino, pudiendo cargar a muchos en su nefasto vehículo, estaba al acecho. Apenas una breve calma y la hacienda otra vez se alborotaba.

Precedida de gritos aterradores, Herminia tropezaba corriendo por los escalones con el rostro fuera de sí.

— ¡Es Pío! ¡Es Pío! ¡Se me muere mi marido! ¡Ayúdenme por favor!

Varios hombres, entre ellos el doctor corrieron hacia la casa, donde encontraron al caporal tirado, sin conocimiento. A sugerencia del profesional optaron por

no moverlo y, pasados breves momentos, un reporte de salud indicó cuan grave era esta situación:

— ¡Es un ataque al corazón! — aseguró el galeno.

Acto seguido lo trasladaron a la cómoda habitación, momento en que Herminia, desesperada, recalcaba sobre el poderío económico para salvaguardarle su vida.

—Doctor, resuelva de la forma que sea, y por dinero no se detenga —decía.

El galeno maniobraba con lo que tenía a mano, evidentemente preocupado por tan exigente escenario. Pidió evacuar la habitación para mejor desenvolvimiento y antes de salir, Herminia se aferró a la puerta donde, de forma casi amenazante, dejó escuchar su voz.

— ¡Oiga bien doctor, si es por dinero no se va a morir!

La espera fue mortificante. Algunos aprovecharon para volver con Cristino, y regresaban maravillados por su recuperación, mientras otros organizaban las cosas que rodaron al momento del desorden.

Cuando finalmente se abrió la puerta, Herminia había quedado viuda, y el médico solo tradujo con certeras palabras, la realidad infausta que su rostro no ocultaba.

En el velatorio, las reflexiones sobre lo inhumano del patrón se podían escuchar desde cualquier conglomerado, sin importar a qué sección pertenecieran:

estos terminaban agradecidos de Dios por permitirles seguir vivos, aún con pobreza y precariedad.

Al mismo tiempo, el último peón humillado por don Pío iba de grupo en grupo, externando una meditación que dejaba asintiendo a todos sus compañeros:

—“Cristino nada más se quitó medio peso de encima y se salvó: al parecer, don Pío tenía demasiado peso por quitarse”.

¡ANASTASIO NO DEBE MORIR!

El tumulto a mi alrededor fue tan grande que congestionó la vía, desesperando a los conductores quienes, con estridentes bocinas, reclamaban su derecho de tránsito.

Era temprano esa mañana cuando, yo dispuesto a cruzar la calle, una extraña mujer con ojos alborotados y su rostro fuera de sí, vociferó algo que me provocó el único desmayo experimentado en mi vida.

Caí en pleno pavimento donde fui socorrido por las personas que se dirigían a sus trabajos y, apenas recobré el sentido, me incorporé abruptamente buscando la dirección tomada por aquella misteriosa dama.

Al divisar su silueta entre la multitud, corrí como un loco detrás de ella, dejando totalmente confundidos a mis socorristas.

La mujer se volvió hacia mí y, cuando se sintió perseguida huyó despavorida, obligándome a desistir: no me sentía completamente repuesto.

Todavía exhausto caminé todo desabotonado y sucio de vuelta a casa, renunciando al propósito inicial que era comprar los cartuchos de tinta para la impresora: exactamente a eso había salido.

La noche anterior, vía correo electrónico, se me invitaba a participar en un concurso de cuentos organizado por el *Ministerio de Cultura*, y aunque otras veces no lo sopesaba, esta vez decidí competir.

Como al día siguiente debía entregar algunos trabajos, quise ganar tiempo imprimiéndolos antes de acostarme, pero en el primer intento advertí que no había suficiente tinta.

Opté por adelantar el hábito de sueño, pero a Morfeo no le pareció bien; fue tan marcada su rebelión, que en la madrugada ya me había levantado varias veces: unas en busca de algo líquido, y otras rumbo al excusado.

Ahí fue cuando comenzó lo que me sorprendería al amanecer.

Con la invitación en el subconsciente, comencé a provocar mi creatividad y, entre mil argumentos uno me

uno me pareció muy interesante.

Era sobre un hombre adinerado que, tras morir su esposa en pleno parto, le da riendas sueltas al deseo, y comienza a sostener relaciones sexuales no consensuadas con la criada, amenazándola mortalmente en caso de delación.

Bajo esta tormentosa relación, la joven va perdiendo pasión por vivir, en cambio, el absurdo viudo intensifica sus abusos al extremo de lo salvaje.

Desesperada y dispuesta a lo peor, ella decide hablar con Anastasio su prometido, y da por terminado el noviazgo al no sentirse digna de él, ya que, involuntariamente había perdido la virginidad.

En vez de rechazarla, Anastasio se muestra comprensivo y entre ambos establecen un plan para acabar con el suplicio.

Un día, ya enterado de todos los detalles, este penetra a la habitación y asesina al hombre, justamente en el acostumbrado acto de violación.

Inmediatamente se presenta ante las autoridades donde, satisfecho y sin remordimiento confiesa el crimen, convencido de que, la contundente evidencia premeditada junto a su novia, lo libraría completamente.

Inesperadamente se descubre que en el testamento del finado patrón, la criada figuraba como única heredera; una exorbitante suma de dinero y cuantiosas propiedades pasaban a su nombre.

Ahora solo faltaba comprobar que esta no tuviera ninguna implicación con la muerte.

Por eso fue investigada incontables veces, y cuando le tocó testificar en el juicio, ella sorprendentemente negó cualquier tipo de relación con Anastasio: en cambio lo acusó firmemente de acosarla.

El joven que la amaba sin reservas ni condición fue sentenciado a muerte, quedando pasmado y desorientado en la pequeña sala de judicial.

Los días subsiguientes dejaron ver que era un castigo doble pues, la nueva millonaria se comenzó a ver exageradamente demacrada y sin gusto por vivir: todos atribuían su locura al dinero heredado.

Yo llevaba horas buscando detalles para la ejecución de Anastasio, cuando finalmente me quedé dormido.

Al despertar, muy temprano de mañana, me apresuré en buscar la tinta para luego comenzar a escribir ese cuento inconcluso, que conservaba intacto en mi memoria.

Exactamente deliberaba sobre su desenlace cuando aquella misteriosa mujer se me atravesó en la acera.

— ¡Anastasio no debe morir! —me ordenó ella con voz autoritaria y sentenciosa.

Sumamente impactado fue que volví a casa donde, sin todavía recuperarme, comencé a escribir el accidentado relato. Casi sin permiso de mi voluntad narrativa, la criada se confesó ante sus abogados, declarando toda verdad sobre los hechos.

Explicó que mintió invadida por el pavor, y dejó claro su intención de liberar a Anastasio, aun el precio fuera perder la herencia completa.

Para los juristas en cuestión fue la más beneficiosa noticia, procediendo inmediatamente y logrando el sobreseimiento.

Así fue como, fundidos en un fuerte abrazo se reencontraron los dos frente al recinto carcelario, y partieron ambos con la razón evidentemente diezmada, pero satisfechos de haberse unido para siempre.

Al terminar de escribir esta historia me sentí un poco más relajado y salí presuroso nueva vez en busca del cartucho para imprimir.

Ya era mediodía y la gente regresaba por el almuerzo cuando, en el otro andén, algo muy curioso volvió a sorprenderme.

La enajenada mujer que me había abordado rígidamente más temprano, ahora sonreía plenamente mirando hacia mí: blandía una mano diciéndome adiós, y con la otra, abrazaba a un extraño sujeto, también con aspecto de loco.

DESCONFIANZA

El terco avance del reloj acentuaba una sospecha cruel. La duda se hacía presente en esta escena puesta en acción donde, con su acostumbrada bruma viscosa, el tiempo pierde toda inmediatez.

En la radio alguien cantaba sobre engaño, argumento que el autor solo tomaba por asuntos comerciales, pero, dentro del cuarto, Aurelio se sabía protagonista de tan humillante historia interpretada; sentía la habían calcado encima de sus agobiantes realidades, y estaba dispuesto a cobrar con sangre esta traición, ya dándola por hecho.

Los celos se acentuaban en la larga espera, imaginando a su amante enamorada y rendida en brazos del más desconocido ser. Ferozmente desesperado, penetró en las confusas callejas por donde solo caminan quienes arden desamorados. Ahí pudo ver rostros lánguidos consumidos en rabia, y los menos atormentados ya no reflexionaban.

Aurelio estaba decidido; por eso, aunque Berta no se había presentado al encuentro, él la lloraba: se sentía

asesino y es que, su inquebrantable determinación, más un espíritu adobado en lacerante coraje, solo requerían del momento propicio.

Comenzó a extrañar el abundante pelo escapándosele por las manos: aquella boca que lo ungía de gloria al aproximarse desnudando en cada mordida un nuevo dulzor.

Esa piel hecha seda entre sus dedos; piel que lo conducía al más sagrado lugar. Por eso, en plena imaginación la desprendió de forma incompasiva: sarcásticamente, todas las cosas especiales se constituían en mayor razón para matarla.

Por eso se aseguró de cargar bien su arma y, aunque no le faltaba valor, una copa con brandy acompañaría el ritual fúnebre. Buscaba asociar el sabor a sangre con esta bebida; así la vertería en su boca cuando quisiera volver a matarla porque, quien está poseído por este tipo de rabia, no sacia la páfida necesidad simplemente ejecutándola.

Los minutos alteraban aún más el odio, cuyo embrión ya era una amenaza, incluso para su propia vida. A poco camino recorrido en ese estado colérico, comenzó a sentirse tan familiarizado con otros sujetos iracundos, que penetró al lugar de donde estos salían.

Se alojó en una mesa desvencijada y con poca luz: ahí recibió la pócima de bienvenida como ritual para

hombres vapuleados como él.

Con decidida brusquedad se incorporó sujetando a la afligida mujer que le había servido el brandy; luego de contemplar su rostro húmedo, pudo reconocerla en el fondo de las lágrimas.

Inmediatamente todo el odio que Aurelio había abrazado en la espera, se le escapó vuelto migajas y, aunque quiso envalentonarse, no pudo armar su irritación alevosa: quedó sin nada de saña ante aquel inesperado descubrimiento.

La mujer acongojada se aferró a su pecho y, después de varios intentos pudo externar el dolor.

—Perdona la tardanza Aurelio, pero esta inseguridad sobre lo nuestro me ha hecho trajinar sin rumbo fijo: ahora mismo no sé ni quien soy— Berta no paraba de llorar —Ayúdame si en verdad me amas; sácame de aquí y muéstrame que este amor es sincero y real— terminó evidentemente compungida.

Acto seguido Aurelio no atinó a decir nada. La arrastró consigo por unas laberínticas calles que se deshacían repentinamente al ritmo del estentóreo suspirar. El camino cobró la densidad de una ligera piel, cuyo destino apareció inmaculado.

Bebieron del brandy, forjando deliciosos recuerdos, y evitaron esparcir el sedimento de sangre que se había

alojado en la copa, momentos atrás cuando los celos
construían una criminal agenda.

LA NIÑA Y LA LLUVIA

El sonido del monte se agudizó con ese extraño rumor, únicamente discernible en presencia del espectro pues, distantes, el fuego y la lluvia son tan iguales en su murmullo, que, aunque el cielo esté bastante gris, un pánico translúcido se presenta en lo más íntimo, esfumándose solo cuando las gotas de agua ocupan ese espacio sagrado en la subjetiva, inescrutable y misteriosa realidad.

En el cobertizo del viejo rancho, don Fausto disfruta su cigarro y suelta una bocanada mientras sonríe satisfecho al ver que Laurina, la nieta consentida, se despedía de sus amiguitas para disfrutar juntos el aguacero.

— “¡Es el retrato de Adela!” — se decía recordando a su hija fallecida.

Laurina corrió desde la galería contigua y, apenas guarecerse junto al anciano, expuso maravillada sobre el exacto pronóstico hecho por este.

—Usted lo dijo abuelo; “casi está lloviendo”—habló en medio de un tierno sonreír.

—Y con el sol afuera— añadió orgulloso el viejo, entregado al vaivén de la mecedora.

Don Fausto era de estos hombres cuyo simple aspecto le granjeaba respeto sin tener que exhibir tosquedad. Por eso podía cobijar en su madurez a los más jóvenes, con quienes nunca ostentaba su vasta experiencia.

Era ese carisma lo que atraía a la pequeña de nueve años, quien dividía el tiempo equitativamente para jugar con sus contemporáneos, y conversar largas horas acompañada del octogenario.

—Abuelo, si usted sabe cuándo va a llover, ¿por qué no sabe cuándo viene mamá? — preguntó tierna y con marcado interés, arrastrando una silla para sentarse al lado de don Fausto.

—Porque la lluvia se divisa a lo lejos mi niña: desde allá...desde el cielo— el hombre respondió meditabundo, cual si declamara.

—Pero mamá también está en el cielo, ¿no le manda a decir con la lluvia cuándo viene? — Laurina habló rodando la silla de nuevo, al ser ungida por una gotera. El viejo se cambió el cigarro de mano para no quemarla.

—No mi hija, pero, no ha de pasar mucho tiempo para que yo vaya— trató de ser gracioso.

— ¿Conmigo? — la niña inquirió sujetando su falda que volaba tras un soplo de brisa.

— ¡No pequeña! ¡Contigo no! Dios es muy estricto y hay que ser bien mayorcito para recibir su permiso — el viejo se mantenía respondiendo sin mayor sustancia.

—Pero mi mamá también era joven— expuso Laurina inconforme con la explicación.

—Era muy joven pero también muy especial. Por eso está allá con él— Fausto respondió acomodándose en la mecedora. Al parecer, no esperaba que su nieta quisiera traspasar el axioma celestial atribuido a los difuntos.

—Y, ¿yo no soy especial? – esta expresión de la nieta pareció un reclamo.

El anciano sonrió como muestra instintiva de su respuesta, mas, se apresuró a expresarla.

— ¡Sí, eres especial Laurina!, ¡y... muy especial, muchachita! — don Fausto creyó haber satisfecho la inquietud, pero, su querida niña tenía decidido ponerle voz al melódico llover.

— ¿Entonces, no hay niños en el cielo? — preguntó disipando la humareda del tabaco.

—Sí, hay niños en el cielo, pero, también deben vivir aquí— el abuelo respondió tras limpiar su garganta y volvió a acomodarse, ya entendiendo que debía dar respuestas más objetivas ante el interés concienzudo de la pequeña.

— ¿Por eso me dan medicina cuando no puedo respirar? — Laurina seguía muy interesada. Don Fausto apagó su cigarro repentinamente tras ella recordarle el padecimiento.

—Lo hacemos por amor, aunque, sí... también por eso— aseguró don Fausto.

—Entonces la medicina es que sabe cuáles niños van al cielo— Laurina pareció afirmar el concepto.

— ¡No, jamás Laurina! ¡Eso solo lo sabe Dios! — el viejo ya se veía haciendo un esfuerzo por ser amable. Las preguntas de la nieta ponían en riesgo su sapiencia, y eso jamás lo debía permitir un hombre con tanta experiencia.

— ¿Y para qué me dan ese jarabe tan malo si al final Dios es quien sabe? — la niña y la lluvia no daban tregua.

— ¡Oh mi nieta curiosa! — exclamó un tanto agobiado —Es simplemente para ayudarte a respirar, y sobre tu madre, no olvides que Jesús un día muy cercano la va a resucitar, junto con abuela y muchos más— ahora el hombre habló evidentemente esperanzado.

Al parecer despolvó esa promesa en su interior y disfrutó tan magnífica posibilidad, mientras la lluvia ejecutaba unos compases instrumentales.

—Siempre dices que Jesús murió por todos— la niña volvió a tiempo — Entonces abuelo, de lo contrario no se cumplía el sacrificio— habló alcanzando una taza untada de café que había quedado debajo al rodar la silla, y continuó.

—Dios podría estar guapo porque, quizás lo quiere al lado de abuela, pero usted todos los días toma pastillas para no ir — Laurina concluyó sin inmutarse, y el anciano veía un nuevo sol salir entre sus reflexiones, mientras la lluvia recorría lo último del pentagrama.

NOCHE BUENA ANTICIPADA

Los seis inocentes niños fueron encerrados en la precaria habitación frontal, para que no vieran cuando su padre ejecutara el sangriento acto. Este, cuchillo en manos se dispuso a terminar rápido con su cometido, pero, al intentar el degüello, las fuerzas lo abandonaron.

—Yo sabía que no te atreverías —la esposa le habló quitándole el cuchillo — Ustedes los hombres son bien débiles para estas cosas: ven agárrale las patas, que aquí se va a comer gallina esta noche, y después de cena.

Encarnación volteó su cara evadiendo el episodio, quizás también ruborizado por la reciente oferta cariñosa. Es que, aún adulto conservaba las normas puritanas de una rígida crianza, la cual iba traspasando fielmente a sus seis vástagos. Por esa razón estaban ellos encerrados; no debían familiarizarse jamás con ninguna acción sugestiva de violencia.

Era veinticuatro de junio, día de San Juan y, como costumbre campesina, sumado al inusual banquete la familia se vestiría adecuadamente, no necesariamente para pasear. El hombre preparó a los pequeños mientras Nina se ocupaba del guiso que ya transcendía fragante.

Encarnación regresó donde ella abrochándose un hermoso pantalón azul, satisfecho por la exacta medida. Nina se apartó para que el fogón lo alumbrara, y observó maravillada cómo le asentaba la camisa amarilla.

—Es que yo conozco a mi marido de pies a cabeza —habló haciéndole un gesto cariñoso con las manos volteadas sobre el rostro, para no ensuciarlo.

— ¡Mira con qué le coge a los viejos Nina!, ¡yo estoy antojado de un vino! —expresó contento Encarnación.

—Usted nada más se toma un trago en “Noche Buena”, pero, búsquelo que yo lo acompaño —fue muy comprensiva la mujer —Aproveche y tráigame sal.

Encarnación se colgó su llavero completando así el atuendo de hombre con responsabilidades, y salió evidentemente feliz.

Frente al rancho adyacente estaba Ofelia sentada junto a Negrita su perra, que se incorporó meneando la cola.

— ¡Cuidado si lo ensucias animal! ¿No ves lo buen mozo que va ese hombre? —la vecina fue cortés.

—No se preocupe doña Ofelia; eso es todos los días; siempre se me pega para el comercio; usted debe darme un perrito si llega a parir; uno bien negro como ella. —puntualizó retomando el camino.

Lamentó que nadie lo viera cruzar por la colonia Adela, pues, a pesar de su madurez, se sentía como un adolescente, vestido con las nuevas prendas. Quizás también eso lo había motivado a salir.

Los parroquianos estaban agrupados entre las raíces del viejo cedro frente al comercio, donde amontonaban cada botella consumida, cual sinónimo de hombría. La tertulia era protagonizada por el sargento Rey, acompañado del guardia Solito Ruiz, el cabo Pomares, y otros lugareños.

Encarnación gesticuló un saludo colectivo entre la bullaranga del radio, y se internó en el negocio, donde no vaciló pidiendo su encargo.

—Don Chucho, bájeme un vinito de esos que se beben en pascua y péseme dos libras de sal —le habló estrechándole las manos.

Negrita apareció como un resorte y se metió entre los pies de Encarnación; más atrás, presuroso e iracundo venía el cabo Pomares quien, con su bota de guardia, le propinó una patada al animalito, arrancándole varios dientes. El cruel hombre intentó darle otro golpe, pero, Encarnación se interpuso entre este abusador y la perra.

Acto seguido entró el guardia Solito Ruiz con un vaso en la mano, tratando de persuadir al rabioso amigo.

—Tenga Cabo; deje eso así; lo que más tenemos es aguardiente, además, mañana estamos a veinticinco —le

recordaba el día de cobro.

— ¿Pero fue que la perra le tumbó el vaso? —el colmadero se mostró en rechazo a la actitud del Cabo — Señores, pero, deben entender que son animales, y ustedes tienen ese ron en el suelo —quiso aclarar.

—Ese es el problema, que son animales — Encarnación habló mirando al cabo Pomares, justo cuando este le propinaba una bofetada con la mano abierta, cuyo humillante sonido se amplificó en el silencio dejado por la radio, apagada a causa del inconveniente.

Encarnación agarró la botella de vino para lanzársela al Cabo, pero, oportunamente don Chucho saltó sobre el mostrador, interviniendo y evitándole males peores a su amigo.

El sargento Ruiz desarmó al indeseable y lo recriminó por su irresponsable borrachera, guardándole el arma en la gaveta del dinero; en cambio, algunos lisonjeros y serviles acomodaban una silla para este abusador, aludiendo la fiereza con que había actuado.

— ¡Es que con la Guardia no se juega coño! —se gloriaba el indeseable, disfrutando su espurio protagonismo.

Encarnación regresó al hogar completamente degradado. Su alma gemía en lo más profundo por el cruento atropello. Procuraba mantenerse lejos de la lámpara

ocultando cualquier marca dejada en su cara, y fingía alegrías ante los niños, inocentes del abuso.

No se sentía digno de afecto, es más... tampoco se sentía hombre. No era ni la sombra del caballero erguido que salió con pantalón azul y camisa amarilla hacia el colmado.

Fingió estar mareado por la bebida, y prometió disfrutar su guiso al día siguiente, decisión que no molestó a Nina, quizás pendiente del sugerido encuentro amoroso.

Eran las diez y treinta cuando decidieron acostarse. Encarnación no quería hacerla sentir mal y, sintiéndose incapaz de corresponderla íntimamente, optó por hablar con sinceridad.

Un llanto lúgubre se le escapó desde muy dentro. Un sollozo que, al parirlo, ya anunciaba la más cruda decisión.

— ¿Qué te pasa mi viejo? ¿Qué tan grande nos ha pasado? —Nina se sentó en la cama, confundida y muy preocupada. Encarnación nunca había llorado. Ni siquiera en el velatorio de su hermano menor a quien adoraba. Por eso ella intuyó que la desgracia los había alcanzado.

Sumamente aturdida lo arrulló dejándose caer sobre su espalda, mientras este le narraba el episodio, asegurando con rabia no ser de los hombres que podían aceptar un atropello igual y seguir normal.

Terminó de hablar vistiéndose con la misma ropa que se había quitado. Ella se incorporó y quiso persuadirlo, aunque, sabía que era imposible; además, en el fondo también reclamaba venganza.

El hombre caminó hacia la cocina y, bajo los destellos del fogón, pudo ubicar un cuchillo. Abrazó a Nina con todas las fuerzas que pudo, para luego dirigirse al cuarto donde dormían sus niños. Aun oscuro, adivinó cada silueta; seis cuerpecitos enrollados en una cama, frente a quienes gimió antes de marcharse.

Desde lejos se escuchaba la música y los borrachos bajo el cedro, aprovechando lo último del jolgorio pues, don Chucho era muy puntual cerrando su comercio.

Encarnación esperaba ese silencio. Ya lo había decidido. Aunque entendía que con esa inútil arma no tenía posibilidades de vencer al cabo Pomares, el intento de venganza redimía su impotencia tras la pública humillación.

Amparado en la oscuridad, se situó a cierta distancia desde donde observaba los cuerpos jadeantes marchándose del comercio, cual espectros en plena borrachera.

Al fin, la bombilla bajo el cedro develó una silueta que agitó su corazón: era Pomares quien procedía a internarse en la bruma, cortando camino hacia el cuartelito donde dormía.

Encarnación lo siguió con suma determinación, cual si fuera un capítulo programado por el destino. Caminó presuroso y sin disimulo detrás del Cabo que, quizás por haberse expuesto a la estridente música, no advertía su presencia.

Con extrema ansiedad, Encarnación dio apertura al acto que debía enmendar su punzante humillación.

— ¡Oye abusador! ¡Vamos a ver si tú eres tan hombre aquí que estamos solos! — habló irritado.

Pomares se giró sorprendido y, con su instinto de militar, empuñó el revólver apuntando directamente al persecutor en la cabeza. Encarnación, que no aceptaría ninguna sugestión, le fue encima sin medir consecuencias.

Pomares haló del gatillo con insistencia, pero, sorpresivamente, el arma no disparó.

Luchando cuerpo a cuerpo rodaron sobre el pasto y, Pomares, con la malicia conferida por su oficio, le propinó un cabezazo tan fuerte que lo aletargó momentáneamente. Cuando este volvió en sí, logró asírsele del cuello, rabioso cual fiera herida.

En pleno forcejeo, infructuosamente el Cabo trataba de disparar, mientras Encarnación alcanzaba su cuchillo entre la tierra. Nina jamás iba a imaginar que aquel compañero sin valor para matar una gallina, ahora estaba tan determinado a rescatar su vergüenza.

Deslizó el arma por la garganta del indeseable con destreza inusitada, y se alejó sin rumbo, escuchando cómo zangoloteaba este en agitada agonía.

Cuando la pulsión abandonó a Encarnación, su mente de hombre pacífico quiso desconocer lo ocurrido, pero, la sangre en su ropa le aclaraba cualquier duda.

Entrada la madrugada todavía Nina se mantenía atenta y temerosa, adivinando cualquier sonido que pareciera de disparos. Aunque afortunadamente no había escuchado nada, ella se derrumbaba por dentro pues, quien enfrentaba a un militar, rara vez vivía para contarlo.

Advirtió pasos en el camino y su corazón se aceleró. Contuvo la respiración para asegurarse del ruido, pero, un muchacho tosió, arruinando lo escuchado, y volvió desde cero a ubicar al transeúnte. Negrita ladró, mas, se calmó tras leves silbidos con los que Nina tuvo plena conciencia sobre aquella presencia; tres toques resonaron en su hogar.

— ¿Eres tú Encarnación? —habló bajito caminando con sigilo.

—No — respondió un hombre —Soy yo, Chucho... del colmado.

Nina se extrañó muchísimo y dudó. Aunque el colmadero era alguien de mucho respeto, la hora le parecía inapropiada. Descansó su frente sobre el seto de madera y, tras una repentina reflexión, abrió la puerta.

— ¿Me lo mataron don Chucho? ¡Dígame la verdad! ¿Me lo mataron?

El hombre le tomó la mano con extrema firmeza.

— ¡Yo apuesto que no, Nina! ¡Óigame bien! ¡Algo me decía que un hombre como Encarnación no se iba a quedar con esa, coño! — su voz era el esputo de un ardiente pecho, que, al no poder expresarse con libertad, anegaba todo por dentro.

— ¡Los hombres se respetan carajo! —sentenció indignado.

Nina quería seguir escuchando. Le servía de gran alivio porque, ver a su marido llorar avergonzado, le partió el alma.

Lentamente, el viejo sacó algo de su bolsillo izquierdo y se lo pasó mientras continuaba dialogando.

—Tenga —le dijo mirándola a los ojos —Cuando ellos vengan a investigar entrégueselas doña Nina. Dígales que usted las encontró aquí. Devuélvame ese favor. Esto me puede salvar la vida.

Don Chucho partió presuroso mientras Nina, confundida, se acercó impaciente tras la luz del velón encendido a San Juan. Allí quedó estremecida al descubrir que, aquellas frías piezas entre sus manos, eran extrañamente las seis balas de un revólver.

PUNTO DE REGRESO

Lo que se le presentó a Hans esa noche en el bar, fue una experiencia solo conocida en labios de sus familiares más ancianos.

La noche anterior, después de haber compartido en esa misma mesa con una desconocida, decidieron salir y caminar, pero, sorpresivamente, apenas comenzar el recorrido, aquella dama se echó a correr, lanzándose hacia los arrecifes del cercano puerto, cayendo sin vida en las turbulentas aguas.

Esa mujer, con el mismo vestido naranja, ahora venía caminando hacia Hans quien, abandonado por sus instintos ante la misteriosa aproximación, permanecía inmóvil.

Sin decir palabras ella haló la silla que había ocupado anteriormente y, tras recoger su vestido con elegancia, se sentó. Hans logró reaccionar, pero, cuando intentó incorporarse, esta lo sujetó con una mano fría sobre el muslo izquierdo.

—No te voy a hacer daño —le dijo — ¡Mira! ¡Tócame! No temas y acepta mi compañía. Soy la mujer

que anoche abrazabas e hiciste sentir feliz. ¿Por qué se puede repetir un día, una noche, un beso, y nosotros no? —ella quiso calmarlo.

— ¡Es que... es imposible! —Hans rebatió con energía— ¡Yo mismo te vi con estos ojos y, muchas personas más corrieron al arrecife donde te lanzaste!; ¡Allí vimos tu cuerpo sin vida impactado con las rocas! —Hans se resistía tratando de incorporarse.

—No he venido a discutir esto, simplemente he venido y, creo que para ti debe ser altamente gratificante verme de nuevo —la mujer ahora puso más fuerza sobre él para retenerlo y continuar hablando.

— ¿Qué importa lo de anoche si hoy me tienes aquí presente? Deberías ocuparte en conocer las razones que motivaron el suicidio, y no renegar este regreso tan evidente. Quizás ni yo misma tengo dominio de la situación, pero, misteriosamente estoy ante ti; en persona. Ahora me importa sobremanera cuan posible es romper con antiquísimos esquemas. Poder bailar más allá de los compases propuestos por la estridente y mal llamada realidad. ¿Acaso no se pierden manjares aquellas aves al lomo de reses cuando escuchan el látigo opresor? Solo un pájaro atrevido consigue su sustento y descubre que, dicho impacto únicamente es sugestión; los dogmas colindan con el conocimiento y la libertad, pero, su muro es imponente. Ahora puedes avizorar más allá de esa verja: acéptalo; total, si yo desapareciera o te echaras a correr, solo quedarías con el asombro de esta experiencia y nadie creería tu historia pues, igual que aves

espantadas, la gente se niega a nuevas posibilidades. Viven limitados al sabor de migajas estériles, ignorando que todo conocimiento no manipulado se adquiere descubriendo la raíz. Anoche, ¿qué sabías de mí anoche? No me conocías todavía. Debiste verme como un espectro acercándose a ti. Pudiste haber pensado que era una muerta. Cualquier otra persona fallecida pudiera venir a tu mesa hoy y la admitirías como normal por no tener constancia de su deceso. Parece que la gente deja de ser inmortal cuando la conocemos. Por eso, comencé a desaparecer mientras te abordaba. Es imprudentemente injusto Hans; yo buscaba exactamente otra cosa cuando te me insinué. Yo buscaba vida y esa fue la esperanza sembrada en ti.

— ¡Es que estás muerta, por Dios! —Hans se resistía a todo — ¡Tienes que comprenderme, no importa cuál sea tu realidad! ¡Ponte en mi lugar! ¡Te vi volar rumbo a las rocas en el mar Caribe! ¡Te vi muerta! ¡Por Dios! ¡Estás muerta! —Hans se desesperaba.

—Entonces, ¿ver morir a alguien es lo que te convence plenamente de su deceso? Siendo así, sin la constancia del suceso, la Muerte solo sería un rumor improbable — la mujer pausó con brevedad y comenzó a llorar— ¡Vamos, déjame balancear en tu pecho igual que anoche: aprovechemos este vals! —suplicó.

— ¿Cómo me voy a exhibir bailando contigo mujer, si fui interrogado luego de tu suicidio? —Hans le evadía las manos con decisión.

— ¿Entonces, más que saber mi verdad, tu preocupación es la reacción social? —ella insistía.

—Verdaderamente no sé cuál es mi preocupación. Lamento con rabia no haberme marchado anoche cuando faltaban minutos para las doce —Hans liberó sus manos con la excusa de un trago que no bebió.

— ¿Te refieres a haberte marchado solo? ¡Ah, comprendo! Ya estás admitiendo que tu conciencia funge como cómplice por mi muerte. De esta forma estaríamos bailando distraídamente y no discutiendo estas naderías —la mujer continuaba.

Hans descansó el rostro sobre las manos y respiró profundo, como si quisiera aspirar su propia sangre.

—Como sabes, soy extranjero y no quiero verme envuelto en ningún acto que pueda llamar la atención. — ahora quiso despejar cualquier otro asunto — No te niego que me sentí muy a gusto contigo anoche: lo digo con el corazón...por si te sirve de algo —se sinceró.

Dos hombres con quienes habían compartido en el particular encuentro llegaron nueva vez al bar, con clara intención de acompañarlos. Contrario al anterior momento, la mujer dejó ver una fiera repulsión.

Hans se extrañó aún más pues, aquellos admitieron como normal a su acompañante. Pensó que, quizás no se habían enterado de nada o, tal vez por haber estado borrachos no la asociaron con el incidente.

— ¡Vamos afuera, debemos hablar urgentemente! —el mayor de los recién llegados quiso sugestionarla, pero ella no se inquietó.

—A ti no te conviene dejarte ver mucho; podemos hablar aquí. —la mujer tomó un trago y continuó, poniendo una mano encima de Hans —Este cliente no habla español – le mintió.

Hans hacía esfuerzos por desembrollar la confusa circunstancia que lo ponía en el escenario, vestido de público, y sin la menor idea del argumento. Solo intuyó que debía fingir ser otra persona, pero esto no le daba ninguna ventaja pues, en el momento, ni él mismo sabía quién era.

Al final de una canción pudo escuchar muy claro cómo recriminaban a la dama.

— ¡Anoche me dispensaste el desaire más grande que nadie jamás había osado ofrecerme! ¡No respeto los conceptos de nadie! ¡Ni los de ese extranjero acompañante tuyo! ¡Ni los conceptos del diablo! ¡Por eso luego te seguí hasta aquí y jugué contigo acorralándote tal cual eres; un animal rastrero! ¡Me gocé hacerte amanecer sin compañía! —se placía al hablar.

— ¿Acaso no te remuerde tu derrotero inhumano? — la mujer reprochaba— Diste la orden para matar a mi amigo anoche. Lo sé. Quien disparó fue el oficial moreno que llegó cerca de las doce —aseguró ella.

Hans, quien había mantenido una actitud de simulación, se estremeció ante tanta confusión. La noche anterior ella no compartió con ningún otro hombre. Solo estuvo con él y, tampoco salió del salón, salvo que en su compañía.

—Si no cumples lo establecido con el grupo de mujeres permitidas en estos alrededores, seguirás chocando conmigo, y te será imposible sostener alguna relación sincera. Haz tu trabajo sin olvidar lo que eres; una prostituta de *La Guaira* —los dos hombres se marcharon dejando este contundente mensaje.

Hans quedó todavía más desconcertado.

— ¿De quién hablaban ustedes y, por qué él te trata como si no estuvieras muerta? ¡Debiera estar enterado de tu suicidio! —Hans se mostraba muy ansioso.

La mujer se quedó un momento en silencio; le apretó las manos como muestra de condescendencia y habló con mucha ternura.

—No Hans, conmigo no pasó nada: yo estoy viva —le peinó suavemente la frente y continuó —Tú eres quien fuiste herido de gravedad anoche.

Hans nunca estuvo tan turbado como ahora. Impaciente buscó aire en el ambiente mientras luchaba por ponerse de pies. Ella lo volvió a sujetar y esta vez le habló con cierta autoridad.

—No le hagas juego a lo que recrea tu mente. Piensa en ti. Piensa en sobreponerte y contribuir con la felicidad de alguien en el mundo. ¿Qué mejor función puede tener un hombre? No te acomodes en ese estado. ¡Sal de ahí Hans!, ¡tú puedes! ¡Escúchame! ¡Escucha esto con suma atención! Anoche, cuando caminábamos, ¿recuerdas el momento en que me arrodillé a recoger la paloma?

—Perfectamente lo recuerdo— aseguró él y añadió — Había caído calcinada tras posarse en un cable eléctrico; la tomaste en tus manos justo antes de que salieras corriendo para lanzarte al mar —indicó certeramente.

Ella continuaba el dialogo.

—Ese es el punto exacto Hans; yo con la paloma en mis manos. Después de ahí, cualquier recuerdo tuyo es falso, es pura alucinación porque, fue el momento en que un hombre te disparó —ella se veía acongojada —Tú caíste moribundo y el sujeto huyó.

La mujer pausó, organizando una información que quería puntualizar.

—Aunque te parezca muy cierto, no te plazcas con lo que has creado a partir de la paloma ¡Rompe ese encanto y vuelve al mundo real! ¡Tú puedes!

Acto seguido, el personal médico entró al cuarto donde Hans Sandhurst permanecía en estado de coma, y pidieron a una joven salir tras agotar los minutos reglamentarios de su visita.

Apenas se había deslizado por el pasillo, un médico la detuvo a viva voz.

— ¡Oiga joven! ¿Acaso es usted de La Guaira?

Un tanto sorprendida y con cierta duda, ella se volteó para responder.

— ¿Cómo se ha dado cuenta usted? Otras veces he venido a Caracas y por primera vez alguien lo deduce.

El galeno hizo un gesto de satisfacción y caminó en su dirección, para comunicarle algo trascendental.

—Nuestro convaleciente acaba de dar un paso muy importante para su recuperación: fue él quien la reconoció. Ahora mismo despertó y balbuceó... «*La muchacha de La Guaira*».

MIL PALOMAS DORMIDAS

Todas las mañanas, luego de realizar los encargos asignados en mi casa, me dirigía presuroso hacia donde doña Marcia, quien, desde nuestra llegada a aquel lejano pueblo nos dispensó su determinante receptividad.

¡Qué personalidad tan sublime la de esta dama!

Cada persona tiene su olor, pero, ella expelía un perfume sin aroma, cuya fragancia sutil anulaba todo, exponiéndose breve en el viento que movía las cortinas.

Marcia se sentaba desde muy temprano en una mecedora ya ajustada a su cuerpo. Allí permanecía escuchando la radio, siempre divisando el camino, satisfecha como quien conoce cada historia...y cada final.

Por las mañanas, muchas palomas llegaban hasta su puerta en busca del maíz que esta acostumbraba a lanzarles. Al envejecer, sus fuerzas solo alcanzaban para verter el alimento alrededor del cómodo asiento, logrando así, sin proponérselo, un acercamiento mucho más fraternal.

—¡Mira qué cosa, muchacho! En años pasados, por tener tanta energía me perdía de esta maravilla— me habló un día, complacida de verlas comiendo entre sus pies.

—Así es la vida; a veces es mejor un toquecito, que batear largo— sonrió mirando la foto colgada en una pared, donde su nieto lucía el uniforme del equipo regional.

—Yo le digo a Roberto que cuando ellos ganen un campeonato, ya me puedo ir en paz— evidentemente no quiso ignorar el tema deportivo, o, siendo objetivo, lo expuso porque este le merecía mucha importancia. Luego guardó silencio mientras deshacía el pliego de su vestido, permitiendo que una paloma alcanzara parte del maíz desparramado sobre ella.

—Todas me quieren— continuó hablando —pero solo esta se sube a mis piernas —terminó acariciando su blanco plumaje.

Sin yo ser oriundo de aquel poblado, el rasgo maternal encontrado en esta mujer fue suficiente para solidificar una amistad, y amainar el vacío dejado por mi progenitora, quien se había ausentado temporalmente del país.

Por eso, cuando decidimos regresar a nuestro pueblo,

doña Marcia quiso tener un detalle conmigo.

—Muchacho, te voy a regalar esta paloma blanca para que la lleves contigo —me hablaba mientras tomaba el hermoso pájaro en sus manos. Yo trataba de negarme a la dádiva, pero ella lo había decidido.

—Quiero que cuides mucho de ella; es la más apegada a mí —me quiso comprometer y yo asentí con marcada sinceridad.

La última vez que vi a mi entrañable amiga fue desde el camión donde regresábamos con los trastos. Ella no alcanzó a verme, pero dirigió su débil mano hacia nosotros, deseándonos un feliz recorrido.

Poco tiempo después, con mucho pesar nos enteraríamos de que esta noble mujer había sido encontrada sin vida, sentada junto al pequeño radio donde escuchaba los partidos del equipo que anhelaba ver ganar.

Los años transcurrieron y ya mi cría de palomas estaba multiplicada. Era evidente que había cumplido con la encomienda de doña Marcia pues, el blanco regalo resplandecía entre otros ejemplares.

Un veintitrés de enero se rompía el hechizo fatal. Aquella hermosa región que dejamos atrás, por fin lograba la

victoria soñada: esta hazaña se convirtió en una apoteósica celebración.

Aunque no era mi equipo preferido, experimenté una desbordante alegría, reafirmando así, cuánto guardaba yo de aquella lejana tierra y su gente.

Al amanecer todas las emisoras hablaban sobre el acontecimiento, mientras acudía a mi rutina, con una bolsa llena de maíz.

Las aves gorjearon alegres saliendo de sus jaulas, pero, inmediatamente noté que mi encomendada paloma no estaba entre ellas. Otras veces se había extraviado, pero, mis esperanzas concluyeron cuando me acerqué al palomar, encontrándola completamente inerte: sin olor, sin vida.

Una profunda nostalgia me invadió súbitamente, pero el repentino suceso me guiaba hacia otro peldaño en lo que, muy profundo, había comenzado a comprender.

— “Yo le digo a Roberto que cuando los muchachos ganen un campeonato ya me puedo ir en paz”.

Aquellas palabras de la octogenaria se repetían vez tras vez, abriendo una ventana en mi discernir.

Entendí que esa mañana en aquella laboriosa región, muchas palomas quedarían dormidas, simbolizando el descanso de almas afligidas cuya partida postergaron esperando tan anhelado acontecimiento.

Luego de esta profunda reflexión y totalmente conforme, decidí sepultar dignamente a mi blanca amiga, mientras, con insistencia, en la radio se escuchaba el jolgorio de un merengue que decía:

—«I wanna dance in the streets of San Pedro de Macoris...»

PAPÁ LO OCULTÓ POR MUCHO TIEMPO

Cada madrugada, aún fuera el clima más hostil allá afuera, papá se dirigía hacia su trabajo con una decisión admirable. Por eso, a veces yo tenía la impresión de que la lluvia solo caía sobre nuestro techo pues, él no se amilanaba ante ningún torrencial, y bajo fuertes tronadas, salía decidido a cumplir con lo propuesto.

Muchas noches solía empuñar su machete tras cualquier ruido en la oscuridad. Iba presuroso hacia el conuco y quedábamos expectantes, temblando de miedo. ¡Cuánta paz nos provocaba verlo regresar sonriente a informarnos que solo había sido un animal enredado, o alguna rama desprendida!

Nunca olvido el día que varios indeseables penetraron al patio, dispuestos a llevarse una de nuestras cabras.

El más desaliñado caminó hacia mi hermanita con evidentes intenciones impúdicas. De verdad que no estábamos preparados para una escena igual. Ella recogió su cuerpecito contra el mío, pero papá se interpuso

resuelto frente al extraño y, con excesivo coraje dejó escuchar su firmeza.

— ¡Oigan bien! ¡Si se llevan el animal, seguro van a beber leche de cabra mañana!, ¡pero si me le ponen la mano a mi hija, yo voy a beber sangre de ustedes hoy! — los contempló por individual en medio del silencio seco que dejó su postura.

Estos, confundidos entre sí, se miraron intentando una risa que nunca progresó en sus caras. Papá apretaba las mandíbulas al ritmo del puño en el machete, cuando un repentino silbido quebró tan desconcertante momento. Alguien ubicado en dirección al río los había llamado, y tras responder con otro pitido, partieron presurosos, derribando la endeble puerta de tabla.

Siempre recuerdo su temple decidido, protector y recto, pero, si ayer lo admiraba, hoy mi valoración ha crecido aún más pues, ahora que tengo hijos por quienes dar el frente en circunstancias apremiantes, he descubierto algo que papá ocultó por mucho tiempo; «él tenía miedo».

Papá no era indiferente a la oscuridad: tenía sus temores. Mi viejo se sentía desprotegido ante los desafíos: era vulnerable al dolor, pero... seguía firme, siempre dando la cara porque, amaba sus hijos más que a sí mismo.

Igualmente, mañana mis pequeños me descubrirán,

porque, dentro de la presta valentía, fortaleza y arrojo... yo también tengo mis miedos.

A mí me angustia lo incierto. Me muerden las indecisiones. Sufro los abusos: las desconsideraciones, pero, aun me oculte junto al llanto con el alma quebrada, mi amor por ellos me levanta y vuelvo a aparecer una vez más ahí, justamente donde sea necesario para protegerlos con bravura día a día porque...ahora es tiempo para que conozcan sobre mi inmenso amor; de mis miedos, todavía.

UNA PROMESA

Todos los domingos se ha hecho costumbre visitar mi casa paterna: es como volver a la infancia.

Me deleito mirando la pendiente por donde nos deslizábamos Fito mi hermano mayor y yo, además del columpio improvisado con un alambre amarrado al árbol, que todavía conserva parte en su corteza; observo la pocilga vacía y recuerdo aquellos tiempos bonitos cuando papá se dedicaba enteramente a sus animales. ¡Cuánta añoranza! A veces creo escuchar los cerdos gruñendo.

Luego de cuarenta años parece que en el patio nada se ha movido: la piedra grande donde me sentaba con mamá a desgranar guandules; la mata de mango con el corazón flechado que dibujé tras mi primera ilusión...todo permanece igual.

De verdad, me produce nostalgia recordar ese tiempo y ver que, todavía mi hermano no ha podido establecer una familia.

A su edad, «cincuenta y tantos años», siempre se le ha visto taciturno y acompañado de una fría soledad, quizás

marcado por un episodio difícil sufrido en su niñez. Recuerdo con detalles lo que pasó aquel día.

Fito tendría algunos nueve años; mamá y yo estábamos en la sala cuando papá llegó halándolo fuerte por un brazo.

Jamás había visto a Fito tan asustado. Quiso poner resistencia, pero, papá era muy fuerte; tan fuerte, que la piedra grande del patio había sido traída por él, desde una distancia considerable.

Comenzamos a escuchar los golpes. Fito gritaba adolorido. Mi padre lo golpeaba con ira y, cuando creíamos que ya era suficiente castigo, volvía a pegarle: Yo no soporté y me eché a llorar.

Mamá, por temor al viejo nunca intercedía, pero era tal el azote, que esta vez se arriesgó: entró decidida al cuarto y trató de sacar a mi hermano.

— ¿Y qué tan grande hizo el muchacho? —. mamá preguntó llorosa y angustiada.

— ¿Tú quieres saber lo que hizo el maleante este? — papá refutó desafiante y continuó — ¡Que lo encontré con la hija del compadre! — terminó irritado y clavó su mirada en mi hermano.

— ¿Tú lo vuelves a hacer? — le preguntó dejando ver la intención de volver a golpearlo.

Fito se veía confundido. Miraba tembloroso el pedazo de goma que sostenía papá, adivinando el lugar por donde sería impactado. Mamá desesperada intentó arrebatarse la sanguinaria vara.

— ¡No te atrevas mujer! ¡No seas apoyadora! — papá le habló en tono enérgico y acto seguido insistió interpelando a Fito.

—Contéstame sinvergüenza, ¿tú lo vuelves a hacer?

En ese momento, Fito llenó sus pulmones respirando de forma entrecortada. Impotente y llorando con quejidos empuñó su camisita rota; miró al viejo con determinante sinceridad y, como si le hiciera una promesa, le respondió:

—*No papá, yo no lo vuelvo a hacer.*

OTRA DESGRACIA

— ¡Don Nicasio!, ¡dígame ahora mismo, bien claro y sin rodeos, todo lo que pasó el día de la desgracia!

Aquella interpelación directa y el torvo semblante del yerno estremecieron a Nicasio quien, inmediatamente dedujo que las nubes preñadas en aquella mañana, habían revuelto el recuerdo de la difunta en su angustiado interlocutor.

—Ya hemos hablado cientos de veces Manuel; lo que sé yo, lo sabe usted — Nicasio habló escondiendo la mirada y rascándose el erizado bigote.

— ¿Y mis nietecitos cómo amanecieron? — continuó tratando de esquivar.

—El que está mal soy yo don Nicasio: muy mal y hoy amanecí por curarme— insistió el atribulado.

Manuel reflejaba la ira del hombre herido profundamente en su sentido viril y, aunque el viejo intuyó tal perturbación, prefería llevarse al sepulcro algunos detalles furtivos sobre la muerte de Inés.

Los ocultaba por el pudor de su también finada esposa y, aun le guardara rencor, protegía a la hija perdida.

— ¡Eso que usted no me ha querido decir, ya Ezequiel lo tiene regado en el pueblo! —Manuel habló con un nudo en la garganta.

Nicasio se estremeció. Sintió que absorbía su entorno. El paisaje conocido por años, se le presentó como un lugar extraño del cual quería salir huyendo.

— ¿Qué ha dicho ese mal parido? ¿Qué cosa se ha atrevido a decir? ¡Dígamelo! —ordenó resueltamente a sabiendas del oprobioso rumor, mientras buscaba tierra firme con sus botas de goma entre el follaje.

Manuel quizás prefirió escribirlo pues, hay cosas que duelen hasta en su articulación. Este dolor ya era un monstruo incubado muy dentro.

—Ezequiel dice que usted lo encontró en mi propia cama con Inés el día del aguacero —las lágrimas rebozaron por sus ojos y dio la espalda avergonzado.

Marcadamente airado, Nicasio traspasó una mata de plátanos con su machete. Saberse delatado le nubló la mente, pero, la madurez lo condujo a calmarse y persuadir al yerno, ante el profundo sufrir.

—Yo he desmejorado tanto después del suceso porque, aparte de perder a mi hija, también me siento culpable al callar algunas cosas —el viejo comenzó a llorar sin

disimulo. Manuel lo escuchaba de espaldas con el rostro húmedo. Nicasio se le acercó y tiernamente arrulló su hombro derecho.

—Sí, es verdad Manuel; lo que ese rastrero dice es cierto y, la desgracia pasó porque, cuando los encontré en su vagabundería, también saqué a Inés del rancho. Como los niños estaban en la sala, me interpuse, obligándola a tirarse por atrás, rumbo al río: jamás pensé que se me iba a ahogar. —El viejo gemía, cual si fuera una deuda de dolor con su hija pues, indignado, no lloró aquel funesto día.

—Ella te había fallado a ti, a mí y a la memoria de su mamá. No quise contarte para evitarte más sufrimiento, pero, Ezequiel resultó ser un hombrecito —dijo lo último con asco y coraje, mirando el horizonte que terminaba de encapotarse.

Manuel sintió compasión al verlo llorar y, dentro del ardiente dolor, hizo lo posible por deslindar su coraje.

—Yo no he venido a reclamarle nada: solo quería asegurarme —el yerno habló entristecido y compasivo — Cualquier cosa estaré en el rancho —terminó cabizbajo, abandonando el conuco.

Antes del mediodía parecía que iba a anochecer. Por esa razón Nicasio apresuró la faena; el clima le podía impedir su trabajo vespertino.

Inesita, la nieta, llegó con un jarro de café, colado por su padre. Después de entregarlo y requerir la bendición se marchó con rapidez tras un arrullo.

— ¿Para dónde va mi muchacha? —A Nicasio le extrañó verla tomar otro camino.

—Liquito está malo y papá quiere que busque a Ezequiel para curarlo —la niña respondió inocente, dispuesta al encargo.

El viejo podía escuchar su propio corazón junto al aleteo de los pájaros inquietados ante la inminente lluvia. Es que, comprendió claramente la treta de Manuel. Le asaltó una idea, pero, Nicasio era un hombre demasiado recto como para faltarse a sus principios; por eso descartó tomar parte en la acción ya programada.

Lo tranquilizaba la ventaja física de su yerno ante el indiscreto médico, además, esa premeditación jugaría un papel fundamental.

Al regresar la niña, aprovechó para devolver el jarro vacío y encomendarle algo más.

—Vaya y vuelva inmediatamente con Liquito; van a bajar conmigo antes de que llueva; dígaselo a Manuel —el abuelo fue preciso.

—Pero abuelo, el doctor viene a...— el viejo la interrumpió; faltaban muchas lluvias para que ella comprendiera la telaraña urdida.

—Haga como le digo mi hija, y dígale que tengo una cama allá para cuando quiera buscarla —terminó el hombre.

En implícita complicidad Manuel obedeció y mandó los muchachos.

Cerca de las dos el agua caía tan abundante que penetraba al rancho del viejo. Este optó por cruzar los ríos hasta donde Magina su vecina, quien vivía mucho más alto.

Nicasio corrió bajo la lluvia y se aferró a una mata de coco, divisando desde ahí el embravecido río. Esperó minutos y horas en plena tempestad, muy preocupado por la suerte de Manuel, mientras curiosos congregados en las colinas se maravillaban por el voraz cauce.

Meditaba en que, debió quedarse y acabar él mismo con aquel desgraciado afrentoso, «Total... yo fui quien lo encontré», pensaba.

Su desespero esturpaba las lindes de toda razón cuando, los espectadores alborotados, hicieron que este pusiera mayúscula atención: río arriba, en medio de indescifrables escombros arrastrados por la corriente, una cama profanada traía amarrado consigo, el cadáver del hombre que jamás debió acostarse en ella.

OBSTINACIÓN

El hombre lloraba abrazado de una muñeca. Su esposa, con mucha rapidez preparaba algo líquido simulando leche para alimentar al despeinado juguete; cuando estuvo listo, este sujeto se incorporó raudo, poniéndola en brazos de la mujer, y luego alcanzó un sombrero que colgaba en el seto.

—Papá, ¿a dónde vas? —quiso saber la adolescente que se balanceaba en una mecedora.

—Voy al pueblo —respondió saliendo descalzo.

—Tráele medicina a la niña que está malita —expresó entristecida su esposa, fingiendo alimentar al desgarrado objeto.

El hombre salió pesaroso y, pasados pocos minutos: quizás cinco, regresó respirando agitado y abrazando a la adolescente, cual viajero de antaño.

—El camino no estaba fácil con este sol mi hija —se echó fresco con su sombrero y vertió una bolsa que traía.

— ¡Mira! Eso es hoja de ruda para el estómago; manzanilla y anís —le dijo a su esposa —hagámosle té para que se mejore.

La joven asentía al dialogo de sus padres y los miraba con devoción inexplicable, mientras se dirigían abrazados hacia la cocina.

— ¡Gracias viejo por tanto! ¡Gracias mi vida por todo! —la mujer hablaba tierna, sostenida por un bastón; expresaba todavía mucho más con sus ojos.

—No me tienes que agradecer mi vida; esa es nuestra niña y siempre será nuestro mejor regalo —el hombre habló compasivamente antes de regresar a la sala.

— ¿En qué quedó mamá? —se interesó la adolescente al verlo retornar.

—Está preparando el té— se sentó junto a su hija y prosiguió —Sabes que debemos ayudarla mucho: desde el dificultoso parto ha sido muy difícil.

En ese momento la joven acudió tras el llamado de su madre, quien necesitaba hacerle un importante encargo.

—Toma, dale esta medicina, sabes que él nada más se la toma contigo; hoy amaneció muy malo tu papá —le

habló como en secreto.

La adolescente volvió y encontró al hombre llorando una vez más, abrazado a su despeinada muñeca.

REENCUENTRO

El domingo ocho de septiembre del mil novecientos noventa y seis, un estruendoso sonido se escuchó potente en las cuadras circundantes al parque Cáceres, hendiendo la placidez nocturnal.

Sorprendidos, los habitantes cercanos acudieron veloces hacia la histórica plaza, atraídos por el inusual retumbo que atribuyeron a un sinnúmero de situaciones, descartando las fiestas patronales y cualquier petardo navideño; diciembre apenas aparecía en el calendario.

Ninguna reflexión pudo posar su lumbre sobre la real razón pues, sorprendentemente, aquel repentino episodio se remontaba al siglo anterior, cuando dos adolescentes enamorados, tatuaron con fuego el nombre de cada uno, en el corazón de cada cual.

Cien años atrás, exactamente donde se originó dicho estruendo, una hermosa joven llamada Emilia, se arrimó intransigente a su adorado Jacobito, quien la observó cual

exótica flor, para luego libar de aquellos torpes labios el néctar sagrado que eternizaría la unión.

Ahí quedaron ruborizados, degustando el sabor de una miel producida en sus almas, cuyo dulzor vivificaba otros paladares. Fue con ese beso que descubrieron desconocidos limites, quedando sorprendidos y suspirando en complicidad; Jacobito, con parca mirada, tras reponerse del fantástico momento divisó el entorno, mientras sacaba algo de un bolsillo.

— ¿Ves esto? —le dijo mostrándole un papel cuidadosamente doblado —me lo regaló padrino; estuvo en mi casa y me preguntó si tenía novia. Le hablé de ti; él sacó esto de su sombrero y escribió tu nombre junto al mío... ¡Mira! —Jacobito hacía hincapié en el objeto amarrado con un hilo —Me dijo que, si lo enterramos, nuestro amor estará protegido por cien años —terminó emocionado.

Emilia, con su sentimiento alborotado, fue muy emotiva al reaccionar.

— ¡Cien años Jacobito! Pero ¿lo crees? ¿Le creíste? — quiso saber.

— ¡Sí Emilia, le creo! ¡Aunque no me cae bien ese negro, he oído cosas increíbles sobre él! Me explicó que es un resguardo ¡Hagámoslo! Por mi parte lo prometo; tú

y yo celebraremos el centenario de este beso—aseguró mientras ya movía una piedra grande para depositarlo.

Luego besaron el extraño escrito, interponiendo la doblez entre sus bocas, y lo enterraron.

A Emilia le tranquilizaba esta promesa porque, totalmente enamorada, temía que su adorable Jacobo la olvidara en el trayecto de un viaje a Francia, programado para este por su familia.

Dichas vacaciones no se hicieron esperar y la distancia se extendió hasta su máxima delimitación: mientras un corazón descolgaba en París escuchando «*Clair de Luna, de Claude Debussy*», bajo esa misma luna, un «fandango» invadía la plaza del menudo pueblo, donde dos habían hecho un juramento.

Ahí se encontraba Emilia junto a algunas amigas quienes, enteradas de la significativa promesa, y convencidas del frenético sentimiento, se mofaban graciosamente cuando veían a una pareja de ancianos, y mascullaban sonrientes: «Jacobito y Emilia hasta la eternidad».

Entre misas, retretas, esperanzas y tristezas, transcurrió el tiempo que, para los adolescentes no pudo ser más aflictivo.

Una noche, justamente cuando la espera se volvía desesperante, los faroles de gas en el parque central

dirigieron todas sus lumbres hacia dos enamorados que se fundían abrazados, cual reencuentro eterno. Quienes observaron tan fantástico momento, advirtieron que los noveles protagonistas iban a la deriva de un sentimiento descontrolado: este irredento amor debía ser legitimado en las batallas oprobiosas de cualquier pueblo pequeño.

Inmediatamente surgieron rumores sobre indebidos acercamientos entre Emilia y otros mozos mientras Jacobito estuvo ausente. Por igual, muchos aseguraban que, a su llegada, este cortejaba diferentes jovencitas en la villa heroica, y hablaban sobre fotos cuyas exhibiéndose con hermosas damas en *la ciudad de la luz*.

Pero, más que cualquier rumor, el bien parecido mozalbete había transportado algo muy ardiente dentro su pecho: algo que afectaría su vida, la de Emilia, su padrino el presidente, y a toda la nación.

Sin razón aparente, incubó tan extremo rechazo hacia la crianza recibida, que, al regreso, una tarde de julio, derribó entre los pies de su progenitor, al gobernante del país, cuya amistad lo enaltecía.

Como debía suceder, la convulsión social y militar llegó, pero, debido al desgaste del decapitado gobierno, el acto tomó cariz heroico, vistiendo de gloria al adolescente y demás participantes.

Increíblemente, ni su físico insoslayable capaz de enloquecer a cualquier moza, ni la reciente honra adquirida bastaron para que Jacobito se sintiera en control de su relación sentimental pues, Emilia imponía una disciplina sentenciosa ante cualquier desacuerdo, aun fueran estos, caprichos moceriles.

Había otro escollo inquietante para el novel héroe: su novia, a pesar de serle fiel, como hermosa flor repartía olor y esplendor espontáneamente; su sonrisa y tierno mirar no discriminaban.

Una tarde de mayo del mil novecientos uno, exactamente el día veintinueve, Emilia caminaba por el parque central junto a sus amigas, conversando sobre otra diferencia con Jacobito, suscitada la noche anterior.

—Le dije que me voy para Santiago. Él cree que lo dejé para siempre, pero, solo voy a darle tres días de castigo y luego nos arreglamos — habló antes de saludar a un apuesto joven moreno que se acercó galante.

Ella no tenía previsto encontrarse con Jacobito; cuando ocurría una de las tantas rupturas, este caía en tan lacerante amargura que, evitaba cualquier lugar donde pudiera verla sin sentirse su dueño.

Por eso Emilia se sorprendió cuando lo vio caminando hacia ella. Espontáneamente dio por terminada la pueril

censura y ya ansiaba el encuentro para envolverse en su regazo.

Miró a las compañeras sonriendo satisfecha ante la evidente rendición, pero, un disparo partió en dos su pecho enamorado.

Agonizante y todavía risueña se desplomaba inocente en los pies de sus amigas, mientras volvía la mirada vaga hacia Jacobito, quien ya le había disparado tres veces más.

Aquel día moría una doncella cuyo pecado fue, su alma libre incomprendida; junto a ella agonizaba el heroísmo precoz del joven asesino quien, siete meses después, se dispararía en la sien con ese revólver: mismo que había usado un veintiséis de julio, contra su padrino.

Según fue pasando el tiempo se diluían los más nimios detalles. El parque central fue recobrando todo esplendor mientras que, entre frondosos y hermosos árboles, uno se imponía majestuoso en pleno desarrollo: «El árbol de la promesa», le llamaban las amigas de la malograda Julieta. «Ahí donde está sembrado se dieron el primer beso», decían reunidas en torno a este.

Exactamente cien años después, fue ese mismo árbol lo que sorprendió a quienes acudieron al parque tras el estruendoso sonido. Cuando los curiosos llegaron, se

llenaron de gran asombro y tristeza al encontrarse con la legendaria y centenaria *Anacahuita*, desplomada sin alguna razón lógica.

Aunque nadie jamás lo imaginó, esa noche se cumplía la promesa que asumieron dos almas enamoradas, bajo el misterio de un poderoso conjuro.

CONSECUENCIA

— ¡Quien quiera decir algo, que hable ahora o calle para siempre!

La pequeña parroquia estaba abarrotada por los lugareños, quienes acudieron al casorio de unos novios que transpiraban su excesivo amor.

Esta ritual invitación del padre Contreras parecía sobrar pues, todos se identificaban con la joven pareja al punto que, un mecenazgo colectivo suplió cada necesidad, asegurándoles la mejor celebración nupcial.

Descartando cualquier oposición, el párroco procedió con la boda, pero, una estrepitosa voz invadió toda quietud y, peor aún, quien habló estaba vestida de blanco.

— ¡Yo tengo algo muy importante qué decir padre! — era la novia quien se expresaba desafiante, develando su rostro.

— ¡En una de mis visitas al confesionario usted me violó: estoy esperando un hijo suyo!

Fue agobiante el tumulto creado, y los invitados confundidos perdieron control de sus ímpetus,

evidenciado extrema ira ante esta denuncia tan amoral. Mientras unos mostraban impotencia, otros se incitaban entre sí para agredir al líder eclesial.

El novio palideció hasta la translucidez, y Contreras totalmente agobiado, apenas conseguía mantenerse de pies.

— ¡Aquí hay un grave error hija y te estás dejando utilizar por el demonio para dañar el nombre de Dios! — refutó el anciano evidentemente contrariado.

— ¡Usted no debiera mencionar el nombre de Dios en su boca! — la novia llorosa y agresiva no cedía — ¡Usted es un sucio... descarado!

La inentendible bullaranga hacía mucho más trágico aquel momento; las palabras que lograban trascender al bullicio no eran nada halagüeñas para el desacreditado guía espiritual.

— ¡Abusador! ¡Violador! ¡Asqueroso! ¡Depravado! ¡Falso!...

—Solamente por respeto a sus hábitos no cobro con mis manos como debiera hacerlo en este momento señor Contreras — el novio habló colérico, siendo sujetado por su madre.

La vieja iglesia se ahogaba en un inusitado y pesado rubor: hombres para quienes el párroco llegó a ser como un santo, se veían claramente dispuestos a agredirlo.

El apurado sacerdote mostró en su rostro una rabia jamás conocida a lo largo de treinta años guiando dicha comunidad: acorralado por tan lacerante acusación, amontonó todo su coraje para tomar una determinante decisión.

— ¡Al ser yo víctima de esta prueba tan injuriosa y malintencionada, no puedo dar mejor respuesta que esta!

Acto seguido se desgarró violentamente las prendas de vestir, dejando ver en su desnudez una realidad jamás imaginada por la concurrencia: su pubis era un espacio yermo que provocaba compasión al carecer de órganos genitales.

Las mujeres cubrían los ojos de sus niños, mientras algunas jovencitas se abrazaban entre sí, evadiendo aquella impúdica escena; otros más reflexivos corrieron a arroparlo con manteles del pulpito, momento en que el padre sucumbía al llanto.

— ¡Aún conservara mis órganos, yo no le habría hecho eso ni a ti, ni a nadie! —hablaba con su denunciante, indignado y tristemente compungido.

Inmediatamente el furor de los presentes se convirtió en duda y remordimiento: sus miradas acusaban a la novia, debido al fehaciente argumento aportado por Contreras: ella estaba temblorosa y agitada.

— ¡Bajo este incidente la boda no se puede culminar! ¡Les ruego por favor que vuelvan a sus hogares! —el

cura trató de reponerse conociendo su función paternal, y por eso quiso extender un mensaje sabio a las familias envueltas.

—Deben brindarles todo su apoyo a los novios; ellos van a necesitarlo— el padre habló avergonzado, pero con marcada conciencia, mientras terminaba de cubrir su cuerpo utilizando manteles, cual pañal cruzado.

La novia quedó confundida en un banco, rodeada de parientes, mientras el novio salía decepcionado, acompañado por los suyos.

Los días siguientes la feligresía quiso resarcir al párroco con total apoyo y cariño, llevando el informe del inmerecido oprobio al más lejano rincón, atrayendo así multitudes que convertían las misas en apoteósicos encuentros espirituales.

Aquellas homilías proyectaban aún más el sano corazón del viejo evangelista, quien oraba encarecidamente por quienes quisieron mancillar su vergüenza. Estos eran muy mal mirados; tanto que, la novia había sido confrontada varias veces en pleno culto.

Una tarde, su madre entró a la capilla con pasos firmes y se dirigió al confesionario. Allí cayó de rodillas con la cabeza envuelta en un paño.

— ¡Perdóneme, padre! ¡Nunca pensé que ella lo iba a tomar de esa manera! —se escuchó arrepentida, precedida de un silencio.

El padre tardó en responder. Quizás tuvo dudas, pero, al final se decidió.

—No hay qué perdonar mujer. Quizás debiste hacerlo aquel día cuando te casé embarazada; debiste delatarme—el párroco hablaba muy sincero y dolido.

—No era justo, padre; yo fui quien provocó todo, aunque... eso no se lo conté a la niña...me da mucha vergüenza —la mujer comenzó a llorar desconsolada — Solo me interesaba que supiera quien era su papá, pero, ella quiso vengarme sacrificándose por mí – Adela refregaba su nariz sin reparo.

—Ahora he quedado peor con ella; luego de ver el cuerpo suyo es imposible creer sobre la paternidad. Hasta me acusa de haberla usado contra Dios. Me odia. —lloró profundamente y volvió a hablar — ¿Cómo fue que usted perdió su...? dudó un tanto y continuó ¿Qué paso con su cuerpo, padre? — preguntó muy compasiva.

El padre forzó sus dedos por las rendijas del lúgubre confesionario, buscando los ojos de su inusitada penitente.

— Ya viste cómo he pagado por nuestros pecados: después de la boda, al ver a tu esposo feliz y sabiéndome tan querido por esta comunidad, sentí tal repugnancia que, me cercené los genitales. Aunque tú pusiste esas pastillas en mi vino, yo también me sentí pecador.

Escuchando al deshecho hombre, la mujer se sintió aún más culpable, y su llanto anunciaba un extremo dolor.

—Por eso no estuve presente para los actos fúnebres de tu marido; cuando el accidente me encontraba hospitalizado; no vacacionando en España como se dijo.

La atolondrada visitante procedió a incorporarse cavilosa, apoyándose justamente en los orificios donde el viejo cura descansaba sus manos; buscaba mostrarse solidaria.

— ¡Perdóname Dios! — exclamó desde muy dentro.

El padre quiso disimular la conversación tan íntima sostenida, y se aseguró de que en el salón completo se escucharan las palabras pertinentes.

— ¡Rece tres Avemarías y váyase en paz! —su voz retumbó fuerte, mientras la mujer se escurría por entre los pocos presentes.

Debido al perspicaz manejo del pastor, las familias afectadas recobraron su vínculo, apoyando decididamente el noviazgo de los adolescentes quienes habían emergido enamorados cual dos niños inocentes. Aquella famosa y mal recordada acción de la joven fue atribuida a los antidepresivos que tomaba, despejando así el camino hacia lo proyectado alguna vez.

Pero, algo se marchitó para siempre; el lazo intrínseco entre la novia y su madre sufrió tal desmedro que ya no asistían juntas a las actividades sociales; ni siquiera al

culto dominical: eso preocupaba a sus amigos, dado el profundo amor una vez exhibido.

La reposición del casorio encontró espacio en el calendario, y los preparativos volvieron con la misma expectativa soñada. Solo una diferencia: todo sucedía exclusivamente en la casa del novio.

Adela quedó fuera de cualquier privilegio, y su ausencia se extendió hasta la iglesia, donde jamás fue vista. Se sentía traicionada y le ardía muy adentro haber quedado expósita, solo por sincerarse con la hija de sus entrañas: reflexionaba que, esta la había desconsiderado.

El día elegido trajo consigo un radiante sol. La boda por efectuarse era una victoria del verdadero amor, y decían muchos que, ese día asistirían también en reconocimiento al querido sacerdote.

Todo transcurrió en un ambiente alegre y distendido. El párroco leyó para sí los primeros versículos de Proverbios 31; alzó su voz solo cuando la lectura describía los dones de una majestuosa esposa.

Inesperadamente la solemnidad del acto fue triturada por Adela quien entró dislocada, escabulléndose entre los concurrentes con prisa y determinación.

Algunas amigas trataron de detenerla, pero su ímpetu era muy firme y logró posarse en la parte frontal, justamente en el pulpito, asombrando a los presentes.

— ¡Yo no me opongo! —la mujer vociferó con marcada tristeza y frustración. Abarcó todo el salón con su mirada y luego clavó sus ojos en el párroco.

—Padre, usted es un santo, y yo no soy digna...he venido a contarle a mi hija, delante de todos, la verdadera historia.

PUREZA

—Usted sabe que uno debe dar la cara por los muchachos don Rafael, por eso me atreví a traerlo donde usted — Arsenio se refería a su vástago, dejando ver todo el orgullo que sentía por este.

Habían llegado a aquella elegante casa buscando formalizar una relación que, tibiamente y en secreto sostenía el joven visitante con la hija del anfitrión, quien parecía exhibirse degustando su cigarro, sentado entre cuadros de grandes maestros.

—Herminia y este muchacho como que quieren conocerse más; por eso vinimos donde usted para...

Arsenio no pudo terminar el parlamento porque, la abrupta incorporación de Rafael lo sorprendió: no solo a él...su hijo que ya estaba nervioso por la ocasión, se espantó temeroso, halándolo en un instinto de protección.

— ¿Y de verdad a eso han venido aquí? —Rafael habló despidiendo esputo — ¿En serio ustedes creen poder mezclarse tan fácil?

—Espérese ahí don Rafael— habló Arsenio tratando de hacer valer su respeto, pero, el interlocutor, dueño del territorio, no cedió nada.

—Aguántese usted que ya usted habló —respondió sin decencia el anfitrión.

— ¡Herminia! — llamó a su hija con voz fuerte precedido por un breve silencio.

Una tímida joven apareció en el salón, cual si no advirtiera la presencia de los desconsiderados visitantes.

—Diga papá —siguió ignorándolos por completo. Rafael la miró con sorna, a causa de lo que consideraba un atrevido acto.

—Te presento al hijo de la mujer que pasa vendiendo leche cada mañana —fue sarcástico al hablar —Leche de las vacas de don Otilio. ¿No le has contado tu relación con el hijo de Otilio? —Miró uno por uno a los presentes y continuó —Ese sí que es un buen muchacho.

Herminia reflejaba la satisfacción de quien sabiéndose superior, se place en arrastrar vagamente cualquier noble corazón, atraído por su donaire. Exhibía una sonrisa escueta y parecía disfrutar la degradación.

Los visitantes, indefensos ante el hostil trato, caminaron abochornados hacia la puerta, convencidos de que no había razón para continuar en dicho lugar.

—¡Acompáñalos a la salida Muchacha! —ordenó el imprudente hombre, mientras fumaba con marcado deleite.

Herminia caminó delante de ellos cual si nunca los hubiese visto, y no tuvo reparo en estrellar la puerta casi en sus espaldas.

Padre e hijo regresaban sin decir una palabra y, aunque Arsenio planeaba suturar la herida abierta en el espíritu del muchacho, primero trataría de remendar la suya, que sangraba abundantemente.

Calculó alcanzar el árbol al pie de la pendiente para tomar un descanso y hablar, pero, su hijo tenía mucho qué decir y no quiso esperar.

—Papá, ¡qué orgullo sentí cuando don Rafael mencionó a mamá! —el joven habló deteniéndose, con sus manos sobre las rodillas —Estoy feliz viejo, no tengo de qué avergonzarme pues... Mamá vende la leche pura... Ella nunca le ha echado agua.

EL ÚLTIMO CERILLO

Doña Jacinta la advirtió agonizante, y se abalanzó hacia ella desesperada; quiso salvarla haciendo un círculo con sus dos manos, pero ya era tarde. En medio de una oscuridad pastosa, caminó torpe llevándose la escoba entre los pies, y el jarro con chocolate que su hija Silvia había dejado en el suelo.

Salvando otros obstáculos llegó a la cocina y, como queriendo despertar la barbacoa, dio repetidas palmadas sobre ella: al final encontró una caja de cerillos.

—Quiera Dios que esta lámpara no se apague otra vez, porque, a Luciano no le gusta encontrar el bohío oscuro y ya no quedan más cerillos. —dijo al encenderla.

Luciano era un hombre sencillo y de conducta admirable. Su prudencia lo llevó a ser querido por los habitantes del menudo caserío, quienes, impotentes ante las descarnadas autoridades, se amparaban en él tras cualquier episodio adverso. Una vez la Guardia Civil quiso llevarse las vacas de su compadre Utasio, pero, con temple decidido este evitó dicha acción.

Tal incidente, aunque le granjeó liderazgo, también lo marcó como férreo opositor de un gobierno que no admitía disidencia.

Desde muy temprano había viajado al pueblo en compañía de Utasio, exactamente para exponer algunos atropellos sufridos por su gente: entrada la noche, todavía no regresaban.

Al transcurrir el tiempo, Jacinta quiso aligerar su impaciencia elaborando una colorida alfombra de saco con tiritas incrustadas, mientras la pequeña hacía garabatos sobre un papel.

De repente, el viento golpeó la débil lumbré del candil y, aunque la mujer quiso mantenerla viva, esta vez sucumbió en el túnel hecho con sus manos, dejando un triste, penetrante, y agrio olor.

—Vamos a acostarnos Silvia porque no hay más fósforos. —ordenó.

Las horas más largas estaban dispuestas para esa madrugada porque, en sus pensamientos, Jacinta había dado paso al infortunio. Desaprobaba los riesgos tomados por su marido, y temía que en esa espera tuviera total razón. Por eso, cuando escuchó tres toques en la puerta, más que alegría, el pesimismo se adelantó.

— ¿Quién anda ahí? —preguntó sobresaltada.

— ¡Utasio!, ¿y Luciano? — exclamó levantándose, al escuchar la voz.

Alcanzó una sola chancleta mientras empuñaba su vieja bata, tratando de suplir los botones que les faltaban. Empujó la puerta con el cuerpo y quitó la aldaba.

—Ha pasado una desgracia, comadre...— el hombre no terminó de hablar cuando Jacinta se le echó encima con un llanto profundo, intuyendo la significativa pérdida.

Esta tragedia confirmaría lo cruel del gobierno que, aparte de negarse a entregar el cadáver para su digna sepultura, exageró su presencia militar en la entristecida comarca, como una burla innecesaria hacia los familiares cercanos.

Silvia, por su corta edad, no fue informada del trágico acontecimiento, medida que le mereció mucha más compasión, siendo así consentida con regalos y monedas, a manera de discreta solidaridad.

Extrañamente, en vez de comprar dulces como cualquier niño, ella adquiría otros artículos. Por eso un día, Lucio el colmadero la abordó curiosamente.

—Silvia, ¿y para qué tanto gas y tanto fósforo?

Con su carita llena de esperanza, ella sacaba las monedas de un bolsillo y las ordenaba encima del mostrador cuando procedió a responder.

—Es para que papá vea la luz y vuelva, porque, a él no le gusta encontrar el bohío oscuro.

POR UNOS TRAGOS DE MÁS

La tertulia no podía ser más amena en el colmado. Entre historias, tragos y cuentos, como todas las noches, ahí estaba el viejo Cundo con algunos amigos y, al otro lado del mostrador, Fello el colmadero.

Este encuentro era rutinario porque, entre Cundo y su anfitrión existía una armoniosa amistad, cultivada desde la adolescencia.

— ¡Fello, deme una tercia bien medida!

El viejo hacía la misma petición noche por noche, con esa voz ronca de aguardiente y tabaco, alegrando a todos en aquel pequeño comercio.

Cada cliente lo saludaba afectuoso, dado su comprobada caballerosidad; hasta usaban chanzas por la exactitud en que siempre se marchaba pues, este nunca pasaba de las diez en el lugar.

Muchos aseguraban que el frasco era su reloj, y simpáticamente le advertían sobre la hora según quedara alcohol; “Son las nueve y quince”, decían algunos mirando dicha botella.

Al partir, Cundo se llevaba lo necesario para que, al día siguiente, Anita su hija de quince años tuviera todo en casa; tras quedar viudo asumió la paternidad con tesón desbordado y, según decía, honraba una promesa hecha a Clotilde.

—Si yo estoy vivo es para atender a mi muchacha; esa es la niña de mis ojos —afirmaba repetidas veces.

El único pasatiempo del viejo era su tercia en aquella clásica tertulia porque, todo ingreso lo destinaba complaciendo cualquier capricho de la consentida unigénita.

Pero, una noche Cundo llegó muy apesadumbrado; se sentó en su silla con la mirada vaga y, aunque participó del dialogo con los presentes, estuvo muy ausente y meditabundo.

Fello lo conocía bien: ese hombre que tenía en frente no era el mismo alegre y locuaz de siempre: por eso le dispuso su confianza, buscando descubrir la tribulación.

— Mañana le digo Fello. Es un tema largo y ya casi me voy— Cundo respondió bajo el crujir de su silla, buscando la botella entre los pies.

Tomó el último trago a la hora acostumbrada y partió cargando una bolsa. Fello quedó muy intrigado, pues, solo lo vio tan entristecido el día que Clotilde murió.

— ¿Se habrá enamorado el hombre? —sugirió uno de los parroquianos.

—Eso ni pensarlo —negó Fello sentencioso —Cundo es un hombre muy templado y, con su edad no se va a poner de relajo; a ese lo conozco yo— terminó con firmeza.

Esa noche hubo conjeturas por demás, pero, solo Cundo podía arrojar luz sobre tal preocupación.

Al día siguiente no se haría esperar; se presentó a la tertulia como de costumbre, dejándose caer en su desvencijado asiento y haciendo el mismo encargo.

—Cundo usted está de suerte hoy— Fello habló muy complaciente —Esta botella tiene unos tragos de más, pero... solo págume la tercia. —terminó pasándosela.

La hora más concurrida pasó y Fello se sentó a tomar café sobre un saco de habichuelas, aprovechando que momentáneamente habían quedado solos.

—Mire Fello, usted sabe lo duro que he trabajado por Anita. —el viejo hablaba enfático — sueño un día verla casada con alguien serio como nosotros, para poder morirme en paz.

Hizo una pausa y bebió de la botella que tenía abundante licor.

—¡Nunca he peleado! — continuó con el trago en la garganta —¡pero por esa yo me mato con cualquiera!

Fello se preocupó al escucharlo en tono tan enérgico.

—¡El problema es que Berto ha vuelto a molestarme la muchacha! —rabió el viejo.

— ¡Ese endiablado ahijado mío! —Fello habló colérico golpeando su puño sobre el mostrador, mientras Cundo lo interrumpía.

—Ayer se metió a mi casa cuando yo estaba trabajando, y la pobre infeliz tuvo que correr para donde los vecinos.

— ¡Déjeme eso a mí Cundo!; ¡Yo voy a hablar con los compadres, y usted verá que no vuelve a ponerse de vagabundo! ¡Delo por hecho! — casi juró el solidario anfitrión.

Los tertulianos llegaron, provocando así el cambio de tema, notando mientras compartían, que su longevo amigo había recuperado toda jovialidad. Pasadas las diez todavía no se marchaba; esto causaba mucha sorpresa.

—Cundo ponga la botella en hora que está atrasada. — comentó un amigo de forma simpática al despedirse.

Minutos más tarde, cuando ya los compañeros de trago habían partido, llegó un cliente al que Fello ni Cundo

esperaban ver; ahí estaba Berto con una facha desagradable y un molesto hedor a borracho.

—Deme una botella padrino que los hombres de verdad no beben tercia— insinuó con burla mirando al viejo.

—Nos vemos mañana Fello —Cundo habló ignorando al recién llegado.

—Sí, váyase porque se pasó de hora hoy; vaya a cuidarme mi mujer. —el indeseable quiso molestar y, evidentemente que lo logró.

Esas palabras sacudieron la hombría de Cundo, quien respondió airadamente dando lugar a una encendida discusión, cuyo tono fue subiendo hasta romper la quietud de las casas cercanas.

—¡Vete Berto y me paga la botella después! —Fello intervino tratando de persuadir a su ahijado.

El indeseable salió por una puerta, pero, sin nadie esperarlo, entró por la otra, sorprendiendo a Cundo con una estocada profunda en el costado.

El viejo salió dando tumbos con la bolsa de comida en una mano, mientras presionaba su herida.

Fello, percatándose del abundante sangrado, salió tras su caballo para socorrer al herido.

Por la avanzada hora, Ana había salido en busca de Cundo, a quien divisó torpe en el oscuro camino. El viejo se desplomó entre sus pies, sin que ella imaginara lo ocurrido; cuando Fello llegó, la encontró llorando amargamente abrazada del herido; lamentablemente ya era tarde.

Desde ese funesto episodio, la impotencia y el remordimiento acompañaron al colmadero, quien asumió una contrición que lo punzaba profundamente.

— “A Cundo me lo mataron por unos tragos de más”.
— reflexionaba lloroso mirando la desvencijada silla.

Se iba en un pensamiento culposamente reflexivo y, más de una vez, en su triste penitencia se repetía;

—“Coño, él me lo decía muy claro”: “Deme una tercia bien medida”.

INDIFERENCIA

El niño en la pequeña casa se asomó a mirar por una ventana: esta fue abruptamente cerrada, con sentido de eternidad. Era el preciso momento en que su anciano padre entraba tambaleante cargando un saco de leña; alguien observaba cada movimiento detenidamente.

Por la misma puerta, una famélica niña salió vistiendo andrajos: su intención era jugar, pero, el intruso la aplastó sin piedad con el tronco de un árbol. Acto seguido, también procedió a triturar al niño de la ventana, quien había corrido detrás de su hermanita: trozos rojizos quedaron esparcidos por todo el patio.

Días después, la casita de tablas con un enorme flamboyán sobre flores desparramadas ha maravillado al gran auditorio del certamen pictórico, quienes degustan finos quesos y vino francés.

Muy contrario a la edénica pintura, monte adentro y olvidados, los dos desnutridos niños junto al apesadumbrado viejo, mojan pan en agua de azúcar, alumbrados por una miserable humeadora.

BARRIO ALTO

Cuando Pedro Yasic abandonó el desgraciado presidio, fue la primera vez que alguien lo vio llorar, a excepción de su madre.

Había pasado un año preso tras intentar huir con oro de las minas en Tipuani, donde su salud se vio tan deteriorada, que llegó a compartir cama con la misma Muerte.

Ver a Sara Valenzuela y al padre de esta recibéndolo, lo hizo recordar aquellos días en que creía poder llevarse el preciado metal, y cumplir la promesa abrigada en su alma: «hacerle una casa a mamá». Dentro de otras motivaciones, esa fue la razón principal para tomar el riesgo del cual precariamente salió vivo.

De manera igual, lamentaba haber engañado a los Valenzuela pues, siendo su inquilino siempre les ocultó el verdadero propósito que lo traía desde Chile hasta Bolivia: conociendo la simpatía provocada en ellos y siendo paisanos, esto nada iba a cambiar; total, todos en Tipuani consideraban injusto el salario obtenido por los humildes lavadores, además, Sara articulaba su nombre como sinónimo de amor.

En Chile los parientes fueron notificados, mas, Federico Yasic su hermano se mostró implacable arguyendo que “los errores se pagan con creces”; aunque la madre le solicitó encarecidamente, este evadió cuanto pudo.

Por eso, conociendo la precaria condición de Pedro Yasic, Sara convenció al viejo Valenzuela y, sin tener obligación, acordaron vender el rancho para ponerlo en libertad y marcharse juntos; aunque no habían previsto regresar a su tierra, la pasión desbordante que experimentaba Sara podía llevarla hasta los límites del infinito, tras un inquilino alojado en su pecho, con autoridad de único dueño.

Camino al aeropuerto de La Paz, Pedro Yasic se expresaba indignado contra el sargento Juan Arze quien, ciegamente enamorado de Sara, encarnó un antagonismo brutal ante sus planes solapados.

Llevaba ceñida mucha frustración por no poder sacar a su madre de esa casucha en Puerto Montt, para ponerla a vivir como él soñaba, «allá en barrio alto de Santiago, donde viven los ricos». Era tan grande ese deseo que, hasta en momentos críticos, con sus pies hundidos en el fango de la muerte, pensó y padeció por su vieja hacinada.

Contrario a tan soñada sorpresa, tuvo que pedir alojamiento en el rancho para Sara en calidad de esposa, junto al viejo Valenzuela, por quienes sentía franco agradecimiento.

Llegaron al aeropuerto y caminando hacia el chequeo, una voz se escuchó presurosa.

— ¡Yasic! ¡Yasic! ¡Pedro Yasic!

Cuando voltearon, vieron a un regordete hombre que se acercaba alegremente. Yasic lo buscó en su memoria, pero, Valenzuela se adelantó.

— ¡Alexander Forbes el botánico! —dijo el viejo soltando uno de sus bolsos para saludarlo.

Pedro Yasic también salió al encuentro y lo abrazó con devoción palpable. Es que, fue al pie de su propiedad donde apareció desmayado y sin oro cuando intentó cruzar la selva: en esa casa afortunadamente recibió los imprescindibles primeros auxilios.

— ¡Qué gusto verlo señor Forbes! Anhelaba una oportunidad para agradecerle por salvarme la vida y, ¡mire cómo coincidimos, yo a punto de abandonar Bolivia! —Yasic se veía emocionado.

— ¡Bendita coincidencia Pedro Yasic! Yo tenía que enviar un pedido muy importante y quise venir hasta La Paz para evitar escalas —el hombre habló mirándolo detalladamente.

Dentro sus emociones, Yasic guardaba vergüenza por haber visitado una vez al botánico con el solapado propósito de encontrar un cómplice, pero, Forbes poseía

valores espirituales que superaban las satisfacciones espurias del metal.

—Sara me describió sus inconvenientes con las autoridades señor Forbes. Con sinceridad, lo lamento; A mí también me presionaron, pero siempre dije la verdad. Ni yo mismo sé a dónde fue a parar el oro —Yasic se lamentaba profundamente.

Apenas intercambiaron algunas reflexiones cuando las autoridades de migración requirieron a Yasic junto con los Valenzuela para una meticulosa requisa, donde quedó evidenciada la repulsa que habían cosechado en el plano militar.

Juan Arze, todavía mordido por los celos, encabezó la inspección vertiendo todo el equipaje sin delicadeza con la excusa del oro perdido: como era de esperarse, finalmente no encontraron ni una pizca del metal.

Los pasajeros fueron llamados a abordar el avión y partieron atormentados, pero decididos a enfrentar la hostilidad que irremediablemente les esperaba en Chile.

Pedro Yasic llevaba en su mente los desagradables episodios acaecidos el último año: lamentaba que, habiendo tenido entre sus manos una incalculable cantidad del caro metal, en este momento tan perentorio no pudiera contar con el más mínimo recurso.

Reflexionaba en que, si no hubiese dado paso a la avaricia, los Valenzuela conservaran su casa, y hasta

podiera vivir con ellos lavando oro del Tipuani, al precio establecido por el gobierno.

Ahora, evidentemente tarde, ponderaba al botánico, quien se mostraba satisfecho de su modesto salario ganado por la venta de flores. Recordaba el momento cuando lo consideró estúpido tras este mostrarle una redoma con semillas que tardarían siete años para convertirse en orquídeas.

— «Una orquídea color oro con puntas blancas, a la cual le pondré el nombre de Alexander, no por mí sino por mi hijo» —le dijo Forbes en una ocasión.

— «Pero total» —comprendía Yasic — «yo pasé un año preso al borde de la muerte infructuosamente».

Al momento de dejar el avión en Chile, la situación era más preocupante pues, en pleno vuelo, Sara le había informado que fruto de los encuentros íntimos en la cárcel, «un regalo inesperado viajaba en su vientre».

Apenas cuando iniciaron el recorrido para salir del aeropuerto la intranquilidad volvió a presentarse; fue el empleado de la línea aérea, quien hizo un llamado presuroso.

— ¡Yasic! ¡Yasic! ¡Espere! ¡Regrese por favor!

Sorprendido y molesto por el interminable suplicio, Pedro Yasic masculló para sí algunas palabras y regresó hacia la casilla.

—Entiendo que usted haya olvidado esto señor, claramente son cosas de mujeres —el sujeto habló indicándole una caja. Pedro Yasic se sorprendió al extremo cuando vio seis orquídeas dentro del cartón: aunque les parecieron familiares, sabía que no eran parte de su equipaje, pero disimuló el olvido y las cargó agradecido.

Totalmente confundido abrazó a su madre, presentándola ante la nueva familia y abordaron el vehículo rumbo a Puerto Montt.

Con exagerada ansiedad, Yasic desprendió la tarjeta que pendía de una orquídea y comenzó a leer:

—«*Saludos Pedro Yasic:*

Sé que el tiempo no corre igual para todos los hombres: esta es la orquídea bautizada con el nombre de mi hijo y, como sabrás, debía ser una orquídea color oro con puntas blancas. Esta, aunque tiene las puntas blancas, todavía sigue verde. Yo puedo esperar los años necesarios para que el color dorado suba por los tallos; de seguro usted no».

*Con afectos,
Alexander Forbes.
Botánico.*

Pedro Yasic discernió en seguida tal insinuación y, con premura desconcertada, apartó el forro del recipiente, comprobando así la increíble y grata realidad.

En vez de piedras, aquella flor estaba incrustada en pedazos de oro que resplandecieron ante la luz. Una por una fue destapada, al momento que los cuatro pasajeros se fundían en abrazos efusivos no comprendidos por el chofer.

— ¿A dónde vamos exactamente? —preguntó este encendiendo el motor.

Yasic, completamente satisfecho, limpió su garganta para dar la orden que solo minutos atrás, había sido un truncado sueño.

— ¡Llévenos a barrio alto! ¡Allá, a donde viven los ricos!

MINGO

Muy de madrugada todavía el viejo se mantenía insomne. La noche no podía entender tal desvelo: se sabía tranquila, agradable, inalterable. Ni siquiera los perros se atrevieron a marchitar su silencio, pero... ahí estaba el hombre despierto, dando vueltas en la cama.

Su hijo se encontraba en el monte, mas... no era ninguna novedad; siempre que andaban tras algún delincuente, el servicio permanecía hasta la captura, además, iba acompañado por decenas de oficiales.

Entonces, indudablemente algo anormal ocurría: esa preocupación remordida del viejo se debía a que, algunas horas atrás había cenado junto al delincuente perseguido y, a sabiendas de todo, lo encubrió cuando su hijo llegó con la guardia: por ese remordimiento no podía dormir.

En pleno desvelo, un ruido moderado se coló por las grietas del seto. Sus agudos oídos pudieron ubicarlo camino a Mataceniza. Detuvo su respiración para discernir cualquier otro murmullo, pero el viento cambió de rumbo.

Observó la silueta difusa del catre desierto y, aunque no se enteró su consciente, más allá hubo la reflexión de que, «si el muchacho hubiese estado acostado ahí, ese ligero sonido no causara tal intriga».

El rumor volvió más latente; ahora escuchaba los pasos de un caballo, pero dedujo que no era Mingo: este nunca volvía solo.

Aquel inesperado jinete penetró al patio y, antes de ser interpelado, estupró el silencio con la voz ronca y apagada.

—Caballero perdone la hora, pero quiero decirle algo.

Reconoció al sujeto de la noche anterior y, si bien no debía confiarse, ya había cometido el error aceptándolo en su casa: además, como le aconsejó entregarse, pensó que venía decidido a rendirse.

—Estoy aquí porque le puse caso, pero nada más si usted me lleva — el hombre habló apenas sintió abrir la puerta.

El viejo, altamente motivado por su amor paterno, no reparó en la hora y, sin decir nada salió junto al criminal; dedujo que con esta acción terminaba toda angustia, para así disfrutar el crujir del catre bajo su amado unigénito las noches siguientes.

— ¡Tenga mi arma! — el delincuente quiso asegurarle su determinación — ¡Cuídelo que es un buen revólver! —

Aseguró.

Emprendieron la marcha a galope tendido, dejando atrás cada vez lo más oscuro del camino. Parecían salir de una humareda cuando pisaban terrenos esclarecidos por el alba.

Traspasaron certeramente toda distancia y lo planeado se consumó. Por ser padre de un militar, el viejo exigió respetar la vida del criminal, a quien inmediatamente remitieron al lejano pueblo.

Un sol inofensivo se asomaba cuando ya el mediador estaba de vuelta. Venía orgulloso: satisfecho pues, con aquel acto devolvía tranquilidad al lugar, y especialmente a su esposa quien rechazaba alimentarse los días que el muchacho se ausentaba tras algún malhechor.

Traía consigo todo el deseo de recibir las albricias por tan importante noticia; plenamente satisfecho, meditaba en la frase que hizo una costumbre en sus diálogos; «Más sabe el diablo [...]», decía.

A poca distancia, repentinamente sujetó las bridas del animal y respiró contrariado diviso una multitud congregada en la parte frontal de su casa.

Sintió temor y, pensando lo peor dudó en avanzar, mas, el deber se impuso y partió desesperado tras la comprensión de aquel suceso.

La mujer salió como loca a su encuentro y cayó de rodillas frente al caballo: tenía el pelo arremolinado, y sus ojos rebozados anunciaban mucha angustia.

— ¡Ay mi viejo! ¡Nos mataron el muchachito! — exclamó con un llanto contagioso.

Ya varios guardias llegaban mientras los vecinos incorporaban a la afligida madre, quien rodaba desconsolada entre las patas del potro.

El viejo, con mirada dura y labios contraídos, parecía evitar el desbordamiento de sus entrañas, quedando rodeado por quienes ofrecían respaldo ante la desgracia acaecida.

— ¡Fue a eso de las tres! — un oficial de baja estatura le hablaba — El hombre que estuvo aquí cenando nos engañó: era a quien buscábamos. Él mató a Mingo — terminó con ira y remordimiento.

De repente, el atolondrado caballista lanzó un estruendoso ¡Arre!, y puso su animal en las dos patas traseras, provocando que todos en el perímetro se echaran al suelo.

Volvió la cara del caballo hacia el camino, y salió por entre la concurrencia como alma que lleva el diablo; iba otra vez camino a Mataceniza, empuñando el mismo revólver con que le habían matado a su hijo.

CONVERSIONES

Victoriano no podía entender el inesperado rechazo de su devota suegra hacia las imágenes religiosas que por tanto tiempo ella consideró imprescindibles: a petición suya, esos cuadros y objetos debían ser lanzados al fuego inmediatamente.

Esta inexplicable actitud distaba grandemente con aquel fanatismo abrigado años atrás, cuando fue expulsada del lazareto por intranquilizar las madrugadas rezando el rosario en forma estridente.

Semanas antes de aquella expulsión, a los familiares se les informó que, sumado al pertinaz rezo, esta rechazaba toda medicación; por eso, en una visita su hija quiso persuadirla, pero la convaleciente, aún consciente del crudo achaque, prefirió marcharse sin importarle ningún riesgo, «A mí nadie me quita mi religión», terminó decidiendo.

— ¡Maldita turca impía! —decía refiriéndose a quien dirigía el centro de salud; una mujer oriunda del Líbano.

—Debió ser la esposa de Job en otra vida— añadió acomodándose el vendaje sobre marcadas llagas —La Biblia aconseja orar sin importar tiempo ni circunstancia: el problema es que ella no ama a Dios... Eso algún día le saldrá caro. Se quemará en el Infierno —aseguró.

A sabiendas del duro compromiso asumido, cargaron con ella en la desvencijada carreta, herramienta usada por Victoriano para su rudimentario trabajo. Iban esperanzados en que algo soberano hubiera sido testigo de tan fervoroso proceder pues, solo eso podía aliviarlos, dado la acrecentada desazón.

Aunque siempre mantuvieron al margen su vida hogareña, ahora la privacidad rayaba en el misterio debido al terrible padecimiento; una cruel enfermedad que, además de discriminatoria, implicaba gastos extremos; muchas veces sacrificaban su sencilla alimentación para poder adquirir los caros medicamentos.

De Victoriano se podía decir que era tosco, ermitaño y hasta antipático, pero, su responsabilidad y honradez nunca estuvieron en juego: nunca hasta que sorpresivamente una noticia invadió el caserío: «Al hombre de la carreta lo sorprendieron robando».

— ¿Qué nos está pasando Victoriano? ¡Dime que es mentira, dime que tú no has robado! —la esposa le hablaba confundida y frustrada en el pequeño cuartel policial.

Victoriano se veía destrozado. Estaba sin camisa y con el cuerpo amoratado por los golpes recibidos. Un mar de lágrimas ahogaba sus ojos y, el espejo de aquella humedad reflejaba las rejas que jamás imaginó merecer; claramente avergonzado, evadía la presencia de su mujer.

—Yo no resisto ver a tu mamá sufriendo por falta de medicina. Lo último que hace un hombre es robar, mi vieja; perdóname, pero, por lo menos ella va a dormir tranquila un par de días — ahora se tornó más discreto y prosiguió — Anda en la noche al terreno de los Pérez; procura no ser vista. Entrando, debajo de la acacia, ahí escondí los medicamentos que pude sacar —terminó cabizbajo pero satisfecho por el sacrificio.

El tiempo transcurrió y como era de esperarse, la enferma fue empeorando. En sentido contrario, su salud espiritual y fanatismo se robustecían a tal punto, que consideraba la expulsión del leprocomio como una señal divina de sanación.

—Así de claro como los estoy viendo a ustedes, he visto al señor curándome estas llagas —decía muy segura.

Tiempo después conocerían que, quien había censurado los rezos, estaba relegada de por vida a una cama, tras sufrir un ataque. Por esa razón volvieron al lazareto y, aunque no faltó hospitalidad, el viaje solo sirvió para ponerlos al tanto del irremediable deterioro: su sombrío destino ya estaba marcado.

En vez de dejarla recluida hasta la hora final, decidieron retenerla en su hogar y así proveerle todo el amor y ternura que estaban dispuestos a darle. Para ello se trasladaron a un distante paraje buscando más discreción, y donde pudieran fortalecer su lesionada honra.

Un día, tras regresar de compras, Victoriano les dio una sorprendente información: casi frente a donde se habían instalado, vivía rodeada de santos y en evidente recuperación, la mujer que años atrás les había negado el lazareto.

Fue luego de esta noticia que la enferma enfurecida exigió destruir todo cuanto le había servido para templar su fe: hasta un recipiente con agua bendita que conservaba bajo la almohada, terminó desparramado en el patio, lanzado por ella misma.

Así, cada noche, bajo un silencio triste se escuchaba el murmullo de doña Adelina Abud rezando el rosario al Dios misericordioso manifestado en su enfermedad, mientras que la leprosa maldecía a ese mismísimo Dios, por haberla abandonado, hasta ver caer los trozos de su propia carne.

IMPULSO

— ¡Compadre no se vaya! ¡Dele vuelta al dominó y desempatemos esto que hoy es domingo! ¡Además, Patria sabe dónde está usted! — Manolo trataba de convencer a Esteban quien había decidido abandonar el grupo.

—No compadre, será otro día. Salí temprano a trabajar y esa mujer debe estar desesperada – replicó el hombre muy firme.

Esteban trabajaba la tierra con tanta disposición que, hasta en los días feriados se le podía ver todo manchado, realizando su labor en el conuco. Ese domingo, al terminar lo previsto, sus compañeros quisieron brindarle un ameno momento, invitándolo a jugar dominó.

Entre pasos, tranques y capicúas, el juego se había extendido tanto, que ya la noche andaba de su cuenta. Tras incontables intentos por despedirse, Esteban puso fin al juego.

Agarró la funda con víveres y frutas que tenía entre los pies, y deseó buenas noches haciendo un chiste, como siempre.

—Recuerden bien; Dios, Patria y...mis dos muchachos— hacía alusión a las letras en el escudo nacional.

Después de adivinar el oscuro camino, llegó a la casa. Allí lo esperaban sus dos hijos: Luis y Sarita, junto a Patria, la mujer que adoraba con devoción. Saludó afectuoso a los niños, pero le preocupó verlos tímidos y retraídos.

— ¿Qué les pasa mis hijos? ¿Me les dieron una pela?
— Los niños no respondieron.

Esteban puso la funda en el suelo y se dirigió al cuarto en busca de su mujer.

— ¿A esta hora es que tú te apareces?, ¿verdad? ¡Y entonces borracho! —Patria habló esquivando un abrazo.

—Yo no estoy borracho, Patria...— Sonrió nervioso
—Fue que me quedé jugando dominó.

—Sí, jugando dominó. ¿Y ese bajo a ron? — Estalló en llanto— ¡Ya no aguanto más! ¡Quédate con tus amigos que yo sé lo que voy a hacer! —la mujer hablaba recogiendo cualquier cosa que alcanzara.

— ¿Qué vas a hacer mujer? —Esteban comenzó a preocuparse. Amaba su familia y se sentía muy orgulloso de ser buen padre y esposo.

— ¡Me voy con los muchachos para donde mamá!

Patria hablaba mientras metía la ropa de los pequeños en un saco; ellos se veían temerosos, pegados al seto de la humilde casa, clamando con sus miradas una rápida solución.

— ¡Me voy y te lo aseguro Esteban, jamás volveré aquí! — ya la mujer salía del cuarto con un vestido en sus manos.

Los niños no tenían edad para enfrentar esta frustrante escena. Sentían un profundo amor por su papá, además, le temían al oscuro y deshabitado camino. Eran aproximadamente las diez, y el hogar más próximo quedaba por lo menos a un kilómetro.

Patria agarró el saco con la ropa y los empujó hacia afuera. Los muchachos caminaron torpes sobre las provisiones traídas por Esteban, y trataban tímidamente de resistirse, pero su madre ponía más fuerza. Apenas salieron del rancho, sintieron que la espesa niebla se interponía entre sus pisadas y el suelo.

— ¡Patria, espérate! — Le dijo Esteban viendo la verdad —Yo no estoy borracho; a las mujeres no les gusta que uno tome, pero fue una sola botella...y entre cuatro —casi suplicaba.

—Esto lo habíamos hablado... ¡Mira cómo te apareces a esta hora cual si nada! — Patria estaba decidida.

Luis y Sarita aprovecharon para dar un paso hacia adentro: la noche oscura les enfriaba el alma. Estaban atemorizados y temían alejarse de su padre. Deseaban en lo más profundo que Esteban convenciera a Patria.

—Bien me lo dijo la comadre Fella: “aguántaselo y siempre te lo hará”. ¡Vámonos mis hijos! — Terminó la mujer.

Mientras se alejaban, los niños no dejaban de mirar hacia el rancho: les entristecía ver la silueta de su padre desapareciendo por lo curvo del camino.

Sus pasos se escuchaban cual tambores de una danza hacia lo incierto. Patria no volvió a hablar. En el trayecto, un molesto silencio se revelaba tenebroso, sugiriendo ruidos inexistentes.

Sarita perdió una de sus chancletitas, pero con miedo a detenerse optó por guardar silencio. Luis se dio cuenta, mas, prefirió ponerle el pie de las suyas para no devolverse; Patria ni se enteró.

Acercándose en su misma dirección, alcanzaron a adivinar una figura. En la penumbra no podían reconocer la silueta, pero ahí venía. Patria se abrazó de los niños y caminaron bien al borde. Cuando estuvieron más cerca pudieron ver que era un hombre.

— ¿Adónde van a estas horas? — Preguntó de forma tarda el extraño.

—No hay problemas, ya mi esposo, ya... ya nos está esperando... Ahí: ahí mismo— Patria nerviosa quería despistar.

Aquel inesperado transeúnte les dio una mirada exhaustiva: primero a los niños y luego a Patria. La pequeña familia estaba consciente del peligro y necesitaban alejarse.

— ¡Mentira! ¡Ahí mismo no! ¡Yo vengo de lejos y en el camino no hay nadie! — Dijo el sujeto en tono enérgico.

Patria empujó los niños y deseó buenas noches. Ahora de espalda al extraño, la inseguridad se acentuaba; por eso vaciló en seguir o volver con su esposo. Casi corrieron en la oscuridad: Sarita, por lo disparate del calzado, no les permitía avanzar a buen ritmo.

Cuando creyeron alejarse, la mujer cayó entre las piedras con el extraño sujeto encima: Luis y Sarita irrumpieron en llanto. Patria también lloraba mientras forcejeaba con el intruso. Luís, impotente, lanzó una piedra al malvado: este ni advirtió el impacto. La niña, chancleta en mano, trataba inútilmente de ayudar a su madre. Los tres gritaban desesperados.

— ¡Patria, Luís, Sarita! – afortunadamente llamó una voz de lejos.

— ¡Papá! ¡Papá! ¡Papá! — la menor respondía con los ojos exageradamente abiertos.

— ¡Patria, Luís, Sarita!

Ahora se escuchó claro. Esteban parecía estar muy cerca. Repentinamente se abalanzó encima del sujeto, enfrascándose en una ruda lucha. La mujer lloraba cubriéndose el cuerpo con su vestido destrozado: los niños permanecían abrazados llamando a su papá.

En medio del movimiento los hombres se habían arrastrado hasta cierta distancia. Era un momento de extrema confusión; la pelea se extendió más de lo tolerable hasta que el extraño logró fundirse con la noche y desapareció.

Notablemente aturdido Esteban se incorporó caminando torpe. Su paso era lento: apenas podía mantenerse de pies, pero ya los niños iban a su encuentro. También Patria se acercó y lo abrazó. Al notarlo débil quiso sujetarlo; los niños también lloraban abrazándolo.

Luis advirtió la sangre de su papá: era abundante. Lo apretó muy fuerte y gimió de impotencia. Esteban besó con ternura a Sarita. Ya el niño sentía la tierra humedecida en su pie descalzo. Esteban perdió fuerza y se inclinó. Patria comprendió la gravedad. El hombre herido haló al pequeño a quien, apenas con ocho años, consideraba un hombrecito. Se aferró lo más fuerte que pudo al muchacho y, casi alucinando le susurró;

— “Me estoy cayendo mi hijo... pero yo no estoy borracho... Vuelvan para el rancho”.

HERRADURA DE PLATA

¡Quién lo diría! Hace un año ya de la tragedia y nuevamente comienzan las fiestas patronales.

El parque está colmado de gente en la noche inaugural, mientras muy presurosa, Aura, joven hermosa y agradable se abre camino hacia un grupo, para entregarse a su novio Baudilio, quien anhela este acordado encuentro.

Aunque siempre se congregan atraídos por la retreta del santo patrón, en esta ocasión su cita no es nada festiva pues, conmemoran un suceso trágico ocurrido exactamente el primer día del pasado agasajo eclesial.

En aquella mal recordada fecha, Sinencio García había deslumbrado al pequeño pueblo, montado en su elegante équido blanco que parecía flotar bordeando el concurrido parque; los asistentes invadían las calles, formando un pasillo para la tradicional caminata.

Los hermanos Pablo y Baudilio estaban muy orgullosos porque, el hermoso animal había sido preparado por ellos en el establo familiar. Sinencio los abordó luego del

desfile y, en un dialogo animado agradeció detallando cada pormenor del caballo: reconocía que, gracias a las herraduras de plata, una piedra incrustada no había arruinado la exhibición.

A Baudilio solo le faltaba que llegara su novia Aura, para completar una mágica noche. Aunque habían estado distanciados por desacuerdos moceriles, los dos se amaban cual niños enamorados.

La buscaba entre el tumulto mientras Pablo ya traía tres vasos, con los cuales brindaron celebrando todo lauro equino.

De repente alcanzó a ver una silueta inconfundible y tomó del vaso, claramente emocionado. ¡Era por quien moría! ¡Se sintió esperanzado al verla venir! Ya no le importaba ninguna conversación. Se abrochó el botón superior, recordando que ella siempre lo sugería y discretamente limpió la punta del pie izquierdo con su pantorrilla derecha.

Aura apareció deslumbrante, deteniéndose sigilosa detrás de Sinencio: le tapó los ojos y fingió la voz invitándolo a descubrirla.

Una sortija de compromiso en su mano izquierda impacientó a Baudilio; Sinencio buscaba pistas para adivinar y agarró el anillo. Baudilio se derrumbaba.

Sinencio rasgó las estrías del aro con su mano desocupada: pareció reconocerlo. Las jovencitas gritando

sobre sillas mecánicas, fue para Baudilio clara evidencia de que la tierra se estaba abriendo.

— ¡Es la mujer más bella que mis ojos hayan visto! — Sinencio habló de forma gallarda, todavía con los ojos tapados.

Baudilio haló el botón que momentos antes se había abrochado y lanzó el vaso con licor; Sinencio, ajeno a esta situación seguía detallando mientras tocaba cuidadosamente la sortija.

— Pero ¡cómo no voy a saber quién es, si ayer coloqué este anillo de compromiso en tan tiernas manos! — aseguró Sinencio.

Pablo estaba atento al juego, mientras Baudilio partía destrozado. Aura destapó los ojos de Sinencio y se echaron a reír.

— ¡Sabía que te ibas a equivocar! — dijo quitándose el anillo con facilidad y pasándoselo a Emilia, quien ya se había fundido en un abrazo tierno con Sinencio.

— ¿Dónde está Baudilio? — preguntó Sinencio mientras Aura saludaba afectuosa a Pablo.

Baudilio jamás se integraría al grupo, pero no cabalgó muy lejos; estaba ahí, en la cuesta de don Mingo Bretón; una pendiente tan complicada que, quien pasaba a caballo debía desmontarse dado su inclinación. Ahí se escondía ciego de celos esperando por Sinencio. Lo imaginaba

besando a Aura. Le avergonzaba que su hermano viera la escena. Su frustración agresiva solo proponía tomar venganza.

Una ligera llovizna comenzó a gotear intermitente, jugueteando con las hojas aceitadas y dormidas de los árboles; la luna triste parecía derretirse en el pedregoso y solitario camino.

De pronto, Baudilio escuchó trotar un caballo. Se agachó cauteloso entre los arbustos y hurgó en la oscuridad, empuñando su filoso cuchillo.

Cuando el animal estuvo más cerca, con todo y penumbra divisó su color purpúreo; era Soco, la bestia de Pablo.

Se quedó oculto y los sintió alejarse. Aunque debía saciar la extrema sed de sangre, le dolió no ir con su amado hermano, a quien cuidaba con exageración.

Continuó inmóvil mientras la marcha equina se perdía en el sonido del aguacero. Su mente solo le repetía el brillante aro entre los dedos de Aura.

Una caprichosa nube descargó todo su potencial apurando el cierre de la noche, y los juegos mecánicos fueron apagados, dejando un silencio que anunciaba desgracia.

Baudilio, sumergido en extrema pulsión, supo que pronto estaría frente a Sinencio y, la verdad, le urgía vomitar esa obcecación adquirida por una simple travesura.

Repentinamente se incorporó; a cierta distancia escuchó las pisadas de otro animal cuya silueta era inconfundible: «Es él», habló para sí.

La lluvia continuaba alegre. El imponente caballo blanco se acercaba garboso. El cuchillo en una mano parecía sediento. Baudilio lo empuñó con resentimiento. El jinete se acercó en la oscuridad. Baudilio esperaba su momento. Estaba ansioso. Ya lo tenía bien cerca. Rauda y como de la nada, salió con un impulso criminal tan marcado, que encontró el corazón del infeliz en la niebla; luego se alejó hacia donde tenía su caballo escondido, para marcharse convencido de que nadie había sido testigo.

Un año después Aura disfruta del abrazo apasionado que no pudo darle a Baudilio en las pasadas fiestas.

Emilia, muy entristecida igual que sus compañeros, mostraba su indignación por la falta del ausente.

—Algún día sabremos quién fue el cobarde que lo mató. — se expresó con marcada rabia.

Baudilio bajó la mirada evadiendo a sus amigos. Aura lo abrazó aún con más ternura.

—La vida tiene cosas Baudilio. Esa herradura podía arreglarla yo en mi casa; si esa noche no le hubiera

pedido que se llevara mi caballo para el establo, quizás tu hermano hoy estuviera vivo.

Sinencio habló entristecido; como la mayoría, inocente del crudo secreto.

HERENCIA

La factoría de don Simón es el único lugar en Rancho Adentro donde los lugareños consiguen empleo. Nadie duda que, sin esta posibilidad, sería mucho más difícil para quienes habitan ese empobrecido campo.

Por eso, cuando cumplí mis doce años papá quiso llevarme con él, quizás asegurándose de que, como hijo mayor, yo tuviera su misma oportunidad: era cuanto podía dejarme.

«Pobre viejo». A nuestro regreso en las tardes, parecía un mago abriendo su bolsa y sacando parte de la comida que nos daban en el trabajo. Mis hermanitos eran como pajaritos inocentes acudiendo a sus manos, buscando migas.

¡Cuán grande el ejemplo de papá! Nadie en casa se imaginaba todo el dolor que soportaba este hombre en su faena. Cada día era igual; luego de la cena competíamos por frotarle un ungüento con alcanfor, Bay Rum y sebo que mamá preparaba para calmarle su hombro derecho.

Por las mañanas, cuando los achaques les impedían levantar el brazo, mi vieja amorosamente lo vestía y, aun así, salíamos muy temprano rumbo al compromiso.

¡Increíble cuánto llegué a conocerlo! La forma entusiasta como blandía su mano derecha y, con el tiempo, un vago movimiento del brazo cansado de responder.

Me preocupaba considerablemente verlo desmejorar sabiendo que, con tantos años de servicio, no podía pensar en retirarse: para estos seres humanos su final era el cadalso: ir al infierno, el más cruel fracaso.

Por eso, los días festivos, cuando mis hermanitos se divertían en la sabana, yo prefería quedarme con un saco lleno de palos, tratando de levantarlo: Papá me necesitaba y yo debía hacerme un experto como él.

En la factoría siempre quise estar a su lado; nadie más sospechaba lo débil que se estaba poniendo. Una mañana cayó de rodillas levantando su carga. Fui a socorrerlo, pero me miró con dureza: yo lo entendí. Vi su orgullo rodar. Papá trató una vez más con el saco. Yo necesitaba verlo de pies. Ese era mi héroe.

Miré alrededor: los trabajadores estaban atentos. Papá se incorporó, pero... no pudo mantenerse de pies y cayó.

Corrí donde él. Quise alentarle prometiéndole fortalecer nuestro ungüento. Eso no era suficiente, pero, no quería ponerlo en evidencia. Coincidentemente fui llamado a un

encargo distante de papá: casualidad que solo aportó más agobio a la dificultad.

Hice un gran esfuerzo para poder trabajar durante el día pues, sentía mucha necesidad de estar con mi viejo. En hora de almuerzo me dirigí al árbol donde compartíamos nuestra comida, pero papá no estaba. Lo esperé para comer, mas... nunca llegó.

Ese día ni siquiera pude mirar el plato.

Esto había pasado con otros hombres laboriosos en la terrible factoría; cuando ya sus fuerzas no alcanzaban, eran despedidos sin ningún tipo de prestación.

Fue la tarde más larga que pueda recordar.

Al final, tomé el bolso que papá colgaba en la mata y vertí los alimentos. Llegué apresurado a casa donde mis hermanitos me recibieron con marcada alegría, haciéndome comprender el compromiso heredado desde ya.

Los días siguientes papá estuvo muy triste y distante. Al regreso del trabajo yo lo buscaba en la parcela donde soltaba una vaca que padrino me había regalado: ahí le entregaba el bolso con comida, y todo mi salario.

Así transcurrió la vida de este hombre. Un gran hombre que, al ofrendar sus últimos vigos, fue rechazado por el sistema ingrato y desleal. Los príncipes hacendados, consideran a esta clase marginada cual “perros rabiosos”.

Debo confesar que de un tiempo acá estoy sintiendo temor... mucho temor. No puedo dormir en las noches y, por el día, en la factoría de don Simón, hago malabares para poder cumplir la faena:

«un fuerte dolor en mi espalda casi me impide trabajar».

JUSTICIA

Miguelito miraba por la ventana mientras tomaba agua: era lo único que había podido tragar desde conocido el suceso. Iba por otra porción cuando, parte atrás, alguien cayó de un caballo.

Aquel sujeto se incorporó con rapidez, procurando esconder su vergüenza: Miguelito volvió a sacar agua de la tinaja, esta vez para los gallos enjaulados en plena cocina.

El hombre del caballo insistió infructuosamente; divisó su entorno intuyendo no haber sido visto pues, los asistentes al velorio estaban congregados en la parte frontal, bajo un gran flamboyán.

Ahí la viuda Amalia era consolada por los solidarios vecinos; con profunda tristeza les expresaba su pena, como si viera en estos una forma de levantar al difunto. Algunos, en medio del tumulto, compartían sus respectivos conocimientos sobre la tragedia.

—Pindo se salvó de chepa porque pudo estropear a los asesinos con el caballo. Fue tan valiente que recogió al

muerto y lo trajo hasta aquí— dijo un anciano empuñando la mano con coraje.

—Yo le agradezco a ustedes que estén conmigo, porque no tengo fuerza para mucho — expresaba Amalia abrazando a Miguelito: lo envolvía como sujetando un pedazo de su esposo.

—Y pensar Pindo que ayer a esta misma hora estaban ustedes echando los gallos. ¡Tan contento que se veía Cándido! — la viuda estaba inconsolable —Mira a tu ahijado, Pindo: la debilidad del difunto— No pudo continuar y fue sostenida por varios hombres, evitando que cayera al suelo desvalida.

Ya a media tarde la tierra estaba hambrienta y desesperada.

La marcha de los que iban a ofrecerle el cuerpo del difunto era muy lenta. El sol ardía tanto que sus sombras parecían guarecerse entre ellos.

Miguelito, a pesar de ser muy joven, comprendió claramente que, aunque debía continuar, esta irreparable pérdida le exigía envalentonarse decididamente para seguir.

En el cementerio su pena fue más evidente, porque, la desbordada angustia de Amalia provocó un llanto colectivo, sobremanera conmovedor.

Pindo improvisó un sentido panegírico y culminó vertiendo tierra con su puño sobre el modesto ataúd, mientras maldecía a los asesinos del sagrado compadre.

Para la viuda sería muy amarga esa primera noche sin su fiel compañero; por eso, familiares y amigos cercanos quisieron quedarse hasta bien tarde junto a ella. Tona, una comadre y amiga de infancia decidió amanecer en la casa mortuoria, solicitando que alguien le llevara el recado a su esposo. Pindo se mostró dispuesto, y Miguelito aceptó acompañarlo con total agrado.

Aunque el camino era largo, las mujeres quisieron esperar levantadas, rememorando episodios y abriendo camino hacia la resignación. De momento Amalia creyó escuchar un caballo en el patio, pero al final lo atribuyó a su imaginación porque, dicho relinche era similar al animal del difunto; Pindo y Miguelito andaban en este.

La espera trascendió lo previsto y decidieron acostarse debido al difícil día transcurrido.

Amalia despertó sin saber que se había dormido. Sintió los mismos toques de su esposo en la puerta, pero inmediatamente escuchó a Miguelito llamando muy alarmado. Salió apresurada cuando ya los vecinos corrían hacia la casa.

— ¡Por Dios mi hijo! ¿Qué pasó? — al abrir la puerta frontal, parte del patio se alumbró y pudo ver el cuerpo sin vida de su compadre Pindo sobre la bestia.

—Fuimos atacados al cruzar el río; yo me salvé milagrosamente y pude traerlo en el caballo— Le contestó el muchacho ensangrentado.

En ardoroso reclamo los hijos de Pindo requerían información para tomar venganza: estaban totalmente furiosos y decididos. Amalia se aferró a su hijo muy nerviosa y lo condujo a la cocina, en medio del tumulto.

La viuda, con el rostro enajenado debido a los sucesos, y mordida por la agobiante intuición, no vaciló en interpelar al muchacho.

—Mi hijo del alma, dímelo a mí por favor, ¿cómo pudiste traer al compadre si tú no sabes montar a caballo?

Ella le echaba agua en las manos ensangrentadas. Él miró la jaula y empezó a hablar.

—Ese gallo es de buena casta... Un gallo guapo. Fue el último que echó papá, ¿usted se acuerda? — el joven preguntó señalando al ejemplar canelo que sobresalía.

Amalia no comprendía y de nuevo metió el jarro en la tinaja. Miguelito no dudó para continuar.

—Fue una pela que le dio al de padrino... Padrino le habló mal a papá: lo tomó como algo personal.

Amalia continuaba en silencio. El muchacho abrió la ventana y presionó los labios entre sí.

—Ahí vi a padrino caer dos veces tratando de subirse en el caballo del viejo esta mañana— señaló hacia afuera y continuó.

— ¿Que cómo lo pude traer sin saber montar a caballo? — ahora hizo una pausa. Amalia aprovechó para voltear la cara. Había comprendido todo. Recordó el relinche aquel y discernió un quejido crudo al que no había dado importancia.

—Padrino tampoco sabía y trajo a papá— Miguelito Escupió con odio y añadió —Asesino asqueroso; lo mató aquí mismo en el patio mamá.

Amalia se le echó encima llorando. Ahora temía por la vida de su hijo. Él quiso calmarla abrazándola.

—Voy donde el pedáneo a entregarme. Estaré bien mamá; no se me sienta mal que, yo no soy un asesino... esto fue una cuestión de justicia.

CUANDO VUELVA PAPÁ

Cuando llegue papá... ¡Oh, cuando llegue!... Se lo voy a decir todo. Le voy a contar que mamá estaba llorando por él. Que, por favor, no la vuelva a dejar sola. También le voy a decir, «Oye papá, no comí nada por mi gran deseo de verte»; «ni siquiera hice caso a los amiguitos porque, no tenía ánimos de jugar». Igual le haré saber que salté de alegría al ver un hombre muy parecido a él. Que lo llamé sin querer esta mañana cuando un niño intentaba golpearme. Además, lo espero para mostrarle mi buena calificación en los exámenes de la escuela.

¡Cuando llegue papá...! ¡Oh, cuando vuelva! le diré que quizás mamá ha envejecido tanto por su falta. Le haré saber cuánto quise verlo al izar la bandera en los juegos del pueblo; narraré los malabares hechos para comprarle el regalo a Raquelita por sus quince años, y de mis esfuerzos para conseguir trabajo en el taller de Rafael: gracias a ello nos sustentamos.

¡Por fin! ¡Ya tengo mi título de bachiller para mostrárselo cuando regrese! Lo espero también para llevarlo donde Esmirna mi querida novia. Como ya sé un poco de amor,

le diré que, nadie podrá amarlo tanto como mamá. Que quizás por mi inexperiencia no lo cubrí a plenitud, pero he cuidado la familia con todas las fuerzas.

Cuando llegue papá sé que voy a llorar. Saldré lleno de alegría junto a mi niñito a encontrarlo. Se lo pondré en los brazos. Sonreiré al verlos juntos: mamá, papá, mis hermanitos, Esmirna, todos. Sonreiré sin lamentar que con su ausencia limitó mis alegrías y posibilidades.

Cuando llegue tu abuelo, hijo. Sí, cuando llegue. Dile que abuela murió. No le escondas que fue de soledad: de frío, desamor, frustración, de tanto esperar. Dile que ando de viaje, pero hazle saber cómo quise abrazarlo y estrechar su mano, aun me asignara este trayecto tempestuoso. Dile cuánto lo conoces porque, no fui mezquino y siempre quise nombrarlo. Cuéntale lo seguro que te sientes al comunicarme tus problemas: tus temores. Déjale saber cuánta fuerza transmite una palmada en la espalda si estás atribulado; si te sientes acabado.

Búscame cuando se haya marchado: tócame la puerta sin temor y abrázame; seguro estaré muy compungido. Permíteme llorar entre tus brazos y aprecia mucho más ese calor brindado.

Déjame consumir mi congoja pues, quizás en el mismo instante comenzaré a disfrutar tu privilegio de no guardar alegrías como yo, que muchas las he pospuesto *«para cuando vuelva papá»*.

DERROTERO

Leonidas Moscoso llegaba al pequeño poblado, de la misma forma en que se había marchado décadas atrás: solo y repudiado.

Mientras caminaba, veía venir en dirección contraria su propia imagen sosteniendo un cuchillo que estilaba la sangre de Juanita, una humilde mujer a quien asesinó brutalmente por esta haberle negado placeres sexuales.

Cumplió condena por tan abominable crimen y, el mismo día en que fue liberado, ya estaba recorriendo las calles del pueblo: ese lugar donde tenía una deuda de sangre, afianzada en la venganza prometida por los dolidos familiares.

El oprobio endosado a sus padres les granjeó tan rotundo desdén, que este nunca supo cuán afectados quedarían: su economía sucumbió totalmente y, censurados por la exagerada mácula, fueron víctimas de un concluyente aislamiento social.

Pero, ya habían pasado veinte años y ahí andaba Leonidas Moscoso; se veía sospechoso y torpe. Giraba la

vista en todos los ángulos, esperando que su descuidada barba guardara tan indeseable rostro.

Un fuerte relámpago estremeció el cielo y la tarde jugó a ser noche. Leonidas se apresuró al sentir la inminente lluvia: quería llegar hasta su casa, saber de todos, conocer por lo menos dónde sepultaron al viejo quien enfermó avergonzado por el crimen y, en fin, respirar libertad para luego marcharse pues, sabía que no debía quedarse mucho tiempo: la última amenaza había llegado apenas días pasados en plena cárcel.

Ya la lluvia caía y quiso guarecerse, pero alguien se detuvo bajo el mismo cobertizo. Leonidas guardó silencio y escondió su mirada mientras sacaba una caja de cigarrillos. Quien lo acompañaba habló sobre la lluvia. Su voz le pareció conocida: por esto, sin decir nada corrió hacia otro cercano sotechado pues, era un torrencial impresionante y no pudo ir más lejos: el cielo parecía llorar su presencia. Aquel hombre había referido algo igual, poniéndolo a pensar.

- «Agosto siempre es un mes seco y mire, mire qué agua más rara, se nubló de un pronto y, *está lloviendo como de pique*» - fueron las palabras del extraño.

Los sumideros se desbordaron y Leonidas se pegaba cada vez un poco más a la pared. Golpeó con furia el fósforo en la húmeda caja, que caprichosamente se negaba. Al fin tuvo éxito. Encendió el cigarrillo y lanzó la cajetilla vacía al alcantarillado, cuya corriente desbordada pasaba frente a su casa: anhelaba hacer igual recorrido.

— ¿Hay alguien ahí? — preguntó una voz dentro del humilde rancho.

El humo pareció delatarlo; aguantó la siguiente fumarada y quedó en expectativa.

— ¡No se moje, entre! — volvieron a decir.

Leonidas divisó cauteloso el desvencijado hogar; no pudo ver claro, pero descartó cualquier peligro pues, en un rincón del oscuro ergástulo, postrada en una mecedora sin balaustre yacía solitaria la anciana que lo invitó a pasar.

Al encontrarse protegido por el sonido del agua, este vagabundo lo pensó todo; se veía ansioso. Sacó su cabeza por la puerta y vio todo desolado: el sujeto anterior también se había marchado.

Leonidas descubrió un bulto colgando en la habitación sin puerta y entró decidido; la débil mujer, sorprendida quiso detenerlo con sus torpes manos. Cayó rodando por el suelo mojado, pidiendo ayuda a gritos, pero, la lluvia, cómplice del malvado, estrangulaba su llanto: el malagradecido caminó inclemente por encima de ella y huyó dejándola inmóvil.

Cuando Leonidas volvió en sí comprendió que debía marcharse del pueblo, pero decidió por lo menos divisar su casa, aunque fuera de lejos. Casi corrió bajo el aguacero en dirección al cauce del alcantarillado: llegó a la esquina, detuvo su marcha y se notó perdido.

Al día siguiente, ya avanzada la mañana, el dueño de un modesto motel se preocupó por no recibir respuesta del desconocido cliente que había amanecido en dicho lugar.

Dio parte a la policía y tras estos entrar forzosamente, encontraron al sujeto colgando del cuello.

Sobre la cama había un bulto y parte de su contenido vertido. Junto a papeles y cosas de poco valor, fotos muy añejas se veían esparcidas. Entre ellas relucía el retrato de una mujer abrazando a su hijo: detrás se leía borroso, escrito con lapicero: *«Primera comunión de mi hijo Leonidas Moscoso»*.

SEPULCRO

Lucrecia ya estaba lista para acostarse cuando alguien llamó desde afuera. Sentada en su cama, tapó el tímido fulgor de la lámpara, y se puso en alerta: no era común una visita a esa hora; sumado a esto, en el pequeño poblado sabían que ella momentáneamente dormía sola.

Recriminó calladamente al viejo perro que roñaba, y acto seguido se incorporó tratando de enmudecer el gruñido escapado del bastidor al abandonar la cama.

Salió muy cautelosa y se armó con el enorme palo del pilón ubicado en la cocina. Cuando comenzó a dudar sobre haber escuchado su nombre, tres toques le confirmaron el llamado, y decidió inquirir sobre aquel extraño visitante: este se adelantó.

— ¡Es de la policía y queremos informarle algo muy importante señora!

Tobi ladró, pero, Lucrecia lo intimidó con el garrote. Puso la lámpara junto al palo sobre una modesta mesa y

sostuvo al perro con el lazo que pendía de su cuello, mientras mascullaba, incomoda por la nocturnal visita.

— ¡Cállate animal del infierno! —recriminó externando su disgusto más allá de las tablas del rancho:

agarró de nuevo el garrote y abrió la puerta.

Inmediatamente conoció al oficial, ya que días antes habían conversado.

—No tenga miedo; entre que este molesto no se muerde ni él mismo —quiso tranquilizar, la mujer.

—No, gracias doña Lucrecia, solamente vine a informarle que mañana debe pasar por nuestro cuartel: en unos matorrales encontraron parte de una camisa ensangrentada. Es difícil esta situación para usted, pero, debe identificarla para ver si pertenece a su desaparecido esposo.

— ¿A qué hora tengo que ir? —la anfitriona preguntó muy tosca.

—Cuando lo crea conveniente, de las ocho en adelante si gusta y...no se preocupe, lo más probable es que la camisa no signifique nada – quiso ser amable el hombre y se despidió.

Lucrecia cerró la puerta y, muy apresurada se dirigió al cuarto: rodó su cama y pisó con fuerza incontables veces

bajo esta, en el suelo de tierra. Volvió a la sala, agarró el palo y golpeó a Tobi con descarnada crueldad.

— ¿Acaso no se te quita el hambre, perro asqueroso?

Caminó otra vez hasta el cuarto; colocó la cama en su lugar, se persignó, sopló la lámpara y se echó a dormir.

EN EL ESPEJO

Las cortinas de mis ojos se han vuelto a abrir ¡Ya es otro día! ¿Por qué con signo de admiración? En verdad, no sé: quizás el acostumbrado optimismo pues, cada amanecer trae sus propias leyes escondidas.

Apenas me adapto a la claridad y ya me arrastra un sentimiento de culpa. ¿Qué hice ayer? ¡Nada! Me aterra la estaticidad aún vislumbre una larga estadía en esta dimensión. Trato de traspasar el techo con la mirada y voy organizando cada movimiento, pero se me hace pesado abandonar mi sábana. ¡Qué fuerte este manto todavía! Cuando niño solía esconderme de los fantasmas bajo ella. ¡Increíblemente lo lograba!

Por fin estoy de pies: pura rutina. Después de un baño frío vuelvo a meditar frente al espejo. Quizás sea capricho o estado anímico, pero, un día me veo y estoy conforme, otro día evado mi figura frente al cristal: hoy es uno de esos; estoy conforme pero no me quiero ver.

Observo la cicatriz sobre el ojo izquierdo y recuerdo a mi tío con un bate, indicándome muy tarde la distancia entre receptor y bateador.

Sigo frente al espejo, pero ¡ha pasado algo extraño! ¡Sorpresivamente mi figura me da la espalda y se marcha! Respiro con dificultad, sudando abundantemente. Oigo sonidos tras el vidrio que, nublado por mi exhalación, pierde nitidez: permanezco ahí, semidesnudo. Me estoy sintiendo débil. Mi reflejo camina de un lado a otro con bolsas en las manos; no entiendo absolutamente nada... De pronto el silencio.

Ha pasado algún tiempo cuando comienzo a escuchar gritos: estoy tan asustado. Alguien se posa frente al espejo. No logro figurar porque, está nublado. Desesperado trato de limpiarlo con mis puños. ¡Oh, Dios! Es mamá: está llorando desconsolada. Papá se acerca y la abraza. También llora como nunca lo había visto.

¿Dónde están mis hermanos? ¡Sí! ¡Ya! ¡Ahí están...entristecidos! intentan sujetar a mamá. Yo también me eché a llorar buscando romper el espejo. Balbuceo palabras que apenas salen de mi boca: nadie escucha.

De repente mamá se incorpora estrellándose contra el vidrio. Casi lo quiebra; «con otro golpe podría lograrlo». Estoy alerta pero la intervención de mucha gente evitó que ocurriera.

¡Oh confusión! ¿Qué pasa? Al parecer me dormí. ¿Movieron el espejo? Sí, lo movieron; ahora miro hacia otro ángulo. ¡Cuántas flores! ¿Y este apestoso olor a café? Aquí hay gente que nunca nos había visitado. Hago mil movimientos por triturar este cristal, pero todo es en vano.

Después de pasar tanto tiempo estoy perdiendo la esperanza. He visto morir mi juventud aguardando a que alguien rompa este maldito vidrio.

Tristemente observo a los demás resignados, mientras yo busco tozudamente una salida hacia el tibio mundo de donde extrañamente partí.

LEGADO

Cuando la palmera cubrió el viejo tanque de agua con su sombra, Juanito supo que debía ablandar las habichuelas pues, al no tener reloj, el sol le servía como guía. Aunque era apenas un niño, también cuidaba de la hermanita menor, mientras Teresa su madre trabajaba afuera para proveerles sustento.

Juanito sentó a la niña medio desnuda sobre una piedra: metió tres palos secos en las cenizas del fogón y lo sopló. Temía profundamente quedarse solos, pero ponía todo el empeño porque luego de morir su padre, Teresa necesitaba mucha ayuda.

Estaba soplando una batata para su hermanita, cuando alguien llegó a caballo. Ese sujeto venía bastante sudado, con la camisa desarreglada, y un andullo de tabaco entre las piernas.

El muchacho sintió pánico. Soltó lo que llevaba en sus manos y corrió hacia dentro con la niña. Intentó encerrarse, pero el extraño interpuso su rodilla, empujando la puerta y diviso todo detalladamente; no había nadie más y procedió a entrar.

—Un jarro de agua no se le niega a nadie muchacho, vengo de lejos y no aguanto más— le dijo notablemente agotado, dejándose caer en una desvencijada silla.

Juanito tenía mucho miedo: quiso abotonar la blusa de su hermanita, pero los nervios se lo impidieron. Salió con ella rumbo a la cocina y pensó huir por detrás, pero, cargarla era mucho peso; ni siquiera sopesó abandonarla.

Cuando volvía con el agua encontró al sospechoso comiéndose la batata que había dejado caer momentos antes. Este se veía nervioso y hambriento.

— ¿Cuál es tu nombre muchacho? ¿Miguel? ¿Juan, o...José? ¿José? — hablaba divisando el entorno. Juanito continuaba callado. La sombra del sol ya había liberado medio tanque.

—Siempre lo mismo: nos llamamos igual como para que la buena vida nos detenga cuando tocamos su puerta... coño — dijo esto vertiendo el agua sobrante encima del animal.

Muy cerca se escuchó galopar otros caballos. El hombre sacó un viejo revólver y se marchó con premura. Juanito huyó al rancho con la niña mientras tres guardias pasaron cabalgando veloces.

Habían pasado algunos minutos cuando sonaron disparos. Los hermanitos se escondieron bajo la cama por tanto tiempo que; la sombra del tanque desapareció; el agua de

los frejoles se consumió por completo, y la pequeña se durmió.

Juanito cobró valor y fue por las habichuelas; apenas salió, vio que los guardias traían el caballo del sujeto amarrado, y a este en las ancas, sangrando notablemente encima de su hombro derecho.

—Búscanos agua, muchacho: vamos lejos con este ladrón— uno de ellos se tiró del caballo al hacer la petición.

Juanito obedeció sin quitarle la vista al hombre herido. Lo miraba con compasión, aun habiendo escuchado de su padre, que prefería morir antes de robar.

—Allá delante del jefe tú dirás dónde está el dinero. Ese hombre no es fácil, «ve orando desde aquí». —intimidaba un uniformado.

— ¿Oración? —el herido respondió con valentía — Por eso viven muchos en miseria pensando en la oración. Con el techo pichado y orando por ver caer las palmas. Es bueno rezar, pero a veces hay que empinarse para alcanzar a Dios.

Los guardias tomaban agua y el sujeto continuó.

— Si ustedes no hicieran el juego a los de arriba, la cosa fuera otra, pero, enfundados entre esos trapos ya se creen superiores. ¡Miren cuál ha sido mi pecado! ¿Es un delito que un pobre diablo se saque la lotería?

—Mejor guárdate tus disparates para cuando estés frente al jefe. ¿Qué tú ganas hablando con nosotros? — el guardia a cargo insistía amenazante y ordenó partir.

Juanito siempre esperaba a Teresa impaciente por comer, pero, había tenido un día difícil: un día en que la necesitaba como sostén; por eso hasta tuvo que constreñir el llanto cuando esta llegó.

— ¿Usted si vino tarde mamá? — el muchacho también estaba inconforme pues, era verdad; se demoró en regresar, incluso, otros disparos se escucharon antes de presentarse al rancho.

—La guardia está regada mi hijo; un ladrón que llevaban preso baleó dos de ellos, pero lo pudieron alcanzar y matarlo— le respondió sin saber que ese sujeto había estado en su casa.

Juanito se quedó meditando en la forma inocua y el temperamento recto de aquel hombre: sin querer lo admiraba, hasta el punto de llorar su muerte a escondidas.

— ¡Juanito! — llamó Teresa — ¡otra vez dejaste ahumar las habichuelas, y mira el guano de la silla, nada más es lodo: ¡Venga rápido a limpiarla carajo! — recriminó aun el amonestado negar haberla ensuciado.

Después de cenar se encerraron temprano. Rezaron como cada noche y se acostaron abrazados en la misma cama.

Una fuerte lluvia cayó de madrugada, pero, al amanecer el sol no se amilanó: Teresa lo advirtió con alegría filtrándose por las rendijas, anunciando la mañana.

Coló su acostumbrado café mientras Juanito, notablemente entristecido miraba el piso de tierra, nuevamente humedecido por las filtraciones del desvencijado techo.

—Cuando caiga cualquier cana hay que tapar ese hoyo mi hijo —Teresa dio otras indicaciones antes de partir —En la mesa les dejé el café; pórtense bien.

El muchacho no quiso esperar y aprovechó que su hermanita todavía dormía para subirse a la palma en busca de una hoja.

Con el machete en mano, recordaba cada palabra del inesperado visitante.

«Quien espera que la cana caiga para techar un rancho, muchas veces ve primero el aguacero», había dicho este.

Cortó la de mejor tamaño y se dirigió al orificio para resolver toda filtración. Se subió en una silla y tiró del pedazo dañado, cayendo aparatosamente con este, fruto del excesivo halón.

El sol que entró por la abertura dejada, lo cegó momentáneamente y no pudo evadir ser golpeado por un inesperado objeto.

Precariamente pudo abrir los ojos y, cuando tuvo plena conciencia visual, su corazón se agitó incontrolablemente al discernir que, la pieza caída era un fardo de tabaco comprimido, relleno con abundante dinero.

De inmediato recordó al hombre cargando dicho andullo y comprendió que, este no hablaba con los guardias aquella inolvidable mañana cuando decía:

— *“Es bueno rezar... pero a veces hay que empinarse para alcanzar a Dios”.*

REMORDIMIENTO

— ¿Usted todavía está entruchado por lo de esta tarde? Yo se lo dije antes de salir: “vaya al baño que a don Manuel no le gusta pararse en el camino”. — mamá me recriminaba mientras meneaba los plátanos frente al fogón.

Tras asistir al novenario del abuelo materno, solo esperábamos cenar para entregarnos a descansar, agotados por el incómodo viaje desde la lejana capital. Tío Mino calentaba un poco de café en el agua de los víveres, y «Lucero», nuestra perra adorada, estaba recostada entre mis pies.

Mamá había tomado mi temperamento retraído, como rebeldía por su duro disciplinar, pero, la realidad era otra: a mí me ahogaba una tristeza sin igual, sustentada en algo descubierto ese día justo al regreso.

Casualmente cuando me decidí a hablarles del asunto, entró mi padrino Asensio: venía muy alterado.

— ¡Doña Marola! ¡Mino! ¡Lo que ha pasado es grande! ¡Don Manuel!, ¡don Manuel se ahorcó!, ¡lo

encontraron ahora mismo! — terminó con sus manos en la cabeza.

Tío soltó la lata entre los trozos y se abrazó a mamá en extrema congoja. Yo, aun siendo niño, a quienes se les atribuye cierta parquedad sentimental, lloré excesivamente causando preocupación en los adultos: es que, la funesta decisión del querido hombre me aclaraba toda duda sobre el suceso comentado anteriormente.

Lo recuerdo todo cual si fuera ahora. Nueve días antes del suicidio, habíamos asistido al velorio y regresábamos tristes; mamá compartía su pena con el horizonte alcanzado por su mirada.

—Hoy es domingo quince, la vela cae martes doña Marola: martes veinticuatro de marzo— el chofer trataba de animar a mamá.

La radio se había silenciado por falta de señal, pero volvió a acompañarnos y los rezos sintonizados fueron cambiados por un bolero que tarareó don Manuel con letras interpoladas.

— ¿Usted cree que podemos salir a las siete de la mañana el martes? — le Preguntó a tío Mino, buscándolo por el retrovisor: este no respondió.

— ¡Ah, pero si ya se rindieron los pasajeros! — comprendió sonriendo mientras simpáticamente alcanzaba un muñequito de saco que me había regalado mi abuela.

De repente escuchamos un golpe y el vehículo se zarandeó. Fue tan brusco el cambio de dirección que mi apreciado regalo salió por la ventanilla. Yo me golpeé sobre el tablero. Mamá despertó en sobresalto. Tío vino hacia delante y nos sujetó con su mano izquierda sobre mi estómago: gracias a Dios don Manuel pudo enderezar las riendas del viejo carro, evitando males peores.

— ¡Avemaría Purísima y qué fue eso! — Apenas pudo preguntar tío.

Don Manuel, también nervioso mordió el eterno cigarro y se acomodó en su asiento.

— ¡Parece que maté un perro coño! — Dijo como reprochándose.

Todo volvió a la normalidad, pero mamá sugirió mantenernos despiertos considerando que, solo quedaban algunos kilómetros de distancia.

Sin más contratiempo, pero bastante agotados llegamos al pueblo. Allí nos esperaban los parientes que, aunque no pudieron hacer el viaje, guardaron la solemnidad por el duelo.

—Entonces si hoy estamos a quince, la vela cae martes veinticuatro – don Manuel quiso ser muy específico antes de marcharse.

Los días pasaron entre rezos y tristezas, hasta que, llegado el martes íbamos de nuevo rumbo a la

capital: los familiares se congregaron en un concurrido acto donde prometieron reunirse sin esperar una desgracia: claramente tenían razón... ese día conocí algunos tíos y primos, de quienes solo había escuchado.

Antes de partir, mamá me había sugerido ir al baño, pero quise aprovechar los últimos momentos jugando y la obvié. Por varios kilómetros aguanté mi necesidad, evitando ser recriminado, mas, fue imposible soportar.

En medio del reproche nos detuvimos y me establecí distante, cerca de una cruz, donde se alcanzaba a ver un rancho. Don Manuel caminó junto a mí y quedó observando a la humilde familia reunida en aquel lugar. Luego lo vi hurgando en el derredor, cuando repentinamente aventó su cigarro con furia y volvió al volante evidentemente apesadumbrado.

Antes de regresar descubrí que la cruz era reciente: “15 de marzo”, indicaba su fecha.

Ya una niña se aproximaba con flores silvestres. Mamá recriminaba mi lentitud. A pocos metros algo me llamó la atención. Caminé en su dirección y, para sorpresa, “era el muñequito de saco que en el viaje anterior había salido por la ventanilla”. Lo tomé. Miré a la niña; esta se encontraba arrodillada frente a la cruz; traté en vano de aguantar mis lágrimas mientras volvía a montarme.

— ¿Por qué lloras? ¿Es que querías amanecer orinando? —mamá reprochó y terminó con una frase que

todavía me retumba —“Perdone don Manuel, pero, es que los muchachos son como los perros».

Don Manuel, en silencio total, introdujo la llave y encendió el viejo carro por última vez: lo venció su remordimiento al comprender que, la noche del “15 de marzo”, no era un animal a quien había atropellado.

CAMINOS NEGROS

Regina puso el café como cada mañana. Ya un inofensivo sol cruzaba la puerta cual todos los días, bajo el murmullo del barrio que se repetía como fondo musical pregrabado.

Al compás perfecto el vendedor de guandules cantaba la oferta frente a sus fieles clientes, pero extrañamente nadie salió: insistió pregonando una y otras veces; al no recibir respuesta continuó su marcha.

El jolgorio de la greca se impuso sin imaginarse que culminaba un ritual histórico en aquella familia: era el último café hecho por Regina para su esposo Nicolás.

Ya todo estaba decidido. Por eso nadie atendió al vendutero: en la menuda familia solamente Nicolás comía guandules, y este no volvería a almorzar en casa.

El café inocente humeó en la taza del hombre. Este a su vez, husmeó dentro del cuarto descubriendo los ojos de Nicolasita, quien se levantó sonriendo para llegar a sus brazos.

Ella lo sabía todo. Por eso estaba despierta desde temprano: no para verlo partir. Más bien, en sus adentros tenía la esperanza de que sus padres superaran el asunto.

Vio el café en manos de Nicolás y abrigó más esperanza. En su nobleza infantil, quienes compartían esta bebida jamás se darían la espalda, y menos estando ella de por medio, por eso, aunque nunca tomaba, quiso armonizar y le pidió un sorbo a su padre.

Habló sobre sus amiguitas; del diente amarrado a un hilo que le haló la tía preferida. De aquel pasadía en el río con la abuela, en fin, buscaba inocentemente colorear cualquier crudo horizonte.

Ya Regina lloraba. Era cruel el momento en que perdía a su esposo y, era más difícil porque, en este momento no había ira: nadie discutía. El cintillo del pelo que anoche rodó por el suelo hoy estaba en su lugar.

Ese hombre con la niña en sus piernas no sería capaz de agredirla. Ella deseó una palabra hiriente. Extrañó un zarandeo, un empujón o una simple expresión de violencia como anestésico, pero, quien ponía su taza

vacía sobre la mesita no es aquel que tres meses atrás le había quebrado un dedo.

Ni siquiera es quien la semana pasada lanzó un plato de comida y, mucho menos ese que anoche la sujetó por el cuello leyéndole los derechos del hombre macho y autoritario.

El individuo, bulto en mano y consolando a la niña no es malo: incluso es buen papá. Ese hombre compasivo no discutirá delante de ella. Tampoco acostumbra a decirle: «¡Vete mocosa entrometida, para que no lleves tú también!».

Si por lo menos le levantara la voz en este instante, Nicolasita se refugiaría en el miedo y sería menos doloroso verlo partir, pero... el hombre montado en un motor con los ojos llorosos es excelente padre y jamás dañaría a su muchachita.

Regina y la niña lloraban lo más bajo que podían para no enterar al vecindario, mientras el sonido del motoconcho se perdía dejando una solución amarga.

— ¡Vecina! — una mujer llamó desde la casa contigua.

Regina tardó en responder. Quiso reponerse para que nadie supiera de su pena.

— ¡Dígame doña Inés! — respondió cuando pudo.

— ¡El mundo se está acabando Regina! — comenzó a hablar la mujer y continuó — ¡En Castañuelas, un hombre mató a su esposa, a dos hijos, y después se quitó la vida!

PRESUNCIÓN

Con seis balas en el pecho y en los últimos momentos de agonía, don Quico pudo articular un nombre. La conmoción dificultó su comprensión, pero, a la orden de hacer silencio, pudieron entender lo pronunciado, con cierta claridad.

—Ber...tilio.

Ahora la confusión se presentaba junto al desasosiego pues, el anciano no alcanzó a especificar tan significativa mención.

Si esta era una acusación, el único Bertilio conocido era su empleado, cuya intachable conducta casi lo suprimía ante cualquier responsabilidad en torno al cruel acto suscitado. Además, para tener un revólver había que disponer de mucho dinero y, con tan pírrico sueldo, el obrero jamás podría comprarlo.

Lugareños presurosos por mostrar agudeza, y deseando esclarecer la disyuntiva, enfatizaron que Goyito, abuelo de Bertilio, había tomado las armas en revoluciones pasadas, aunque su fallecimiento se remontaba a varias décadas. Esto inquietó fieramente a los dolientes quienes, acompañados por algunas autoridades se dirigieron furiosos tras el sospechoso, aun nunca verlo empuñar un revólver.

Bertilio le echaba sal a los trozos que hervían en el fogón cuando su rancho fue cercado. El oficial a cargo le dio la noticia funesta, haciéndole saber que se hacía necesaria una investigación exhaustiva en torno a su persona.

Alumbrados por antorchas y papeles encendidos, revisaron imprudentemente el pequeño inmueble: hasta las cosas más íntimas fueron profanadas por los oficiales, llegando a ser del dominio público; personas no calificadas para dicha requisa también revolvían cualquier rincón.

Bertilio pidió respeto por la intimidad de Cándida su esposa, quien tuvo que salir a medio vestir del baño, donde penetraron abusivamente y sin miramiento alguno.

Impactada por los sucesos, la mujer recriminaba que dudaran de su marido. Vociferaba las condiciones humanas exhibidas por Bertilio, y el fuerte vínculo amistoso entre ellos y don Quico: les aclaraba que,

sumado al dolor por dicha desgracia, no se merecían esta oprobiosa desconsideración.

Era tan exagerada la búsqueda, que en el patio no quedó piedra sin mover: solo necesitaban encontrar un arma para sentenciar definitivamente al supuesto asesino.

Según testimoniaban algunos empleados, Bertilio era la debilidad de don Quico, por esto su mención podía significar algún encargo, así pues, necesitaban esa evidencia contundente para confirmar su culpabilidad.

La vida del sospechoso pendía en un hilo: los ánimos de la familia mortuoria indicaban que, encontrar cualquier arma, sería razón concluyente para ejecutarlo ahí mismo, inmediatamente.

Después de la infructuosa y larga búsqueda, Bertilio fue conducido al pueblo donde sería interrogado por oficiales superiores, dispuestos para estas situaciones. Cándida quedó preocupada al verlo en las ancas de un caballo, amarrado cual vil asesino.

—En lo que ellos pierden tiempo, quién sabe dónde se ha ido el matador — la mujer habló muy afligida sacándole leña al fogón donde permanecían los víveres, esperanzada en cenar con su marido.

Esperó horas eternas y más de una vez lo sintió llegar, hasta que su necesidad finalmente trascendió a la alucinación: el hombre apareció repentinamente.

— ¡Gracias Jesús Sacramentado! — dijo ella caminando precipitadamente hacia él.

Lo abrazó como hacía años que no lo arrullaba, invitándolo a tomar asiento como si fuera un extraño.

— Allá hasta golpe me querían dar— Bertilio habló dejándose caer abruptamente en una mecedora — pero me tuvieron que despachar porque, el patrón solo dijo mi nombre; más nada— terminó.

— ¡Solo hay que estar vivo para caer en un problema! — Cándida habló meditabunda — ¿Qué razón tenía ese pobre hombre para mencionar el nombre tuyo antes de morir? — la mujer ahora cedió a la tristeza.

Bertilio clavó su mirada yerta en la inquieta lámpara y apretó sus mandíbulas intermitentemente.

—Yo pienso lo mismo, quizás el nombre que debió mencionar fue el tuyo— su voz pareció esputar un ardiente rencor hacia el difunto.

Súbitamente la mujer trató de posicionarse en este escenario jamás imaginado y, se apresuró a sacar del ambiente algo que creyó importante.

—Yo te conté que él me miraba, pero, oye Bertilio, don Quico nunca llegó a enamorarme— habló muy confundida, camino a la cocina.

—¡El hombre puede dejar ver su intención con los ojos sin decir media palabra! — Bertilio habló sentencioso.

— ¡El asunto es que él te miraba! ¿Sí o no? — cada vez era más enérgico su tono.

Cándida no se adaptaba a la áspera elucidación. Nunca imaginó que ese tema pudiera ser relevante, y mucho menos en esa circunstancia.

—Sí...me miraba— le respondió entristecida metiendo el cucharón de madera en la paila de los víveres.

Repentinamente un grito lúgubre y desconsolado escapó de su garganta al descubrir junto a los trozos, el mismo revólver exhibido por Goyito en una vieja foto familiar que colgaba en la sala.

IRREVOCABLE

Tenía asco de sí mismo. Le remordía dolorosamente su infalible derrotero y sentía mucha culpa por haber aniquilado al hombre que décadas atrás lo sacó del aburrido ambiente donde él era solo uno más.

Jamás olvidará que fue un veinte de octubre cuando se instaló en aquel lugar pues, ese día cumplía sus quince la primogénita del hogar; desde el principio este fue objeto de mucho respeto.

Para aquel entonces le frustraba que su anfitrión, apuesto y fornido reflejara tanta lozanía; a decir verdad, físicamente el hombre conservaba la candidez de quien había vivido algunos lustros menos; pero, cierta paciencia bastaría. En su diario funesto, escrito con insensible premeditación, ya lo había eliminado.

Aguijoneado por una activa pulsión criminal, disfrutó cada episodio, segundo a segundo. El día proyectado,

cual implacable director imprimió la escena, escuchando henchido los tristes clamores que, cruelmente les parecían una perfecta música de fondo.

Observaba a la viuda en su visceral agonía, y se burlaba conociendo que, solo era cuestión de espera: ella sería su próxima víctima.

Las hijas no les preocupaban: tenía todo el tiempo a su antojo, incluso, hasta permitiría que conocieran del amor; así habría más sentimientos por herir al momento de aniquilarlas.

Con todo y su intrínseca condición homicida, muy dentro un sentimiento acusador lo volvía miserable. Es que, el cariño recibido de ese hogar, le permitía decidir cuándo hacer las cosas; con base en sus cálculos fue enterrado el difunto.

Algunas veces hasta quiso morir. No soportaba su derrotero criminal porque, el ritual de fraternizar con las víctimas lo traicionaba al momento de ejecutarlos: ya cuando era imposible retroceder.

Después de aquella irremediable pérdida la familia se repuso y los encuentros nocturnos eran un remanso donde recordaban alegremente al pariente desaparecido. Estas reminiscencias, servían como prótesis anímicas para continuar la marcha que no debían detener.

Pero... tal fervor no sería duradero.

De forma silente y despiadada, el aguerrido criminal volvió a ennegrecer sus espíritus, llevándose a la viuda.

Ella, aunque en sus premoniciones sospechaba de él, nunca se atrevió a acusarlo, y todo por orgullo femenino.

Las hijas enloquecieron y no hubo clamor más conmovedor como al momento del entierro. Fue tan enternecedor, que el despiadado ejecutor regurgitó su remordimiento, queriendo sobreseer dicho acto, más, era inexorable; lo sabía.

Su único consuelo; meditar. Reflexionar en dicha naturaleza. Encontrar alivio admitiendo el sucio derrotero y, descubriendo que, junto con lo infausto, también propiciaba relevantes privilegios antes de la maldición.

Estaba en una encrucijada pues, exageradamente, odiaba y temía a la muerte. Por eso siempre avanzaba cauteloso hacia su destino. Además, Inconcebiblemente, el acto de suicidarse generaría una hecatombe.

En la golpeada familia los ánimos volvieron a reverdecen, irónicamente ayudados por el mismo asesino; más, no sería un largo período: el diario negro del odioso indigno poseía otros episodios funestos, escritos con premeditación estoica.

Casualmente, al momento en que todos duermen, los pasos de este resuenan en la vistosa sala: ahí está él como siempre. Colgado en la pared con su engañosa rutina.

Ha indicado que es media noche; ya estamos a veinte de octubre. Hoy cumple setenta y cuatro años la hermana mayor: está muy delicada su salud.

AMARGA REDENCIÓN

— ¿Usted está segura de que ese es hijo suyo?

El hombre con carabina al hombro anhelaba escuchar una negación para descargar su ira impetuosa contra aquel joven sobre quien inquiría. La mujer notó su frenética premura y se apresuró para evitar el trágico desenlace.

— ¡Ya le dije la verdad señor, ese es mi hijo! — le reiteró con sentimiento de súplica.

El guardia disfrutaba la tensión creada y quiso extenderla, aun habiendo decidido su próximo movimiento. Los subalternos se mantenían atentos y ansiosos por disparar.

—Perdone el mal momento señora— el oficial pareció salir de un trance al hablar. Ahora parecía humano.

—Quizás no entienden. Lo que hacemos es cuidar de ustedes; ese criminal no debe estar lejos. Tengan mucho cuidado— sugirió justificando su actuación.

A una orden suya partieron divisando con desconfianza cada espacio a los lados del camino, pues, el luto cernido en la zona por aquel criminal, lo proyectaba como el más descarnado en mucho tiempo.

—Se nos perdió entre la nada— aseguró quien caminaba junto al jefe.

Su superior guardó silencio, avergonzado por haber caído al río de donde fue rescatado mientras el maleante se alejaba. Solo este inoportuno traspies evitó tan anhelada caza.

Caminaban con sus uniformes amarillentos de tanto polvo adherido a la humedad, cuando divisaron una silueta vaga nadando entre las olas del espejismo.

El jefe ordenó detenerse. La figura desapareció momentáneamente a causa del inexacto camino.

Tras volver a hacerse visible supieron que era un hombre y, por ende, se trataba del temido fugitivo: por esos solitarios lugares, solamente una persona en su condición de prófugo caminaría.

Los guardias se escondieron entre la maleza, donde parecían parte de ella, por su color polvoriento.

El sospechoso detuvo su paso, obedeciendo la intuición. Con mucho sigilo fue llevando su mano al cinto, cuando un disparo certero lo derribó sin vida.

Gran alboroto se hizo presente entre los guardias quienes asumieron una actitud festiva ante la misión completada.

— ¡Para que respete La Guardia, carajo! — dijo uno entregándole al jefe las escasas pertenencias del muerto.

Acordaron cargarlo por turnos y desanduvieron la carretera, deseosos de exhibirlo en el pueblo; seguro que tal ejecución les granjearía mucha gloria.

El superior caminaba delante con total satisfacción, reflejando gran orgullo en sus movimientos.

Se detuvo frente al bohío donde horas antes habían estado, y quiso ser cortés con la señora que permanecía sentada a orillas del camino.

— Ese vagabundo ya no vuelve a tomar café. Ahí lo traemos vuelto un cadáver. Lave bien ese termo y cójalo para usted — Habló extendiéndole el recipiente, claramente satisfecho.

La mujer se incorporó en un arrebato de locura al reconocer aquella cafetera. Corrió como pudo en dirección de los que venían con el muerto, arrebatándoselo y cayendo ambos aparatosamente; era una escena más que conmovedora.

—Yo tuve el palpito cuando pasamos por aquí esta mañana— lamentó con pesadumbre el oficial al mando.

—El desgraciado nos engañó— habló dando la espalda a tan desgarrador cuadro, mientras dejaba caer un machete que también pertenecía al difunto.

— Pregúntenle qué dirección tomó: ahora va a decir la verdad— aseguró.

CREPÚSCULO SALVAJE

La noticia se adueñó por completo del pueblo. Enloquecidos transitaban cual hormigas, susurrando en su sutil impacto una tragedia que cambiaba el rostro de cada enterado.

— ¡Mataron al padre Padilla! ¡Lo mataron! ¡Mataron al padre!

El moribundo sol caía a los pies de la noche, impotente ante un furor desorbitado, fruto del espantoso suceso.

Innumerables curiosos invadían el lugar mientras que, amigos, testigos y allegados, se unían en un sentido lamento.

Varios lloraban arrodillados alrededor del padre Padilla, al momento que otros, turbados, trataban de comunicarse con algún personal médico, aunque ya daban por hecho su muerte.

Esta pérdida era suficiente angustia, pero, el destino, que no edita escenas, tenía otro fatal informe justo en medio de la conmoción.

— ¡A doña Emilia! ¡A doña Emilia Valdez! ¡También mataron a doña Emilia Valdez!

Al saberse la reciente noticia, el pánico se acrecentó tanto que nadie parecía confiable. Solo los muy conocidos conversaban entre sí, y trataban con cierta reserva a quien les pareciera extraño.

En medio de tan grande multitud los rumores encontraron espacio para su fecundación. Muchos, para evidenciarse conocedores del hecho, comentaban que el padre se movía, y otros, sin siquiera penetrar al tumulto, aseguraban haberlo visto sentado en la acera.

Tras llegar el médico legista, la aglomeración se hizo más incontrolable; todos querían estar cerca al momento de depositar el cuerpo en la ambulancia que venía abriéndose paso, franqueada por devotos acostumbrados a reunirse cada noche alrededor del templo.

El cadáver fue levantado, poniendo fin a las conjeturas sobre su estado. Algunos corrieron detrás del vehículo, lanzando todo tipo de bendiciones: otros quisieron acercarse al pavimento ensangrentado, convertido en osario circunstancial, y una hilera se dirigía hacia la casa de doña Emilia Valdez.

El desconcierto seguía aumentando y al pasar algunos minutos se conoció que el padre Padilla había sido despojado de su vieja Chevrolet.

Con la colaboración de varios testigos pudieron conocer que el responsable por ambas muertes era una misma persona, estimulando mucho más el espíritu vengativo entre la población civil; también los militares deseaban hacer su propia justicia.

Un retrato del sospechoso fue colocado en todos los lugares públicos, desorientando crecidamente al golpeado pueblo: pues, nadie imaginó jamás que, Rudy Monción, un hombre querido y de buena familia, fuera el descarnado asesino.

Este delincuente pareció multiplicarse y nunca hubo tantas Chevrolet en un lugar. Al transcurrir la noche, de todos los rincones reportaban haberlo visto merodear.

En los medios noticiosos trascendió que el prófugo Rudy Monción asesinó a doña Emilia Valdez en un intento de atraco, y luego malogró la vida del padre Padilla, para robar su vehículo.

Una ardua vigilia se intensificó en los peajes, pero lamentablemente ya el malhechor había recorrido más de cien kilómetros, trasladándose hasta la capital en busca del refugio que solo le podía ofrecer Ramiro, su amigo y confidente.

— ¡Soy yo Ramiro!, ¡abre que la maté!

Ramiro conoció la voz, y el contenido del mensaje lo hizo torpe junto a la premura por abrir. Cuando pudo deslizar el pequeño badajo del pestillo, ya había suprimido cualquier saludo, ante tan macabra confesión.

— ¿Qué tú dices hombre de Dios? ¿Que mataste a quién? — Aunque sospechaba cuál era la víctima, infructuosamente guardó esperanza de escuchar otro nombre.

—A Emilia muchacho... La maté.

Ramiro quedó impactado sin imaginar que su amigo, cual ave de mal agüero apenas comenzaba a rejitar. Cuando recibió el informe completo, un torbellino en su cabeza se volvió ensordecedor. Imaginó rápidamente la pena y confusión que agobiaba al pueblo: tenía sobrada razón.

A esa hora, hombres y mujeres lloraban desconsolados; grupos improvisados acudían con palos y machetes a cualquier lugar donde rumoreaban haber visto al homicida. Rudy previó esa situación, pero, aparte del refugio, con su amigo también podía desahogar los pormenores que lo habrían llevado a la sangrienta decisión: detalles solo conocidos por los dos.

—Tú lo sabías Ramiro; solo tú sabías cómo llegué yo a querer a Emilia— Rudy dijo esto parándose de la silla que gruñó cual una fiera, quizás odiosa de su peso.

—Pero, lo último que podías hacer era llegar a ese extremo Rudy. Las cosas se podían arreglar de otra forma, y...y para colmo, ¡también matar al padre Padilla...! ¡Un hombre santo! ¡Yo no entiendo! ¿Por qué también a Padilla? — Ramiro hablaba exaltado.

Ahora la respiración de Rudy se tornó más entrecortada y sus ojos trataban de decir lo que su pecho en estertor no le permitía. Ramiro respiró al mismo ritmo, aceptando el reto de la mirada. Rudy logró escabullir su voz por entre el furor y respondió con acritud.

— ¡Ellos vivían Ramiro! ¡Ella me engañaba con el Padre!

Esta aseveración fue tan impactante como la misma muerte del Cura. Ramiro dejó escapar un resoplido y caminó hasta la silla. Rudy, tembloroso, sacó una cajetilla de cigarrillos. Turbado, olvidó que su amigo no fumaba y se la pasó: este, por tanta conmoción también lo olvidó y fumó.

—Como tú sabes “*Ra*”— así le decía a veces —Yo nunca me aferré a ninguna mujer; nunca perdí mi tiempo detrás de nadie, pero...con Emilia fue diferente: esa mujer me enseñó el amor— exhaló una bocanada mientras, Ramiro tosiendo exageradamente, comprendió su extraña acción y lanzó el cigarrillo por la ventana.

— Pero ¿cuál era tu seguridad de que alguien puro como el Padre iba a tener una relación con Emilia? ¿De dónde tú te has sacado todas esas cosas? — Ramiro no podía asimilar esta primicia y pareció descartarla.

La ira tocó nuevamente los sentidos del confeso asesino. Apagó el cigarrillo con sus dedos y lo lanzó al piso, cual si fuera un pertinaz insecto en su rostro.

— ¡Yo no soy muchacho coño y si los maté es porque estoy seguro!

La duda del entrañable amigo, a donde había ido buscando apoyo y comprensión, lo hizo sentir expósito; comprendió que debía desenrollar muy bien su madeja.

— ¿Recuerdas la última vez que fuimos a la casa de Emilia? ¿El moretón en su ojo izquierdo? — Rudy preguntó porque quiso: obviamente su amigo lo recordaba. En aquella ocasión Emilia había argüido una caída, pero, Rudy tenía otra explicación.

—Las pocas personas conocedoras de lo nuestro recriminaban que ella fuera mucho mayor. ¡Hasta tú Ramiro! Eso me llevó a buscar refugio en el padre Padilla... Me confesé con él; le dije todo lo que sentía por Emilia, incluso mis planes para formalizar la relación: ese fue el problema... De ahí en adelante el Padre cambió su trato conmigo.

Ramiro no quiso ceñirse al orden y revoloteó el documento mental de su amigo, buscando la información precisa.

— ¡Pero por Dios! ¿Qué relación tiene el ojo amoratado con esto? —Rudy encendió otro cigarrillo y continuó estoico.

—Pasado aquel día, tu padrino Danilo Peña inauguraba su tienda y me invitaste. ¿Es cierto?

Ramiro quedó evidentemente asombrado. En el registro de su memoria encontró detalles que fue poniendo como un rompecabezas, sobre la mesa del discernimiento.

—Por eso, Ramiro, aquella noche cuando bromeaste diciendo que Danilo debía cuidar su negocio tras Padilla bendecirlo con la mano izquierda, yo se lo dije en su cara.

—El diablo es ambidextro le dijiste— Ramiro se adelantó evidenciando esclarecimiento en su comentario. Rudy continuaba.

—Yo sabía que esa lesión se la había ocasionado golpeando a Emilia. Desde el día de mi confesión, todo fue terrible: tú sabes Ramiro... tú sí sabes cómo quería yo a esa mujer— Ramiro asentía pensativo.

—El padre Padilla se aprovechaba de su rango en la iglesia, obligándola a pedirme que no volviera más... y

me alejara por siempre.

Rudy se puso de pies cabizbajo y sacó su arma. Ramiro se abalanzó hacia él. Rudy lo detuvo con la mano desocupada. Los dos quedaron momentáneamente como luchadores en espera del próximo movimiento. Rudy tomó una toalla húmeda tendida sobre la silla, y comenzó a limpiar el arma.

— Y, ¿para qué le quieres borrar las huellas? Es... ¡Esa es tu pistola! ¡Está registrada a tu nombre! ¿O piensas hacerme un daño Rudy? — Ramiro estaba confundido.

Rudy lo ignoró y continuó, pero, luego de un difícil silencio, dijo algo que confundiría mucho más a su amigo.

— ¡Están muertos, pero, yo no maté a nadie! — Afirmó categórico. — todo lo demás sabes que es verdad, pero, no soy capaz de matar a nadie — Ramiro balbuceó el principio de varias preguntas sin poder articular ninguna. Rudy acudió a su rescate.

— Óyelo bien “*Ra*”, yo quise intimidar a Emilia porque ya no aguantaba más nuestra situación y...y fui a su casa, agarré el arma y le dije que si no volvía conmigo me iba a suicidar: me apunté en la cabeza y... — Rudy comenzó a llorar.

— Yo solo quería intimidarla, pero, pero Emilia se echó encima de mí llorando... Sentí haber logrado el propósito

y también la abracé. Me juró que su decisión se debió al permanente acoso del padre, quien estaba insoportable; yo había puesto el arma sobre la mesa y en un leve descuido, Emilia se apropió de ella, disparándose en la cabeza...— Ahora lloró de impotencia y enjugó sus ojos.

— Agarré la pistola y salí sin rumbo. —Siguió narrando— Los vecinos que escucharon el disparo corrieron tras de mí: eso me desconcertó. Me sentí perdido. Temía por mi vida y, cuando noté que estaba cerca de la iglesia, corrí hacia allá buscando refugio. No era el lugar a donde quería ir, pero, si me alcanzaban era para lincharme. Llegué al frente y, por suerte o desdicha estaba el padre Padilla listo para marcharse. Me le atravesé a su camioneta: se sorprendió al verme armado. Le pedí que me entregara a la policía. Quiso saber por qué, y fui bien crudo con la información.

Rudy hizo una pausa y se notó más airado.

— Se lo dije con maldad... Sí Ramiro: con maldad...Le dolió... Lo vi sufrir. Le rogué no dejarme en manos de la turba y puse el arma sobre sus piernas, buscando su confianza. Ya la gente venía muy cerca y, cuando daba la vuelta para montarme, él se hizo un disparo, cayendo sobre el guía. Yo sin fuerzas para correr me vi obligado a sacarlo del vehículo y partir.

Ramiro meditó en el infortunio desatado por su amigo al tratar de restablecer aquella relación, y comprendió lo

pérfido y sarcástico del destino, entrelazando caprichosamente dos decisiones funestas. Entendió que Rudy solo había hecho el viaje para ser comprendido por alguien; quizás con eso le bastaba.

— ¡Yo voy a coger cárcel hasta que Dios se apiade de mí Ramiro, pero, por lo menos sé que voy a estar vivo!

Lo señaló con determinación y caminó hacia él para advertirle algo muy importante.

—Ya sabes cuál será mi declaración; la de los noticiarios. Tú no te atrevas a contarle la verdad a nadie porque, para cubrir honras, de seguro que me matan.

HAY AMIGOS

Los buenos dejan un ardiente dolor al partir porque, se entregan sin preguntas y sin horas. Estos amigos saben ponerse presentes y hacen confluir sus lágrimas con las nuestras, construyendo un fuerte caudal que arrastra toda pena: por eso, cuando parten quedan punzando sobre la herida, justo donde amorosamente fueron parches.

Estos duelen hasta lo insoportable. Su amor hace que cualquier recuerdo nos empuñe las vísceras, desarmando nuestras rodillas.

Pero...hay "*excelentes*"...

Esos nos ahorran sufrimientos; desaparecen lentamente desnudados por sus actos y evidenciados por la luz cual salamandras que han engullido el oro de una relación; es su deleite, no así la sinceridad.

Son excelentes porque nos dejan ver sin reparo, que nuestras penas no humedecen su arena. A esos los vemos solo en alegrías. Jamás una tristeza sucumbe ante su empatía: por eso "son excelentes" pues, estos amigos nos

permiten verlos transitar por la vida, después de morir en nuestras almas.

Los seguimos contemplando con su falso altruismo. Estrechando las manos que usan como peldaños. Escondiendo una horrible y falsa mueca bajo su sonrisa forzada, en busca de personales intereses. Regalando corazones rebozados de pus, y agrupándose en círculos amistosos cual clubes insípidos donde el alma, la sinceridad y el altruismo deben dejarse en la puerta.

Así son los amigos "*excelentes*"...

Nos economizan las penas. Mueren en nuestros corazones mucho antes de partir porque, el corazón es perspicaz y poco a poco va deshilachando ese falso manto de oropel con que simulan una legítima amistad.

Es muy fácil mostrarse "*excelente*" pues, no hay sustancia en ofrecer almuerzo al saciado; abrigo al que está frente a la hoguera y cama a quien flota sobre algodones. Estos se granjean prestigio y posición nadando junto al pez.

Con su desprendimiento calculado, construyen una deuda moral en su semejante, sin siquiera poseer el más mínimo capital filantrópico.

Prefiero quedarme con los amigos buenos, aunque muerdan el alma al partir. Esos que nos acompañan en duelo y fiesta, precariedad y abundancia. Aquellos quienes no asumen la amistad como una asociación de

“exitosos”, donde la membresía se gana o pierde a razón del poder económico.

En fin, me quedo con los que rechazan las tretas y ardides esgrimidas por hipócritas; falsos amigos, simuladores de excelencia.

HASTA EN LA DESOBEDIENCIA HAY VIRTUD

Fue un miércoles a finales de noviembre del año mil novecientos ochenta y ocho cuando mamá se trasladó hacia la capital, en busca de regresarme a Moca; yo había partido persiguiendo mis sueños artísticos.

Doña Ramona, una mujer de crianza dura como ninguna, no vaciló en su tajante propósito y, el saludo que me profirió aquel miércoles fue: «Recoge la ropa, que vine a buscarte».

Como sus planes siempre eran sentencia, inmediatamente comencé a buscar una excusa valedera para no hacer el viaje que ella había programado para el viernes en la tarde.

En complicidad con mi adorado tío apodado Chulo, le informamos que yo debía acompañarlo en algunas

diligencias ya agendadas, comprometiéndose este a enviarme hacia Moca el lunes temprano, sin falta.

Mamá fue condescendiente con su hermano, pero al quedarnos solos me descargó todo arsenal estatutario, censurando tan acentuadamente mi actitud, que la contera de su eterna sombrilla se hundía en el suelo, por tan rígido gesticular.

El viernes bien temprano abordamos un viejo Mercedes Benz que manejaba mi tío, y partimos los tres hacia la legendaria parada “El Nueve”, desde donde mamá partiría con destino al Cibao.

Inmediatamente llegamos, fuimos interceptados por el acomodador de una guagua quien cargó con los bultos, ordenando agilizar ya que estaban listos para partir.

Mamá me despidió con la continuación del diálogo insultante, mientras el cobrador mostraba cierto apremio.

Cuando estuvo dentro, pensé que era un buen momento para develarle mis solapados planes; no me sentía bien dejándola partir engañada.

Caminé asustado hacia su ventana y toqué levemente con mi puño.

—Mamá, el lunes ponga “El *show* del medio día” —. le dije con voz temblorosa.

—Qué *show* ni qué *show*— me respondió airada — el *show* te lo voy a dar yo cuando llegues a Moca— terminó cerrando la ventana.

Para mi suerte, el *show* no fue en Moca, sino en *Color Visión*; ese inolvidable lunes del mismo noviembre, estaba yo uniformado, debutando con la prestigiosa orquesta del maestro Félix del Rosario, cantando como lo hacía en serenatas, y en las esquinas de mi barrio.

Los vecinos compartían su orgullo con mi familia tras ese evidente paso dado por uno de los suyos, mientras mamá respondía la llamada que le hice justo al terminar el evento, desde un teléfono público ubicado dentro del mismo canal televisivo.

— ¡Dímelo, More! — al nombrarme así intuí que el humor estaba en sus buenas, y había valido la pena arriesgarme.

—«No era lo que usted quería mamá, pero, no se preocupe; yo me voy a portar bien»— le aseguré mientras escuchaba los vecinos reunidos en la casa, enviándome felicitaciones.

Ese paso marcaría mi historia artística con firmeza, dado la confirmada calidad de aquella agrupación y el mecenazgo amoroso dispensado por el maestro Félix del Rosario para conmigo.

Sin importar cuan joven fuera, tomé la responsabilidad como bandera, empeñándome en trillar un camino de

honra para mi madre y mi familia, aun haya desobedecido cuando se me ordenó regresar.

De esta preponderante experiencia es que nace la inspiración para titular este relato; «Si tienes disciplina, hasta en la desobediencia hay virtud».

***“El escritor, más que contar algo,
abre una ventana justo en el tiempo
donde pasó ese algo”.***

José Gabriel Morales
